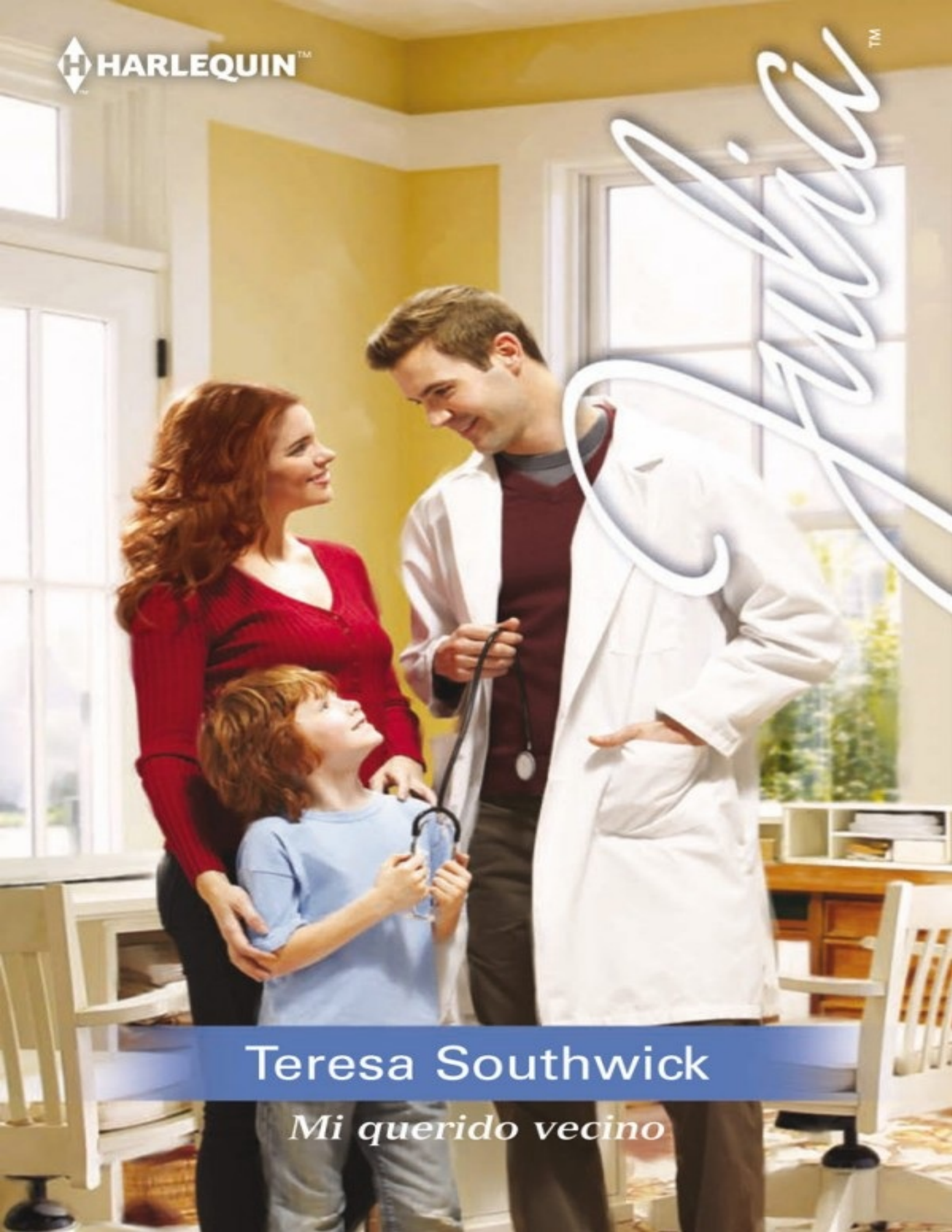
HARLEQUIN™

Deseo™



Teresa Southwick

Mi querido vecino

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2012 Teresa Southwick. Todos los derechos reservados.
MI QUERIDO VECINO, N.º 1965 - Enero 2013
Título original: The Doctor and the Single Mom
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Julia son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-687-2620-5
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Realmente me gusta lo que veo.

Adam Stone no estaba refiriéndose solo al apartamento de alquiler que estaba visitando... sino también a la guapa señorita que lo alquilaba. Jill Beck era muy atractiva y tenía un precioso cabello pelirrojo rizado. Se planteó pedirle que tuvieran una cita, pero no estaba allí por aquella razón. Un camión de mudanzas con sus pertenencias estaba dirigiéndose en ese preciso momento de Dallas a Montana y necesitaba encontrar un lugar donde vivir en Blackwater Lake antes de que llegara.

—¿No es un poco pequeño para usted, doctor Stone? —preguntó Jill, posando sus ojos marrones sobre él.

Adam se quedó sin habla momentáneamente.

Ambos estaban de pie en el amplio salón del apartamento. Por una de las ventanas podía verse un frondoso bosque de árboles muy verdes y por la otra el lago Blackwater Lake, que daba nombre al lugar. Solo la mujer que tenía delante representaba una vista mejor que ambos.

—Llámame Adam.

A continuación miró la chispeante agua del lago de la pequeña ciudad, que se encontraba a casi ciento sesenta y un kilómetros al norte de Billings, Montana, tras lo que volvió a fijarse en la vivienda. Parecía exactamente lo que estaba buscando. Tenía un salón-comedor, dos dormitorios y dos cuartos de baño. Los suelos eran de tarima y los techos muy altos.

Las escaleras que subían al apartamento estaban situadas a un lado de la puerta principal de la casa de Jill, que era idéntica a aquella vivienda. Cuando había dejado claro que quería convertirse en su inquilino, la expresión de la cara de ella había reflejado una gran cautela.

Se cruzó de brazos y la miró.

—Soy un hombre soltero. ¿Cuánto espacio crees que necesito?

—Me da la sensación de que necesitas más del que puedes encontrar aquí —contestó Jill con seriedad.

Adam se dio cuenta de que con aquella mujer lo iba a tener difícil. Como

médico de familia sabía escuchar, interpretar el lenguaje verbal y leer entre líneas. Y obviamente ella estaba tensa. Se preguntó si se habría dado cuenta de que cuando habían subido por las escaleras le había mirado el trasero. Este era realmente espectacular. Él era un hombre y los hombres se fijaban en las mujeres, sobre todo en las bonitas. Jill Beck tenía algo especial. Y no eran solo sus pechos...

No sabía qué podía haberle molestado tanto e intentó descubrirlo.

—Si fuera un hombre de familia en vez de médico de familia, este apartamento representaría un problema con respecto al espacio, pero ese no es el caso. Me dijeron que es el mejor lugar que puedo alquilar y estoy de acuerdo.

—¿Alguien en la Mercy Medical Clinic te habló de mí?

—Sí —contestó Adam. Había sido el médico que iba a jubilarse y a quien él iba a sustituir el que le había hecho la recomendación, junto con la recepcionista y la enfermera.

—¿Has mirado en otros lugares? —quiso saber Jill.

—Sí —admitió él—. Pero no hay mucho disponible.

—Hay un par de casas en alquiler —comentó ella—. Y probablemente el hotel Blackwater Lake tenga alguna habitación disponible hasta que encuentres lo que estás buscando.

—Sí, pero las casas no están tan cerca del centro de la ciudad y de la clínica como este apartamento. Y el hotel... —dijo Adam, encogiéndose de hombros— quiero establecerme en algún lugar. Esta vivienda es lo mejor.

—¡Qué suerte para mí! —exclamó Jill, intentando en vano parecer alegre.

Él sintió como una intensa terquedad se apoderaba de sus sentidos...

—Me gustaría alquilar este apartamento, señora Beck —sentenció, llamándola de usted.

Si ella se dio cuenta de que no la había llamado Jill, no comentó nada al respecto. Todo lo que hizo fue encogerse de hombros.

—El contrato está en mi escritorio. Te sugiero que lo leas antes de tomar una decisión final.

Sus palabras reflejaron cierto tono de advertencia, pero Adam la siguió hasta su vivienda, concretamente hasta el escritorio donde tenía el ordenador en una esquina del salón, que era realmente acogedor. Había fotografías por todas partes. En el escritorio había una de Jill con un niño de pelo pelirrojo y rizado que dejaba intuir quién era su madre. Por lo que pudo ver, no había ninguna del padre del pequeño.

Ella le entregó el contrato.

—Léelo detenidamente.

Él no necesitaba un microscopio para darse cuenta de que los términos del contrato favorecían a la casera.

—No sabía que el depósito fuera tan caro.

—Los caseros necesitamos ciertas garantías —explicó Jill.

El hecho de que ella fuera madre soltera explicaba las cauciones financieras estipuladas en el contrato.

—Insisto en que el depósito es demasiado dinero.

—Es necesario.

—Y este cargo por terminar el contrato antes de tiempo me parece excesivo teniendo en cuenta que se ha dejado claro que el inquilino debe pagar el alquiler estipulado por la duración del contrato o hasta que se encuentre otro inquilino.

—También es necesario —respondió Jill—. Los costes de limpiar y pintar entre inquilinos se acumulan. Así mismo, tengo que añadir el gasto de anunciar de nuevo que el apartamento está en alquiler.

—Pero yo voy a pagar el alquiler —aseguró Adam.

—Eso dicen todos —comentó ella con el escepticismo reflejado en la expresión de su cara—. Esto cubre los meses de invierno. En primavera y verano hay más probabilidades de encontrar un inquilino que se quede.

—¿Y por qué estás tan segura de que yo no lo haré?

—El último doctor se marchó tras la primera nevada.

—Yo no soy el último doctor.

—Está bien —dijo Jill—. La clínica te sustituirá cuando te marches.

—Eso no es lo que he querido decir y estoy bastante seguro de que lo sabes.

—No significa que no sea cierto.

Él apoyó la cadera en el escritorio de ella.

—¿Estás intentando que no alquile tu apartamento?

—¿Está funcionando? —preguntó Jill sin negar o confirmar aquella acusación.

—Corrígeme si me equivoco, pero el alquiler de inmuebles supone un negocio. Y me parece que estás haciendo de esto algo personal —supuso Adam.

—Es una combinación de ambas cosas. He dejado clara la parte profesional en el contrato —explicó ella, mirando a continuación la fotografía en la que aparecía con su hijo—. Soy madre soltera, lo que me hace tener un interés personal en quién vive en la planta de arriba de mi casa. Por eso averiguo todos

los detalles personales del posible inquilino antes siquiera de enseñarle el apartamento. El sheriff de la ciudad es buen amigo mío.

A él le dio la impresión de que ella había esperado haber encontrado algo que le hubiera dado una razón para rechazarlo como inquilino.

—¿Pasé la prueba?

Jill sonrió de manera reacia.

—Normalmente soy precavida con los testimonios de familiares, pero los tuyos son diferentes.

—Lo sé, pero... ¿por qué lo piensas tú?

—Cuando tu padre ha ganado un Premio Nobel y tu madre es ingeniera biomédica, por no mencionar que tu hermano es uno de los cirujanos cardiacos más importantes del país, la opinión de estos tiene cierto peso.

—No te haces idea —comentó Adam, pensando que finalmente la carga de estar emparentado con su talentosa familia había obrado a su favor.

—Y tú eres médico de familia... ¿les dieron a tus padres el bebé equivocado cuando naciste?

—Mucha gente me dice lo mismo —confesó él, que hacía mucho tiempo había aprendido a no tomárselo de manera personal. Trabajaba en lo que le gustaba—. Habría pedido una prueba de ADN, pero físicamente soy exactamente igual a mi padre y tengo una hermana gemela.

—¿También es médico?

—Sí. Es una lumbrera. Trabaja para la NASA.

—¡Vaya! Tu familia tiene unas referencias realmente impresionantes —dijo Jill.

—Así que conoces mi entorno. Pero eso no explica la política tan dura que sigues en cuanto al alquiler.

—Si lo piensas, en realidad sí que lo explica.

—¿Cómo? —respondió Adam, mirándola.

—Tengo que preguntarme por qué estás aquí —explicó ella.

—No estoy seguro de comprender lo que dices —mintió él, que en realidad lo comprendía perfectamente.

En numerosas ocasiones se había cuestionado su carrera y su estilo de vida, sobre todo debido a los impactantes logros de su familia. La percepción que tenía era que, si aquella era la mejor especialidad que podía elegir, no era tan bueno como ellos. Su exmujer no había dudado en abandonarlo cuando había elegido seguir aquel camino profesional. No había sido suficientemente

ostentoso para ella.

—Blackwater Lake es una ciudad pequeña —comentó Jill.

—Pero está creciendo —señaló Adam.

—Sí —concedió ella, esbozando una mueca que le marcó aún más el hoyuelo que tenía en la barbilla—. Pero ahora mismo no es muy grande. El verano está acabándose y el invierno llega pronto al norte de Montana. Podrías haber elegido muchos lugares más calurosos para ejercer tu carrera.

Él pensó que alguien, probablemente su madre, había compartido información acerca de las ofertas laborales que le habían llegado de Los Ángeles, San Francisco, Miami y Dallas, donde había estado trabajando recientemente.

Hacía mucho tiempo había comprendido que su familia jamás entendería por qué quería tratar directamente con las personas, con la unidad familiar, en vez de convertirse en un experto de renombre en alguna parte específica del cuerpo humano. Si la gente que mejor lo conocía no lo entendía, de ninguna manera iba a ser capaz de explicárselo a una extraña como Jill.

Pero de todas maneras lo intentó.

—En la universidad descubrí que hay factores más allá de las enfermedades y los diagnósticos que afectan a la salud. Tratar al paciente en sí y no solo una parte de su cuerpo era importante para mí. Me motiva conocer a las personas en su entorno. Me gusta la gente.

—Es muy noble por tu parte —respondió ella, que parecía sincera e impresionada—. Pero... ¿por qué aquí?

—Cuando era niño venía a un campamento en Blackwater Lake. Mis padres estaban siempre muy ocupados y viajaban mucho, por lo que mantenernos entretenidos a mis hermanos y a mí era muy importante. Me enamoré de este lugar y nunca lo olvidé. Ser parte de una comunidad me resulta esencial. Así que cuando salió una vacante en la clínica local, eché una solicitud.

—¿Cuántos años estuviste viniendo al campamento?

—Nueve —reveló Adam—. Dallas es estupenda, pero muy grande. Ver la diferencia de vida entre una gran metrópoli y una pequeña ciudad como esta me hizo ser consciente de lo que quería. Quiero vivir y trabajar aquí, en Blackwater Lake.

—Eso te resulta fácil de decir cuando el tiempo es agradable, como hoy. Pero ¿qué pasará cuando tengas que acudir a la clínica en medio de una ventisca? —preguntó Jill, levantando una mano al ver que él abría la boca para protestar—.

Yo puedo decirte lo que pasará; cambiarás de idea acerca de la vida en las pequeñas ciudades. Correrás al aeropuerto más cercano... que no está muy cerca. Tomarás un vuelo a la ciudad más cercana y... ¿adivina quién se quedará con el contrato de arrendamiento en la mano? Tengo una familia que mantener.

Para Adam aquello parecía la confirmación de que no había ningún ex que la ayudara a criar a su hijo. Obviamente alguien le había hecho daño y él tenía que firmar un contrato legal para ofrecerle cierta tranquilidad.

No solía responder bien a las vibraciones negativas... y Jill Beck parecía emanarlas a raudales. Ello le hacía querer retarla. Su parte obstinada siempre hacía su vida interesante.

—Sigo queriendo alquilar el apartamento.

—¿Te das cuenta de lo que cuesta? —respondió ella, frunciendo el ceño.

—A pesar de mi poco desafiante elección de profesión, me saqué la carrera de Medicina. Puedo hacer el cálculo. Me encanta este lugar y el coste no es un problema.

—Está bien.

—Si no te satisface un cheque, puedo ir al banco o a un cajero automático para sacar efectivo —ofreció Adam, tomando un bolígrafo del escritorio de ella y firmando el contrato.

Adam Stone.

Jill pensó que no había conocido a ningún hombre con una voluntad más inquebrantable... ni a ningún hombre más guapo. Era su peor pesadilla... e iba a instalarse en el apartamento de la planta de arriba de su casa. El camión de mudanzas había llevado sus pertenencias hacía unas horas.

En principio, Adam era el inquilino perfecto. Médico. Empleado por la Mercy Medical Clinic. Pertenecía a una importante familia. Y el cuantioso cheque que le había entregado había dejado clara su situación económica.

Pero para ella, él no podía ser peor. Era joven... y demasiado guapo. Incluso le caía bien. Era gracioso y encantador. ¡Maldito fuera!

Nada de aquello suponía un problema... hasta que él se marchara. Y lo haría. Todos se marchaban. En realidad, debía estar acostumbrada a que los hombres se alejaran de ella, aunque uno nunca se acostumbraba a ver sus ilusiones pisoteadas. Todavía dolía. Pero era una mujer adulta y comprendía lo que ocurría. Su hijo solo era un niño y no iba a permitir que un guapo inquilino

hiriera de nuevo los sentimientos de C.J.

Hablando de su hijo...

Se apartó del escritorio y se restregó los ojos, irritados tras haber estado mirando la pantalla del ordenador durante tanto tiempo. La asignatura de económicas que estaba realizando para su curso *online* le había llevado más tiempo del anticipado.

—¿C.J.?

No obtuvo respuesta. La casa estaba demasiado silenciosa. Su hijo tenía seis años y no era en absoluto silencioso.

—C.J., ¿estás escondiéndote? —preguntó, levantándose. Esperó oír la risita tonta de su pequeño, la pista de que estaba jugando a un juego no anunciado.

Pero los únicos sonidos se escucharon en la planta de arriba de la casa... unas ligeras pisadas y un golpe. El doctor Encandilador debía de estar colocando sus pertenencias. Se preguntó si debía ofrecerle ayuda... aunque sabía que, si era inteligente, no debía hacerlo.

Se acercó por el pasillo hasta el dormitorio de su hijo, donde había visto a este por última vez jugando con sus muñecos de acción... muñecos en aquel momento abandonados sobre la alfombra beis de la habitación. La cama estaba hecha y C.J. no estaba allí.

—¿C.J.? —dijo en voz alta, abriendo el armario para asegurarse de que su travieso hombrecito no estaba jugando con ella.

Pero su pequeño no estaba allí. En aquel momento comenzó a preocuparse ya que a C.J. se le daba muy bien salir de casa sin ser oído.

Volvió a su escritorio y tomó el teléfono. Marcó el número de su negocio en el puerto deportivo.

—Blackwater Lake Marina y Bait Shop —contestó el encargado de la tienda.

—¿Brewster? Soy Jill.

—Hola, jefa. ¿Qué tal?

—Dile a C.J. que debe regresar a casa... y que va a tener problemas —dijo ella, sentándose a su escritorio.

—Me encantaría decírselo, pero no está aquí —respondió Brewster.

Preocupada, Jill sintió como le daba un vuelco el estómago.

—¿Estás seguro? Tal vez ha entrado sin que lo hayas visto. Ya sabes que le encanta asustarte.

—No, seguro. He estado en la puerta principal toda la tarde y no ha podido entrar de ninguna manera.

—Está bien. Gracias.

—¿Quieres que lo busque?

—No. Estoy segura de que está en la casa, escondido en algún sitio. Adiós, Brew.

Tras colgar el teléfono, pensó que no tenía por qué cundir el pánico. Probablemente C.J. estaba jugando a algún nuevo juego que se había inventado, algo que hacía frecuentemente.

Volvió a oír más pisadas en el apartamento de arriba, pisadas seguidas de nuevo por un golpe. Frunció el ceño al pasársele una posibilidad por la mente.

—No se atrevería...

Entonces se dirigió a las escaleras que había junto a la puerta principal de su casa y subió hasta el apartamento de Adam. Llamó a la puerta y momentos después su inquilino abrió con una sonrisa reflejada en los labios.

Ella sintió como de nuevo le daba un vuelco el estómago. Obviamente no podía controlar sus reacciones ante un hombre tan guapo.

—Hola —dijo él—. ¿Qué pasa? ¿Necesitas más dinero?

—No hasta el próximo mes —respondió Jill, sonriendo a su vez. Decidió que ya que tenía que tratar con Adam, era mejor hacerlo de forma amistosa—. ¿Estás instalándote sin problemas?

—Sí, gracias por preguntar —contestó Adam, mirándola fijamente—. ¿Ocurre algo?

—Me preguntaba si habías visto a mi hijo —confesó ella. Se dijo a sí misma que o él era super-observador o ella jamás podría mejorar su situación económica jugando al póquer.

—¿Es más o menos así de alto? —preguntó Adam, señalando la altura de C.J.—. ¿Tiene el pelo pelirrojo y rizado? ¿Lleva pantalones vaqueros, zapatillas de deporte y una camiseta de Spiderman? Se parece mucho a ti.

—Una descripción perfecta... que significa que lo has visto recientemente —comentó Jill, relajándose.

—Sí, ha estado ayudándome a colocar mis cosas.

—Deberías haberle dicho que regresara a casa —espetó ella, nerviosa de nuevo... pero por una razón muy diferente—. Sabe que no debe molestar a nuestros inquilinos.

Adam se cruzó de brazos. El movimiento fue tan profundamente masculino que a Jill se le quedó la boca seca. Hacía demasiado tiempo que no había tenido una cita y tal vez debía hacer algo al respecto.

—¿Te refieres a que tiene instrucciones específicas de no subir aquí? —supuso él.

—Efectivamente. Le dije que, si te molestaba, tendría unas consecuencias espantosas.

—Entonces no tienes por qué castigarlo.

—¿Por qué no?

—Porque no está molestándome.

Adam Stone estaba protegiendo a C.J. Pero, aunque era algo realmente dulce y tierno, no podía dejarse llevar por los bonitos sentimientos que estaban embargándola. Solo conseguiría herir a su pequeño cuando Adam se marchara. C.J. solo podía contar con ella. Era su trabajo protegerle.

Unas ligeras pisadas anunciaron la presencia del pequeño, que repentinamente apareció junto al doctor.

—Hola, mamá. No he salido a ayudar a Brew en el muelle porque tenía que ayudar a Adam.

Tras decir aquello, C.J. se marchó antes de que Jill pudiera decir nada. Esta se dio cuenta de que debía mantener una conversación con su pequeño, pero antes tenía que explicarle a Adam los límites que debía respetar.

—C.J. no me comentó dónde iba —comenzó a decir.

—Estabas preocupada.

—Por supuesto —respondió ella, que sabía que Adam no tenía ni mujer ni hijos. No tenía referencias para poder identificarse con un progenitor preocupado.

—Debería haberle preguntado si tenía permiso —sentenció él, que parecía enfadado consigo mismo—. No ocurrirá de nuevo. Tienes mi palabra.

—Te lo agradezco —contestó Jill con sinceridad—. Pero lo que te quería decir es que probablemente sea mejor para C.J. si no le animas a estar contigo.

—¿Estás diciéndome que me mantenga apartado de él?

—No, no es eso —incapaz de mirarlo a los ojos, ella bajó la mirada al suelo —. Bueno, más o menos.

—Supongo que tendrás una buena razón —comentó Adam con sarcasmo.

—Soy madre soltera...

—Sí.

—Y C.J. es un niño muy activo y sociable.

Adam no pudo evitar sonreír ante aquello.

—Es un pequeño maravilloso.

—Lo sé —concedió Jill, sonriendo a su vez. A continuación se puso seria—. Es un pequeño maravilloso que desea fervientemente tener un hombre en su vida con el que poder pasar tiempo.

—Aunque solo es mi opinión, creo que es algo perfectamente normal.

—Probablemente no sea buena idea que se aferre a ti —contestó ella, mirándolo a los ojos.

—Porque crees que no me quedaré mucho tiempo por aquí —supuso él.

—Efectivamente. No quiero que de nuevo se le rompa su pequeño corazón —comentó Jill, emocionada.

—El último doctor —aventuró Adam.

—Sí.

—Yo no le haría daño, Jill —aseguró él con extraordinaria delicadeza.

—No deliberadamente —dijo ella—. Eso ya lo sé. Pero me preocupa.

—Admiro tu afán de protegerle y haré todo lo que pueda para ayudarte.

Jill sabía que Adam parecía un buen tipo, pero otro hombre que también lo había parecido había roto su promesa y el corazón de su hijo. El suyo también lo había herido.

—Gracias por comprender —ofreció. No sabía qué otra cosa decir.

—¿C.J.? Tu madre dice que ya es hora de ir a casa.

—¿Tengo que volver ya? —preguntó el pequeño, corriendo de nuevo junto a Adam—. Todavía no tengo hambre, mamá.

—Aun así, debemos ir a casa —insistió ella.

—¿Por qué? —quiso saber el pequeño.

—Porque ya has molestado suficiente a Adam por un día.

—No le he molestado —protestó el niño—. ¿Verdad que no, Adam? —preguntó, mirando con admiración a su nuevo amigo.

Adam miró a Jill. Se sintió entre la espada y la pared. Entonces dio una evasiva respuesta.

—Tu madre tiene sus razones. Si fuera tú, haría lo que ella dice.

—Está bien —dijo finalmente un decepcionado C.J. Pero de inmediato se le ocurrió una idea—. ¿Puede Adam cenar con nosotros?

—Debes referirte a él como doctor Stone —lo corrigió su madre.

—Me ha dicho que le llame Adam —protestó de nuevo el pequeño.

—Así es —confirmó Adam.

—Está bien —dijo Jill, sonriendo—. ¿Qué te parece si llegamos a un acuerdo, amiguito? ¿Qué te parece el doctor Adam?

—Creo que es estupendo —contestó C.J.

—No, me refería a que así debes llamarle. Recuerda; hay que tenerles un respeto a los mayores.

—Hacerse mayor siempre es duro... —comentó Adam— pero jamás me había sentido tan mayor como ahora.

—¿Puede el doctor Adam cenar con nosotros? —insistió el niño.

—Creo que no, cariño —respondió Jill, mirando a Adam con la súplica reflejada en los ojos.

—Esta noche no, compañero —dijo Adam—. Todavía tengo muchas cosas que desempaquetar.

Ella apreció su cooperación, pero sabía lo que su hijo iba a ofrecer a continuación.

—No, no puedes ayudar, C.J.

—Venga, mamá... —pidió el pequeño, esperanzado—. ¿Y cuando termine de desempaquetar? Tal vez se sienta solo.

—Estás presionando demasiado, señorito. Abajo. De inmediato —ordenó Jill, mirando sobre su hombro a Adam. Le pareció que estaba fijándose en su trasero.

A continuación acompañó a su hijo a la puerta de su casa. Justo cuando llegaron vio a Brewster Smith acercándose por la calle. Se detuvo en el porche de la vivienda.

—Me he acercado para ver si habías encontrado a C.J. —comentó Brewster. Tenía alrededor de cincuenta años y el pelo y la barba canosos. Era empleado de Jill pero, más importante aún, era su amigo—. Y ya veo que lo has hecho.

—Sí, estaba...

—Hola, Brew —interrumpió C.J.—. Estaba ayudando al doctor Adam a desempaquetar sus cosas... ¡y tiene muchas! Sobre todo libros. Libros muy grandes y gordos. Dice que son demasiado pesados para mí.

Jill puso una mano en el pequeño hombro de su hijo.

—Siento si te he preocupado, Brew. C.J. se olvidó de decirme dónde iba.

—Me lo figuraba —contestó Brewster, frunciendo el ceño.

Él conocía mejor que nadie a Jill, sabía lo mal que lo había pasado cuando el anterior doctor la había abandonado. Había sido en su hombro en el que ella había llorado.

La puerta del apartamento de la planta superior se abrió y a continuación se oyeron unas pisadas. Solo podía ser una persona.

—C.J., te has olvidado esto —dijo Adam, bajando por las escaleras y dándole al pequeño sus juguetes de Batman y Capitán América. Asintió con la cabeza ante Brewster—. Hola.

—Tú eres el inquilino —comentó Brew, frunciendo el ceño de nuevo.

—Sí —contestó Adam, tendiéndole una mano—. Adam Stone.

—Brewster Smith —se presentó Brew, estrechándole la mano.

—Encantado de conocerte.

—Espero que sigas teniendo la misma opinión cuando te diga lo que estoy pensando.

—Está bien. Dime.

—Esta mujer es como una hija para mí —explicó Brew con la advertencia reflejada en la cara—. Trátala bien o yo no estaré contento.

—Ahora mismo ya no lo estás —señaló Adam alegremente. No parecía intimidado en absoluto.

—Si haces algo para herirla, estaré mucho más descontento. Y lo mismo se aplica a otros muchos tipos de la ciudad —espetó Brew antes de girarse y alejarse de la vivienda.

—Un tipo agradable —comentó Adam—. Muy directo.

—Es un buen amigo.

Jill estaba muy agradecida por tener la amistad de Brewster y también por algo más; todo el mundo en la ciudad parecía querer protegerla. No era la primera vez que ocurría pero, aun así, le hacía muy feliz. Y en el caso del doctor Adam Stone le hacía sentirse inmensamente agradecida. La atracción que sentía por él no había hecho otra cosa que aumentar y necesitaba toda la protección que sus amistades pudieran ofrecerle.

Capítulo 2

Adam acababa de ver a su último paciente en su primer día en la clínica. No podía decir que hubiera sido el peor día como doctor que había tenido, pero haberse mudado desde Texas y haber desempaquetado todas sus pertenencias había sido pan comido comparado con intentar traspasar la fría actitud con la que le había recibido la gente a la que había atendido. La Mercy Medical Clinic estaba enclavada en una gran casa victoriana que había sido donada a la ciudad hacía años. Aquella mañana, la enfermera Virginia Irvin, que no había sido más agradable que los pacientes en sí, le había enseñado todo el recinto.

Tomó una taza de café del área de descanso que había junto a la puerta trasera de la clínica y a continuación se dirigió hacia su despacho. Tenía que ponerse al día con todo el papeleo. Le había pedido a cada paciente que rellenara un informe acerca de sus problemas de salud y posibles alergias. Quería revisar toda la información que había recopilado y la que habían dejado los anteriores doctores... incluido el «anterior doctor». Todo el mundo que había visto aquel día había hecho referencia a este, con el mismo tono que lo había hecho Jill...

—Aquí tiene, doctor.

Él, que ya se había sentado a su escritorio, levantó la vista de la pila de documentos que tenía delante. La enfermera del centro médico estaba en la puerta.

—Hola, Ginny.

—Virginia.

Aparentemente era Virginia solo para él. El resto de la gente la llamaba Ginny. Tenía alrededor de sesenta años, el pelo canoso y no escondía lo que pensaba. Adam sabía que deseaba que él no estuviera allí.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Virginia?

—Pensaba que los médicos lo sabían todo. Como Dios —respondió ella, cruzándose de brazos.

—Simplemente fingimos saberlo todo. Así logramos que los pacientes se sientan mejor.

—Oh, oh.

—De pequeño pasé muchos veranos aquí, en Blackwater Lake, y la gente parecía mucho más amistosa —comentó Adam.

—No nos gusta ser desagradables con los niños, sobre todo con los que vienen de visita.

—Así que la actitud amable se termina cuando el niño crece y viene a vivir aquí, ¿verdad?

—Algo así —concedió Virginia.

—¿Puedes ser más específica? —preguntó él, ocultando su frustración.

La enfermera le dirigió una fría mirada.

—Ayudaría si usted no se pareciera tanto al actor tan guapo de esa película del espacio y fuera más como Quasimodo.

—No estoy seguro de lo que quieres decir con eso.

—Se lo explicaré —dijo la enfermera, entrando en la sala—. Si usted fuera feo y no hubiera alquilado el apartamento de Jill Beck, la gente le daría el beneficio de la duda. Pero ese no es el caso. El último doctor...

—No se quedó —interrumpió Adam—. Jill me lo comentó.

—Ella es una de nosotros —continuó Virginia—. Su madre fue mi mejor amiga desde el colegio. Lo último que le dije a Dottie antes de que muriera fue que cuidaría a su pequeña y a su nieto.

—¿Qué le pasó a su madre?

—Cáncer de mama —contestó la enfermera, esbozando una tensa mueca para controlar sus emociones.

—Lo siento.

—Yo también.

—El caso es que no tienes que proteger a Jill de mí —aseguró Adam.

—Oh, oh —el sarcástico tono que empleó Virginia dejó claro que no había nada que él pudiera decir para convencerla de lo contrario.

—¿Querías algo? —preguntó entonces Adam.

Ella se quedó mirándolo fijamente.

—¿Estabas buscándome? —insistió él.

—Sí —respondió finalmente la mujer—. Tiene un paciente más. Un pequeño con fiebre y la garganta irritada. Su papi convenció a Liz para que lo atendiéramos hoy.

Liz Carpenter era la recepcionista de la clínica, una atractiva joven que aparentemente no necesitaba protección del nuevo doctor.

—¿Está el niño aquí? —preguntó Adam.

—En la sala de revisiones número uno —respondió Virginia.

—Ahora mismo voy —dijo él.

Una vez que la enfermera se marchó y lo dejó solo, pensó que aunque había hecho un cálido día de septiembre en Blackwater Lake, tenía ganas de tomar su abrigo de invierno antes de ver al nuevo paciente. Se dirigió a la sala de revisiones que le había indicado Virginia y al llegar a la puerta tomó el informe del paciente que había en el cubículo de la pared. Tyler Dixon. El apellido le resultaba familiar. El niño tenía seis años y ninguna alergia conocida. Era un pequeño sano con la garganta irritada y fiebre. Su padre era Cabot Dixon. Al entrar en la sala, sonrió.

Tyler, de pelo y ojos oscuros, era igual a su padre de pequeño... cuando Adam lo había conocido. Los Dixon eran los propietarios del rancho donde él había ido de camping cada verano y ambos se habían hecho amigos.

—Cab, me alegra volver a verte —saludó, tendiéndole la mano a su antiguo compañero de juegos.

—Adam —respondió el otro hombre con una sincera y amistosa sonrisa reflejada en la cara—. Había oído que te habías mudado a la ciudad, pero no pensaba que iba a tener que verte de manera profesional tan pronto.

—¿Tu hijo no se siente bien?

—Este es Tyler.

—No quería perderme el colegio, pero me duele la garganta —informó el pequeño.

—¿Te parece bien si le echo un vistazo a tu garganta? —tanteó Adam.

—¿Solo vas a mirar? —respondió Tyler, atemorizado.

—También quiero palparte el cuello, pero no te dolerá.

—¿Me lo prometes?

—Te doy mi palabra de honor —aseguró Adam, llevándose una mano al pecho.

—Está bien.

Tras examinar al pequeño, Adam miró al padre de este.

—¿Ha tenido tos o mocos?

—No —contestó Cabot.

Adam tomó entonces el estetoscopio y escuchó el pecho y la espalda de su paciente.

—Tiene un latido muy fuerte y sus pulmones están limpios —comentó.

—¿Qué tiene, Adam?

—Inflamación de garganta. Los síntomas son los típicos, incluidas las placas que he visto que tiene. Voy a tomar una pequeña muestra para analizarla.

Tras asentir con la cabeza Cabot, Adam le prometió a Tyler un juguete si se portaba bien. Entonces, con un bastoncillo, tomó una muestra de una de las placas de su garganta. Cuando Virginia entró en la sala, le ordenó que se llevara la muestra para analizarla y el pequeño se fue con ella para recibir su premio.

—No te preocupes, Cab, no es nada serio. La inflamación de garganta normalmente desaparece sin recibir tratamiento y extrañamente degenera en algo más serio. Le recetaré antibióticos, pero solo como medida de precaución.

—¡Qué alivio! —exclamó Cabot, que obviamente sentía debilidad por su pequeño—. ¿Debo hacer algo más?

—Darle medicamentos para bajar la fiebre y asegurarte de que bebe mucho líquido —explicó Adam, preguntándose por la esposa de su amigo. Normalmente eran las madres las que solían acompañar a sus pequeños al médico—. Cuéntame, ¿cuándo te casaste?

—Hace más de seis años —contestó Cabot con el enfado reflejado en los ojos—. Pero me divorcié en cuanto nació Ty ya que mi exesposa se marchó. Me dejó solo con un bebé y sin ninguna idea de cómo cuidarlo. Aun así, Tyler es lo mejor que me dio y siempre le daré las gracias por él. Un consejo; no traigas una chica de la gran ciudad a Blackwater Lake. Si quieres ser feliz durante el resto de tu vida, cásate con una mujer de por aquí.

—Ya me casé una vez —informó Adam—. Y no quiero volver a repetir.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. ¿Y tú?

—No —respondió Cabot, sonriendo—. ¿Cómo te está tratando Blackwater Lake?

—Como a un leproso —admitió Adam.

—He oído que has alquilado el apartamento de Jill Beck.

—Soy culpable. Y parece que para la gente de por aquí es una gran ofensa.

—Estás pagando las consecuencias de la actuación del anterior doctor, que la engatusó y después la abandonó. A la gente de por aquí no le gusta cuando alguien de fuera hace daño a uno de los suyos —dijo Cab.

—Yo no le voy a hacer ningún daño —protestó Adam—. Simplemente quiero formar parte de la comunidad. Fin de la historia.

—Te creo. Pero nunca formarás parte de Blackwater Lake hasta que demuestres que no vas a hacerle daño a Jill.

—Dime cómo convencer a la gente y lo haré.

—No puedo ayudarte con eso.

En ese momento Tyler regresó a la sala y les enseñó el coche de juguete que le había dado Virginia. Adam pensó que no sabía cómo resolver su problema. Le gustaba Jill, se sentía atraído por ella, pero no podía hacerle ninguna de las promesas que ella le exigiría...

En Potter’s Ice Cream Parlor no había mucha gente un día de diario por la noche ya que los niños habían vuelto al colegio tras las vacaciones estivales. Jill estaba haciendo el turno de su amiga Maggie y se sintió aliviada de estar allí y no en su propia casa, donde no podía dejar de pensar en Adam y en el hecho de que solo les separaba un techo.

Comprobó que en la heladería no faltara de nada y que las mesas y sillas estuvieran perfectamente ordenadas. Detrás de la caja registradora había una fotografía de Maggie Potter con su marido, Dan, vestido con su uniforme del ejército. La feliz imagen había sido captada hacía un par de años, el día de la apertura del local. Pero Dan había fallecido y Maggie estaba encargándose de todo ella sola. Jill pretendía ayudarla cuanto pudiera.

No había mucho que hacer, por lo que tomó un paño húmedo y comenzó a pasarlo por el mostrador. Cuando el timbre que indicaba que había entrado un cliente sonó, se giró para ver quién era.

—Hola, ¿cómo estáis? —saludó, sonriendo a Norm y Diane Schurr, amigos de su madre.

Él era muy alto y canoso. Su rubia esposa era más bajita y siempre tenía mucho cuidado con la dieta.

—¿Qué vais a tomar?

—Tres bolas de vainilla en una taza con caramelo y nueces —respondió Norm.

Profesora jubilada, Diane le dirigió a su marido una severa mirada.

—Tienes que tener cuidado con tu colesterol.

—Está bien —concedió Norm—. Entonces... que sean dos bolas.

—Oh, por el amor de Dios —dijo su esposa, riéndose y negando con la cabeza—. Yo tomaré las galletitas de chocolate sin azúcar con crema de yogur... las pequeñas.

—Ahora mismo os sirvo —respondió Jill, comenzando a preparar su pedido

—. ¿Qué hay de nuevo?

—Nosotros no tenemos muchas noticias, pero Brewster Smith nos ha contado que has alquilado el apartamento. Al nuevo médico de la Mercy Medical Clinic —comentó Diane.

—Así es —concedió Jill.

—El doctor es muy guapo —añadió la mujer.

—¿Lo has conocido? —preguntó Jill, sirviéndole a Norm su helado.

—Hoy tenía una cita en la clínica para mi revisión —informó Norm.

—A ambos nos tocaba la revisión —dijo su mujer—. El caso es, cariño, que no debes permitir que una cara bonita te tiente a que bajes la guardia de nuevo.

—No te preocupes —aseguró Jill—. Además, aunque flaqueara, sé que puedo contar con buenos amigos como vosotros para que me ayuden.

—Desde luego —terció Norm—. Aunque es una pena que no puedas ir tras el doctor. Parece un joven realmente agradable.

Mientras servía a Diane y cobraba a la pareja, Jill pensó que lo mismo había parecido el anterior doctor y finalmente la había abandonado.

—¿Cómo ha marchado vuestra revisión médica? ¿Estáis los dos bien?

—Bastante bien —respondió el hombre—. No estoy rejuveneciendo, pero tengo un cuerpo fuerte.

—El doctor Stone nos ha dicho que tenemos tiempo para cuidarnos ya que estamos jubilados. Y queremos disfrutar de esta época —informó Diane.

—Claro que sí —concedió Jill, preguntándose quién no querría hacerlo.

No podía imaginarse tener tiempo para ella misma. Nunca. Había que pagar facturas y tenía que criar a su hijo. Además, debía ahorrar para la universidad del pequeño.

—Aunque ambos estamos bien, tenemos que tener cuidado con el colesterol y la tensión arterial —continuó Diane.

—En realidad, el doctor Stone no os dijo nada que no supierais, ¿verdad? —supuso Jill.

—No, pero se esmeró mucho en nuestra revisión. No como el anterior doctor, que se apresuraba demasiado para que nos marcháramos. El doctor Stone nos ha dicho que nuestros corazones son fuertes. Andar es un ejercicio muy bueno y dice que no puede pensar en un lugar más bonito que Blackwater Lake para hacerlo. Hay aire fresco y unas hermosas montañas. Muchos árboles. Dice que una persona puede ejercitar al mismo tiempo el cuerpo y la mente en este lugar.

En ese momento sonó de nuevo el timbre que anunciaba un nuevo cliente. El doctor poeta entró en el local. Jill se preguntó si su corazón sería lo suficientemente fuerte como para soportar los vuelcos que le daba cada vez que lo veía.

—Doctor Stone —dijo Diane—. Estábamos hablando de usted. No esperábamos verlo aquí.

—Vengo a vigilar que están comiendo —bromeó Adam.

—Es solo yogur —explicó Diane, ligeramente a la defensiva—. Pregúntele a Jill.

Aparentemente Adam no se había dado cuenta de la presencia de su casera detrás del mostrador. Pareció realmente sorprendido.

—¿Eres la testigo de la defensa?

—La señora Schurr está diciendo la verdad y nada más que la verdad —dijo Jill sin poder evitar sonreír—. Y, además, ha logrado que el señor Schurr tome dos bolas de helado en vez de tres.

—¿Ha pensado en volver a trabajar y dedicarse a las relaciones diplomáticas? —respondió el doctor, dirigiéndose a Diane—. Se le daría muy bien.

—Supongo que sí que se me daría bien... tras todos los años que he pasado de maestra. Los chicos necesitan mano dura y la voz de la razón —contestó la mujer, mirando a Jill a continuación—. Norm y yo debemos marcharnos ya. Nos alegramos de haberte visto, cariño. Cuídate.

—Lo haré —respondió Jill, captando la indirecta—. Buenas noches.

A los pocos segundos, se quedó a solas con Adam. Este iba vestido con unos gastados pantalones vaqueros y una ceñida camiseta negra que le marcaba su musculoso pecho.

—Tengo que confesar algo —comentó él—. La verdadera razón por la que vine aquí es porque los helados son mi perdición.

—También son la de mi hijo. ¿Qué quieres tomar?

—Lo mismo que ha tomado el señor Schurr —respondió Adam, cruzándose de brazos y examinando a Jill como si fuera un nuevo y exótico sabor en el mostrador.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella mientras le servía el helado con caramelo, consciente de que estaba mirándola.

—Dímelo tú —dijo él, tomando la taza que le ofrecía Jill—. ¿Dónde está C.J.? ¿Y qué haces aquí?

—Mi hijo está con Brewster y con su esposa, Hildie —explicó ella, pensando que no era asunto de Adam—. Y yo estoy aquí porque Maggie Potter está embarazada y teniendo contracciones. Su hermano la ha llevado al hospital.

—El hospital más cercano está a casi ciento trece kilómetros y a ella todavía le quedan dos meses de embarazo.

—¿Cómo lo sabes?

La cara de Adam reflejó una irónica expresión.

—Esta no es la primera vez que vengo a la heladería.

—Ya veo. Obsesión por los helados —bromeó Jill, asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué la ha llevado su hermano al hospital? —quiso saber Adam al comenzar a tomarse su helado—. ¿Dónde está su marido?

—Su marido estaba en el ejército. Lo mataron en Afganistán. Lo ha descubierto hace poco.

—¡Qué terrible! No tengo palabras. La impresión de haberse enterado de la muerte de su marido puede que le haya adelantado el parto —supuso él—. Aunque espero que no. El bebé todavía es pequeño.

—Maggie está muy disgustada —confirmó Jill.

—Así que tú estás sustituyéndola.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Maggie y Dan levantaron este negocio de la nada. Los conozco a ambos desde que íbamos juntos al jardín de infancia. Ellos se enamoraron en el instituto. Él era el amor de la vida de Maggie y mi mejor amigo. Ya nada puede devolvérnoslo, pero, si hay algo que yo pueda hacer para salvar a su hijo, lo haré. Mantener este lugar abierto lo hago tanto por él como por Maggie.

—Es un gesto maravilloso.

—Los amigos están para ayudarse.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Adam con cierta tensión—. Y me encantará que alguien me ayude a mí si lo necesito cuando tenga más de un amigo en Blackwater Lake.

—¿Tienes un amigo? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. Cabot Dixon. Nos hicimos amigos de pequeños, cuando yo venía de campamento al rancho de su padre.

—C.J. y Tyler son buenos amigos —comentó Jill.

—Me lo preguntaba. Cab llevó al muchacho a que yo lo examinara y me di cuenta de que eran de la misma edad.

—Espero que no fuera nada serio.

—No, no lo era. Pero debido al secreto profesional no puedo contarte nada más.

—No rompas ninguna regla por mí.

—No te preocupes. Pero sí que hay algo que pretendo hacer por ti.

—No me hagas ningún favor.

—En realidad, es en mí en quien estoy pensando —aclaró Adam mientras continuaba comiéndose su helado—. Parece que la gente de por aquí tiene un gran afán protector sobre ti. Para obtener su respeto y confianza primero debo ganarme tu amistad. Y pretendo hacerlo.

—Buena suerte —dijo ella con el corazón revolucionado—. Pero he desarrollado cierta inmunidad ante los hombres agradables y encantadores.

—Entonces es estupendo que yo no sea agradable ni encantador —respondió él, terminándose su helado.

Repentinamente, Jill se dio cuenta de que no le había cobrado la consumición.

—No te he cobrado. ¡Vaya amiga que soy! Estas no son maneras de cuidar el negocio de Maggie.

Adam sacó varios billetes del bolsillo de su pantalón y dejó uno sobre el mostrador.

—Quédate con el cambio —ofreció, mirándola a los ojos a continuación—. ¿Jill?

—¿Qué? —contestó ella sin poder apartar la mirada.

—No soy tan malo como crees.

Jill se sentía tan tentada por él que pensó que de ninguna manera podrían ser amigos. Ya había sufrido demasiado.

Capítulo 3

Era sábado y Adam no sabía qué hacer con el primer fin de semana libre que tenía desde que se había mudado a Blackwater Lake. Dio vueltas por el apartamento que cada día le pesaba más. Aunque ya había colocado todas sus pertenencias y creado un pequeño despacho para trabajar en casa en el segundo dormitorio de la vivienda, pensó que tal vez podría acercarse a las tiendas de antigüedades y de muebles de la ciudad para ver si compraba algo.

Miró por la ventana del salón, que ofrecía unas bonitas vistas del lago. Junto a este vio una pequeña construcción de madera con un letrero que informaba de que era la Blackwater Lake Marina y Bait Shop. Pensó que había llegado el momento de explorar su nueva ciudad...

A los pocos minutos estaba dirigiéndose a la tienda que había junto al lago. Cuando entró en el local, se encontró a Jill reponiendo botellas de agua en la gran nevera del establecimiento. No le quedó la menor duda de que tenía un trasero espectacular.

—¿Mamá? —dijo entonces C.J.

Adam se adentró aún más en la tienda y vio al niño, que estaba sentado en el suelo junto a la nevera. Parecía muy aburrido.

—Mamá —dijo de nuevo el pequeño con un tono de voz más alto.

—Dime, cariño.

—¿Por qué no puedo salir fuera?

—Porque no puedes jugar cerca del lago cuando no hay nadie vigilándote. Esa es la regla.

—Es una regla estúpida —protestó C.J.—. Sé nadar.

—Sí, pero es mejor prevenir que curar —explicó su madre.

—Quiero ir a casa de Ty —respondió el niño, cambiando de táctica.

—Ya hemos hablado de esto antes; tengo que cuidar de la tienda y no puedo llevarte.

—Podría telefonear a Ty —insistió C.J.—. Seguro que el señor Dixon puede venir a buscarme.

—El señor Dixon está ocupado con su rancho. No deberías molestarle —

comentó Jill.

—¿Cuándo vuelve Brew?

—Dentro de un par de horas.

El pequeño emitió un gran suspiro.

Adam carraspeó para que se dieran cuenta de su presencia.

—Hola —saludó.

—¡Doctor Adam! —exclamó C.J., levantándose y acercándose a él.

—¿Qué tal, campeón? —respondió Adam, chocando la mano con el niño. Entonces miró a Jill—. Buenos días.

—¿Cómo estás? —dijo ella, apartándose su pelirrojo cabello de la cara.

—Bien. Disfrutando de mi fin de semana libre.

—Debe de estar bien tener tiempo libre.

—Desde luego —concedió Adam, fijándose en las oscuras ojeras que tenía Jill—. ¿Hay algún lugar en la ciudad en el que no trabajes?

Ella se rio, lo que supuso una agradable sorpresa.

—Esta tienda es mía.

—Parece que tienes cosas muy interesantes —dijo él mientras miraba a su alrededor.

Había cañas de pescar y cebos, gorros y prendas de ropa.

—Brewster trabaja para mí, así que le sustituyo cuando tiene tiempo libre.

Adam comenzó a decir algo, pero en ese preciso momento tres hombres entraron en el local. Todos parecían tener alrededor de sesenta años.

—Bienvenidos a Blackwater Lake —los saludó Jill, sonriendo.

Al comenzar ella a atender a sus potenciales clientes, que estaban interesados en material para pescar, su hijo, inadvertido por todos menos por Adam, salió de la tienda. Este salió del establecimiento a su vez y vio cómo el pequeño se acercaba a la orilla del lago, cómo tomaba una piedra y la lanzaba al agua. Sin pensarlo dos veces, se acercó al niño. Al igual que había hecho C.J., tomó una piedra y la lanzó al agua con una excelente precisión.

—¡Qué bien lo haces! —exclamó el pequeño—. ¿Cómo aprendiste a hacerlo así?

—El padre de Tyler me enseñó cuando yo tenía más o menos tu edad.

—¿Vivías aquí por aquel entonces?

—Solo venía a Blacwater Lake en verano.

—¿Sois el señor Dixon y tú amigos? —quiso saber C.J.

—Sí.

—¿Puedes enseñarme a lanzar piedras al agua como lo haces tú?

—Puedo mostrarte cómo se hace, pero después tendrás que practicar para llegar a hacerlo bien.

—Entonces olvídalo; jamás llegaré a ser bueno. Se supone que no puedo estar aquí solo, pero mi madre nunca tiene tiempo para mirarme.

—Tu madre tiene muchas responsabilidades —respondió Adam, que comprendía al niño perfectamente. Aunque él había tenido a sus dos progenitores consigo, las exigentes carreras de estos les habían dejado muy poquito tiempo para pasar con un niño que solo quería jugar—. Pero yo estoy aquí.

—¿Puedes mirar cómo lo hago? —preguntó C.J., sorprendido.

—Desde luego —aseguró Adam, tomando otra piedra y enseñándole al pequeño cómo se sujetaba entre el dedo gordo y el índice—. La táctica se basa en el movimiento de la muñeca.

C.J. observó cómo la lanzaba.

—Deja que yo lo intente —pidió.

Trabajaron en ello durante cinco minutos, el tiempo máximo de concentración de un niño de seis años. Entonces el pequeño comenzó a andar sobre las rocas.

—¿Tienes una caña de pescar? —dijo Adam.

—Todavía no —explicó C.J.—. Mi madre dice que me comprará una cuando cumpla siete años.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—Cuando llega el frío.

Adam recordó que Jill le había dicho que el anterior doctor se había marchado cuando había llegado el frío y que no iba a permitir que a su pequeño le rompieran de nuevo el corazón.

En ese momento se oyeron unas pisadas tras ellos.

—Oh, oh —dijo C.J.—. Es mi madre.

—Estoy muy decepcionada, C.J. —comentó Jill.

—¿Estás enfadada, mamá?

—¿Parece que estoy enfadada?

—¿No? —preguntó el pequeño, esperanzado, tras analizar la expresión de la cara de su progenitora.

—Has desobedecido una orden tras haber estado hablando de ello. Tiene que haber consecuencias, cariño. Tengo que pensar cuál va a ser tu castigo.

—Mientras lo piensas... —comenzó a decir C.J.— recuerda que la fiesta de cumpleaños de Ty es dentro de una semana.

—Gracias por recordármelo —respondió su madre.

Fue aquella tranquila voz lo que afectó a Adam. No podía quedarse observando sin decir nada.

—Mira, Jill, es sábado y hace un día precioso. Es muy duro mantener a un muchacho encerrado entre cuatro paredes. Yo estaba aquí con él...

—Acerca de eso... —dijo ella con la tensión reflejada en la voz. A continuación miró a su hijo—. Entra en la tienda y bebe un poco de agua. Yo tengo que hablar con Adam.

Sin decir nada, C.J. se dirigió a toda prisa a la tienda de su madre.

—Jill, no lo pagues con él. Es conmigo con quien realmente estás enfadada.

—Te dejé claro que no podía ser que estrecharas lazos con mi hijo.

—Y yo te dejé claro que no le haría daño. Además, solo estaba haciéndole compañía.

—No hace falta que lo hagas. Yo me ocupo de C.J.

Tras decir aquello, Jill se dirigió a su vez hacia su establecimiento... dejando a Adam realmente intrigado por ella.

En Potter’s Ice Cream Parlor estaba celebrándose una fiesta de recaudación de fondos para el equipo de fútbol del instituto de Blackwater Lake y Jill acababa de terminar su turno voluntario de dos horas. Maggie Potter se encontraba presente... y sentada en una silla. Los médicos habían logrado controlar las contracciones que había estado sintiendo, pero debía guardar reposo. Jill se sentó en la silla vacía que había delante de la de su amiga.

—Deberías estar en casa con las piernas en alto.

Maggie era una atractiva mujer castaña de ojos marrones... y muy tristes en aquel momento.

—Ya hace una semana que vi al doctor y no hacer nada está volviéndome loca.

—Tienes que relajarte y cuidar de tu bebé.

—Hago todo lo que puedo. Ahora que Dan ya no está aquí, no hay otra cosa más importante para mí que este bebé. Tengo que asegurarme de que una parte de su padre siga viva. Puedes estar tranquila; telefoneé al doctor para pedirle permiso. Me ha dicho que no hay problema con que esté fuera de casa siempre y

cuando esté sentada y no me agite. Si me vuelvo loca de verdad y termino detrás del mostrador, Brady tiene órdenes de tomarme en brazos y llevarme a casa.

—Así que a tu hermano mayor le toca vigilarte —dijo Jill, riéndose.

—Tiene que vigilarme todos los días, pobrecito —respondió Maggie con una profunda tristeza reflejada en la cara—. Está encargándose de la heladería hasta que nazca el bebé.

—Brady es un tipo estupendo.

En numerosas ocasiones Jill se había preguntado por qué no se habría enamorado de Brady O'Keefe en el instituto... en vez de Buddy Henderson. Lo único bueno que le había dejado aquel indeseable había sido C.J. Tras su terrible experiencia con él, había decidido no volver a enamorarse. Y la única ocasión en la que se había atrevido a planteárselo de nuevo, el doctor la había abandonado. Ya no tenía ganas de probar una tercera vez.

—Sí. Además, está muy guapo y tiene su propio negocio, que es todo un éxito —comentó Maggie, mirando hacia la puerta—. Hablando de hombres atractivos...

Jill se giró y vio a Adam entrar en la heladería. Cuando su amiga comenzó a llamarlo con la mano, no pudo evitar protestar.

—No.

—Oh, ¿de verdad? —contestó Maggie, levantando las cejas de manera interrogante.

—¿A qué te refieres con eso de «oh, ¿de verdad?».

—No te hagas la tonta conmigo. Te conozco desde hace demasiado tiempo. ¿Qué ocurre entre tu nuevo inquilino y tú?

—¿Quién dice que ocurre algo? —espetó Jill—. ¿No puedo simplemente no querer hablar con él?

—No, a no ser que necesites utilizar gafas y estés completamente loca. Es guapísimo y parece muy agradable. Sé que todo el mundo en Blackwater Lake lo odia por lo que el último doctor te hizo, pero yo creo que a la gente hay que darle el beneficio de la duda.

—Solo lo dices porque está obsesionado con los helados y es buen cliente.

—Eso es estupendo, desde luego. Pero, por el amor de Dios, es un soltero sin hijos y ha venido a apoyar al equipo de fútbol. Es un punto a su favor —aseguró Maggie, esbozando una pequeña sonrisa—. Y, por lo que parece, no está comprando helados solo para él.

Jill miró el mostrador de la heladería y vio a Adam rodeado de cuatro

pequeños, pequeños a los que estaba comprando helados.

—¡Vaya! —exclamó Maggie.

—¿Qué? —dijo Jill, girándose para mirarla.

—Ha pedido los dos helados más caros que tengo —explicó su amiga, mirando cómo los satisfechos niños se sentaban a una mesa con su suculento regalo mientras el doctor pagaba la cuenta.

Jill miró entonces a su hijo, que estaba charlando con Tyler Dixon y el padre de este. Siempre le aliviaba ver a su pequeño contento y sano...

—Hola, señoritas.

—Adam —respondió Maggie con la amabilidad reflejada en la voz—. ¿Por qué no te sientas con nosotras?

—Hola, Adam —saludó Jill a continuación—. Sí, acompáñanos —añadió al ver el brillo de alegría que su amiga tenía reflejado en los ojos, brillo que momentáneamente había borrado la tristeza.

—Ambas parecíais estar hablando sobre algo serio. No quiero interrumpir.

—Solo estábamos charlando —contestó Jill ya que sabía que Maggie quería que se sentara con ellas—. No era nada importante. Siéntate.

Ligeramente sorprendido, Adam tomó una silla libre de una mesa cercana y se sentó junto a ellas.

—¿Cómo está la futura mamá?

—No haciendo nada, tal y como me han ordenado, y casi volviéndome loca —aseguró Maggie.

Adam se rio.

—Pues estás estupenda.

—¿Es esa tu opinión oficial como médico, doctor? —terció Jill, pensando que él estaba siendo demasiado amable con Maggie.

—Efectivamente —respondió Adam, mirando a su casera a continuación—. Y a ti te vendría bien descansar durante un día.

Jill pensó que debía de tener un aspecto horrible. Al darse cuenta de la divertida expresión que su amiga tenía reflejada en la cara, supo que esta sabía lo que estaba pensando. Antes de que le diera tiempo a contestar, la alcaldesa Loretta Goodson se detuvo junto a su mesa.

—Hola, Jill —dijo la mujer, de unos cuarenta y pico años. Era alta y atractiva. Nunca se había casado y cuando miraba la barriguita de Maggie lo hacía con cierta tristeza—. Tienes buen aspecto, Maggie.

—Me encuentro bien.

La alcaldesa asintió con la cabeza y le tendió la mano a Adam.

—No nos hemos conocido todavía, doctor. Soy la alcaldesa Loretta Goodson.

—Un placer —dijo él, apretando su mano.

—¿Cómo le van las cosas por la ciudad?

—Bueno... mudarse a un lugar nuevo siempre es un reto.

—La gente de Blackwater Lake se enorgullece de su lealtad.

—Sin duda es una característica que define a los vecinos de esta ciudad —concedió Adam irónicamente.

Jill sabía que estaba refiriéndose a la manera en la que numerosas personas recelaban de él para protegerla.

—Su actitud cambiará. Hacer reconocimientos médicos sin cobrar para el equipo de fútbol ayudará —aseguró la alcaldesa—. Y es importante para los vecinos el aceptarte. Necesitamos atraer negocios y la gente que trabaja en estos necesita servicios, como los servicios de salud.

Jill se sintió muy culpable al darse cuenta de lo mal que sus vecinos estaban tratando a Adam por el simple hecho de ser médico y haber alquilado su apartamento.

—Tal vez le gustaría tener una caseta en el Harvest Festival, el mes que viene —le comentó entonces Loretta al nuevo ciudadano de Blackwater Lake.

—No tejo colchas ni relleno pepinillos —bromeó él.

—Estaba pensando en chequeos médicos —aclaró la alcaldesa—. Sería una excelente manera de lograr que la gente lo conociera.

—Parece buena idea —concedió Adam—. ¿Con quién debería hablar para organizarlo todo?

—Con Calvin Johnson —respondió la mujer, señalando a un hombre que había en el extremo opuesto de la sala—. Venga conmigo; se lo presentaré.

—Estupendo. De hecho, he venido a esta celebración para realizar una donación para el equipo de fútbol —dijo Adam, mirando a Jill a continuación—. Hasta luego.

Estupefacta, ella sonrió y asintió con la cabeza. Entonces observó como él se alejaba. Cada vez estaba resultándole más difícil resistirse a los obvios encantos del nuevo doctor...

Capítulo 4

Cuando al día siguiente Adam regresó a casa de la clínica, tomó el correo antes de subir al apartamento. Pero decidió echar una ojeada en el jardín trasero de la vivienda y vio a C.J. sentado en una roca.

—Hola, campeón —dijo, acercándose al pequeño.

—Hola, doctor Adam.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—No te habrás puesto enfermo debido a todo el helado que comiste anoche, ¿verdad?

El niño negó con la cabeza.

—¿Estás bien? —insistió Adam.

—Sí.

Aquel no era el alegre pequeño que Adam había conocido. Sabía que le pasaba algo.

—¿Por qué estás aquí sentado tú solo?

—Mi madre está haciendo los deberes y me ha dicho que salga fuera a jugar.

¿Los deberes? Adam no comprendió nada.

—¿Y cómo es que no estás jugando?

—No tengo a nadie con quien hacerlo —respondió C.J., encogiéndose de hombros.

Vivir en Lakeview Road tenía el inconveniente de que no había muchos niños en el vecindario. La casa más cercana estaba a más de un kilómetro y medio de distancia.

—¿Juegas a tomar la pelota conmigo? —preguntó entonces el pequeño.

—Claro —concedió Adam—. Me encantará lanzarte la pelota.

—¿De verdad? —dijo el niño, sorprendido.

—Jugar a recoger la pelota es una de mis cosas favoritas.

—¿Tienes un guante de béisbol?

—No, pero si me lanzas la pelota con suavidad, podré agarrarla —explicó Adam.

Ambos comenzaron entonces a jugar a lanzar y a atrapar la pelota. En un momento dado, C.J. comentó que no le había aceptado en el equipo de béisbol del colegio.

—¿Se lo has contado a tu madre? —quiso saber Adam, triste por el pequeño.

—No. Cuando le cuento ese tipo de cosas se pone triste —contestó C.J.

—Está muy bien que te ocupes de tu madre.

Durante los siguientes diez minutos estuvieron jugando al mismo juego. El niño se lo pasó muy bien. Pero finalmente Adam se dio cuenta de que estaba haciéndose de noche.

—Creo que está oscureciendo demasiado, C. J. —comentó—. Es mejor que entres en casa.

—Puedo encender la luz del porche —ofreció el niño con entusiasmo.

—No será suficiente.

—Está bien —concedió C.J., acercándose a Adam—. ¿Doctor Adam?

—¿Sí?

—¿Necesitas ayuda para desempaquetar más cajas? ¿Tienes que colocar más pertenencias?

—Creo que estoy completamente instalado —respondió Adam.

—¿Tienes algo que hacer ahora?

—En realidad, no. Simplemente tengo que ir a buscar algo para cenar.

—Nosotros vamos a cenar mi plato favorito —confió el niño—. Perritos calientes con patatas.

—Debe de estar muy rico.

—Si no tienes comida, puedes venir a mi casa y comer.

Adam pensó que aquello no era muy buena idea. Jill le había dejado muy claro que debía evitar tanto a su hijo como a ella.

—No creo que a tu madre le gustara.

—No le importará —aseguró C.J.

—No sé, campeón. Probablemente no sea buena idea que vaya a tu casa sin haberle pedido permiso antes a tu madre. Tal vez no haya suficiente comida. Tal vez en otra ocasión.

—No te preocupes; siempre me dice que puedo llevar amigos a casa cuando quiera. Y siempre tenemos muchos perritos calientes. Por favor, di que sí, doctor Adam —suplicó el pequeño.

—Está bien —concedió él—. Me has convencido. ¿A qué hora?

—Cenamos a las seis.

—Allí estaré.

Jill sacó los perritos calientes del horno y los colocó en la lumbre. Aquella sencilla cena había sido idea de su madre tras el abandono de su padre. Habían estado muy mal de dinero.

Cuando alguien llamó a la puerta principal, C.J. se apresuró a acercarse a esta.

—Yo abro —gritó.

—¡No! —espetó su madre, que salió a toda prisa de la cocina. No solían tener visita a aquellas horas—. No sabemos quién está ahí. No estoy esperando a nadie.

—Yo sí.

—¿A quién estás esperando?

—Al doctor Adam —respondió el pequeño.

Antes de que Jill pudiera volver a preguntarle nada, volvieron a llamar a la puerta. Miró por la mirilla y, efectivamente, allí estaba Adam.

—Abre la puerta, mamá. No le hagas quedarse ahí fuera toda la noche —dijo C.J. con un tono de voz sospechosamente parecido al de su progenitora—. Estás siendo grosera.

Ella sabía que su hijo tenía razón. Y su grosería no se aplicaba solo a aquel momento; había sido grosera con Adam desde que este había expresado deseos de alquilar su apartamento.

—Tienes razón, C.J. —concedió mientras abría la puerta. Comenzó a saludar a su inesperado invitado, pero las flores y la botella de vino que estaba sujetando Adam la dejaron sin habla.

—Hola —dijo Adam, sonriendo a C.J. a continuación—. Hola, amigo.

—Esto es una sorpresa —comentó Jill cuando finalmente logró recuperar la voz.

—He venido a cenar —informó Adam.

—Yo le invité —añadió el pequeño.

—Deberías habérmelo consultado primero... para que hubiera estado preparada. Habría hecho más comida —reprendió ella a su hijo, pensando que habría hecho más y mejor comida.

—Si este no es un buen momento, volveré otro día —terció Adam, ofreciéndole las flores y la botella de vino.

Como atontada, Jill las tomó.

—No pasa nada, mamá. El doctor Adam puede comerse mi perrito caliente —sugirió C.J.—. Yo me haré un sándwich de cacahuete. Siempre me has dicho que tenemos que ayudar a la gente que no tiene nada... y el doctor Adam no tiene nada para cenar. Me dijo que tenía que ir a buscar algo de cenar.

Ella no fue capaz de regañar a su pequeño ya que en realidad estaba muy orgullosa de él; los valores que había intentado inculcarle habían dado sus frutos... en el momento más inoportuno y con el hombre más inconveniente que podía imaginar.

—Si quieres, puedes quedarte —le dijo a Adam—. La cena no es nada elaborado, simplemente una receta de familia.

—C.J. me dijo lo que había en la carta.

Jill cerró entonces la puerta con la cadera ya que tenía las manos llenas.

—Voy a poner otro cubierto en la mesa y a preparar unos cuantos perritos calientes más.

—Ven a ver mi habitación, doctor Adam —pidió el niño.

—Guíame hasta allí, campeón.

Con nerviosismo, ella colocó un par de perritos calientes más en el microondas y colocó las flores en un jarrón que había sido de su madre, jarrón que puso en el centro de la mesa. A continuación miró el vino que había llevado Adam y se preguntó si combinaría bien con perritos calientes.

Tras preparar una ensalada, vio como C.J. entraba en el salón con Adam.

—Mamá, el doctor Adam y yo tenemos hambre.

—Entonces es estupendo que la cena esté preparada —respondió Jill, mirando a Adam a continuación—. No digas que no te advertí.

—Va a gustarte, doctor Adam —aseguró el niño—. Es mi comida favorita.

Una vez que se sentaron a cenar, Jill le sirvió a su hijo un vaso de leche.

—Mamá... —protestó el niño.

—No te quejes, Christopher John. La leche tiene calcio que es bueno para tus huesos y dientes.

—¿Entonces por qué siguen cayéndoseme los dientes? —refunfuñó C.J.

—No se te están cayendo todos —respondió su madre, mirando a Adam.

El doctor estaba conteniendo la risa a duras penas.

—Los dientes de leche te salieron para hacer hueco a los permanentes. Estos son los únicos que vas a tener. Así que con más razón debes cuidarlos. Bébete la leche o no tendrás postre.

—Sí, mamá —contestó el pequeño, dando un sorbo a la leche que le dejó un bigote blanco.

—No está mal —comentó Adam tras dar un bocado a su perrito caliente.

—Ya te lo dije —dijo C.J., dando un enorme bocado a su perrito caliente.

—Mastica con cuidado —advirtió Jill—. Vas a atragantarte —añadió, dando un sorbo a su vino. Entonces asintió con la cabeza ante Adam—. Está delicioso.

—Me alegra que te guste —dijo él—. C.J. me comentó que estabas haciendo los deberes.

—¿Cuándo te dijo eso?

—El doctor Adam ha estado jugando conmigo a lanzar la pelota —explicó el niño.

—Espero que no te molestara —se apresuró a decir Jill, mirando a Adam.

—Fue divertido —respondió él—. C.J. tiene mucho potencial.

—Sí, es cierto —concedió Jill—. Yo estaba haciendo los deberes del curso *online* que estoy siguiendo. Es un curso de negocios. Mejor tarde que nunca. Estaba en la universidad cuando nació C.J. y al poco tiempo mi madre enfermó. Tuve que dejar las clases durante unos años. Y ahora las he retomado para asegurarme de que dirijo bien mi tienda.

En ese momento el pequeño no pudo contener un bostezo.

—Es hora de ducharse —dijo su madre.

—Pero el doctor Adam está aquí —protestó C.J.—. Y todavía no he tomado el postre. Me he comido toda la comida, ¿ves? —añadió, levantando su plato para que Jill lo viera—. ¡Estoy pasándomelo tan bien! Es casi como salir a cenar fuera —entonces miró a Adam—. Nunca salimos a restaurantes, salvo en circunstancias especiales, porque es demasiado caro.

Ella no quería que sintieran pena por ellos, en especial Adam Stone.

—Cuando estés preparado para acostarte podrás tomar un poco de helado.

—Estaré aquí cuando termines —prometió Adam.

—¿Es esta una de esas situaciones en las que «no» significa «no» simplemente porque tú lo dices? —le preguntó el pequeño a su madre.

—Sí.

—Está bien, pero... —respondió C.J., señalando a Adam— no te vayas. Me daré mucha prisa.

—No te olvides de lavarte los pies —le recordó Jill.

Cuando se quedó a solas con Adam, le miró y vio que estaba riéndose. Ella tampoco pudo contenerse.

—Es todo un personaje —comentó él—. Es un niño muy inteligente.

—¡A mí me lo vas a decir! Logra que la maternidad sea todo un reto —concedió Jill, levantándose y comenzando a tomar los platos de la cena.

—Te echaré una mano —contestó Adam, llevando su propio plato a la pila.

Jill lo siguió y se quedó de pie a su lado, mirándolo.

—¿Te ha comentado que no le han elegido para el equipo de béisbol?

—Me dijo que tú no sabías nada.

—Su profesora me telefoneó para decírmelo, por si acaso estaba disgustado.

—Lo estaba —confirmó él.

—Yo también. Me gustaría estrangular a los pequeños canallas, pero no sería buena idea.

—En eso estoy de acuerdo contigo.

—Un aspecto de la maternidad es tener que echarte a un lado para que tu hijo pelee sus propias batallas. Pero a nadie le gusta ver que a su pequeño le dan de lado... —comentó ella, emocionada. Las lágrimas empañaron su mirada.

—Jill... —comenzó a decir Adam, tocándole el hombro.

Ambos sintieron algo muy parecido a una corriente eléctrica recorriéndoles el cuerpo. Ella no supo quién se movió primero, pero repentinamente él la abrazó estrechamente y los labios de ambos quedaron a tan solo unos milímetros de distancia.

Capítulo 5

Antes siquiera de que Jill pudiera protestar, Adam la besó. Sus labios eran suaves y su piel desprendía un olor muy sexy y masculino. A los pocos segundos él la abrazó por la cintura para presionarla contra su cuerpo. Ella tenía la respiración muy agitada y sintió como una intensa excitación se apoderaba de las partes más íntimas de su anatomía.

Cuando Adam le acarició el labio superior con la lengua, abrió la boca para dejarle tomar lo que quisiera. Contenta, se dejó llevar por el momento y le acarició el pecho.

Él estaba besándola con verdadera pasión... hasta que en un momento dado dejó de hacerlo. Tomó las manos de Jill, les dio un fuerte apretón y las apartó de su pecho.

—Lo siento —se disculpó.

—No tienes que se sentir nada —respondió ella, negando con la cabeza.

—No debería haber hecho eso. Todo es mi culpa —aseguró Adam, levantándose.

—Vaya, a todas las chicas les gustaría oír algo así... que el chico se echa las culpas.

—Esto no es buena idea. Tú, yo... no se me dan bien las relaciones sentimentales.

—A mí tampoco —aseguró Jill.

—Quiero ser el mejor médico de familia que exista —explicó él—. Pero para llegar a serlo, tengo que dejar de ser un extraño para esta comunidad, que tiene que llegar a aceptarme por completo. Y por el momento no parece que vaya a ocurrir.

—Gracias a mí.

—No es culpa tuya que yo esté pagando los errores de otro tipo. Podré ganarme el respeto de la gente siempre y cuando no estropee las cosas yo también.

—Está bien —dijo ella, esbozando una gran y falsa sonrisa—. Comprendo lo que quieres decir.

—Creo que podemos ser buenos amigos, pero cualquier otra cosa puede salir mal. Podría crearse una situación complicada y contraproducente para mis propósitos.

—Tienes toda la razón —concedió Jill con poca sinceridad.

Por alguna razón, el que ella estuviera aparentemente de acuerdo con Adam provocó que este frunciera el ceño.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Desde luego —volvió a conceder Jill—. Pero tengo que pedirte un favor.

—Lo que sea.

—Puedo ser tu amiga, pero no finjas que es solo para encajar en la comunidad.

—Jamás haría algo así —aseguró él con la frustración y el enfado reflejados en la voz.

—Eso mismo dijo el último doctor —explicó ella, levantando la mano para evitar que Adam protestara—. Hay una cosa más.

—Eso serían dos favores.

—Es importante.

Él asintió con la cabeza.

—Está bien. ¿Qué es?

—No comiences ningún tipo de relación con C.J. No finjas ser su amigo. No le prestes atención ni juegues con él si más tarde vas a abandonarlo. Es vulnerable.

—Jamás le haría daño. Y no voy a abandonarlo. Tal vez te hayas dado cuenta de que estoy haciendo todo lo posible para crearme una vida en Blackwater Lake.

En ese momento se oyeron unas pisadas acercándose al salón y C.J. apareció por la puerta.

—Mami, ya estoy limpio —informó el pequeño—. Doctor Adam, todavía estás aquí —añadió al verlo.

—Ya te dije que me quedaría —le recordó Adam al niño sin dejar de mirar a Jill.

—¡Qué bien! —exclamó el niño. Pero entonces miró a su madre y a Adam —. Parecéis extraños.

—Quizá todavía tengas agua en los ojos —respondió ella.

—No. Me he secado muy bien. Y me he lavado los pies, ¿ves? —dijo el niño, levantando un pie.

—Lo has hecho muy bien, cariño —aseguró Jill, que se sentía muy decepcionada ante el hecho de que Adam hubiera sido suficientemente fuerte como para haber roto el beso que se habían dado...

Adam había pensado que una agotadora caminata por las montañas que rodeaban Blackwater Lake habría logrado aliviar la tensión que se había apoderado de él. Pero tres horas después salió de uno de los bosques del lugar, completamente agotado, sudoroso y cansado... pero más tenso que hacía unas horas. Al llegar a su casa vio que el coche de Jill no estaba y no pudo evitar preguntarse dónde se encontraría ella.

Aquello no era nada nuevo para él, pero la sensación de angustia al no saber dónde había ido Jill se había intensificado desde que la había besado hacía unos días. Deseaba fervientemente dejar de pensar en ella, en su boca... que era absolutamente deliciosa.

Miró hacia la tienda del lago y vio el cartel que anunciaba que todos los artículos de pesca gozaban de una rebaja en el precio de un veinticinco por ciento. Decidió que quizá había llegado el momento de volver a pescar. Aquella actividad podría distraerle.

Se acercó a la tienda y entró en esta. No había nadie atendiendo. Vio que había otra puerta al final del establecimiento y salió por ella. Allí se encontró con Brewster Smith, que estaba lavando con una manguera cañas, botas de goma y numerosos artículos más de pescar.

—Hola —lo saludó.

Brewster asintió con la cabeza, pero no dijo nada. De inmediato volvió a centrar la atención en lo que estaba haciendo.

—Hace un día precioso —comentó Adam.

—Sí —concedió Brewster, levantando la mirada—. Ya queda poco para que llegue el invierno.

—¿Cómo va el negocio?

—Como siempre en esta época del año.

—Parece que estáis de rebajas, ¿no es así? —dijo Adam para intentar ser amigable.

—¿Te has dado cuenta? —respondió el otro hombre con ironía—. Es un alivio que puedas leer.

Adam decidió ignorar aquel sarcástico comentario.

—Tal vez sea un buen momento para comprar una caña de pescar. Estoy pensando en comenzar a practicar la pesca. Dicen que es relajante.

—¿Dónde has oído eso?

—No estoy seguro... alguien me lo comentó —contestó Adam, irritado.

—Umm —fue lo único que obtuvo por respuesta.

—Tal vez tú podrías recomendarme un equipo para principiantes.

—¿Quieres un consejo? —preguntó Brewster con frialdad—. Alquila la caña o compra una muy barata.

—¿Porque es menos complicado y fácil de utilizar?

—No. Simplemente es más práctico.

—¿Por qué?

—Es mejor no invertir mucho dinero en algo que finalmente abandonarás cuando te marches de aquí.

—Estoy aquí para quedarme y el dinero no es problema.

Tras continuar charlando de pesca durante un rato con el empleado de Jill, le pidió a este que le enseñara un bote de remo que había dicho que tenían en la tienda. Pero el bote en cuestión todavía se encontraba en construcción. Obviamente Brewster estaba tomándole el pelo. La conversación que estaban manteniendo era realmente frustrante.

—Parece que será un bote cuando esté construido.

—Lleva así un tiempo —explicó Brewster—. Comenzó a construirse por orden de aquel doctor que se marchó de la ciudad.

—Estaría bien tener algo así en primavera. ¿Podrías terminarlo para mí? Pagaré por adelantado.

—Si todavía estás aquí en primavera, hablaremos de ello. No tiene sentido malgastar energía ni almacenar algo que no va a ser utilizado.

—Estaré aquí en primavera —aseguró Adam, a punto de perder la paciencia.

—Ya he oído eso antes —dijo Brewster.

—¡Ya es suficiente! —espetó Adam, dando un paso hacia delante—. Estoy harto y cansado de que todo el mundo en Blackwater Lake asuma que soy como el tipo que hirió a Jill.

Brewster no se echó para atrás.

—Y yo estoy cansado de ver a esa chica llorar por hombres que no merecen la pena. No va a ocurrir de nuevo. No mientras yo pueda evitarlo.

—Yo no voy a hacerla llorar —respondió Adam.

—Lo creeré cuando lo vea. Y no te equivoques; estoy observándote —

advirtió Brewster antes de darse la vuelta y marcharse.

Angustiado, Adam pensó que en realidad era toda la ciudad la que estaba observándole. Sabía que, si se dejaba llevar por la tentación y besaba de nuevo a Jill, sin duda se acostaría con ella. Y Jill querría más, querría compromisos y promesas... algo que él no podía ofrecer de nuevo.

Pero, si no dejaba de pensar en ella, todas sus buenas intenciones podían echarse a perder... así como su sueño de una vida en Blackwater Lake.

Si hacía el amor con Jill, todo el mundo se enteraría. Y él lo pagaría.

Capítulo 6

Jill entró en la Mercy Medical Clinic con C.J. aunque era el último lugar en el que quería estar. El pequeño llevaba un paño apretado contra la barbilla, donde se había cortado. Tenía la cara sucia de haber estado jugando a la salida del colegio y lágrimas secas en las mejillas.

Se acercaron al mostrador donde se encontraba la recepcionista, Liz Carpenter, una atractiva mujer castaña de unos veinte años.

—¿Te has hecho una herida, muchachito? —le preguntó la joven a C.J., sonriendo.

El niño asintió con la cabeza solemnemente.

—Mami dice que tal vez necesite que me den puntos.

Jill miró a su hijo y vio como de nuevo se le llenaban los ojos de lágrimas. Le dio un vuelco el corazón, como siempre le ocurría cuando su pequeño estaba herido o asustado.

—Gracias por lograr que nos atiendan, Liz. Sé que tu turno ya ha terminado.

La clínica cerraba a las cinco y ya eran las seis y media.

—No te preocupes. Hoy vamos muy retrasados. No sois la primera emergencia que atendemos. Estoy acostumbrada. Siempre ocurre.

—Igualmente te lo agradezco.

—He hablado con el doctor Stone y le he mencionado que C.J. es el paciente. Pareció realmente preocupado. ¿Necesita tumbarse, C.J.?

—No —respondió el pequeño con el pánico reflejado en la voz.

—Está bien —contestó la recepcionista, señalando las sillas de la sala de espera—. Sentaros. El doctor está atendiendo a su último paciente ahora mismo. No tardará mucho.

Jill sonrió, aunque lo que deseaba hacer era llorar. Pero debía ser fuerte por C.J.

—Aguanta, cariño. Antes de que te des cuenta estaremos de regreso en casa —le dijo a su hijo cuando ambos se hubieron sentado en la sala de espera—. Te haré tu cena favorita.

—¿Perritos calientes con patatas aplastadas? —dijo C.J.

—Desde luego —respondió su madre, preguntándose si algún día volvería a cocinar aquel plato sin pensar en Adam y en lo que había ocurrido tras la cena.

No había vuelto a verlo desde entonces. Otros hombres la habían besado, pero ninguno le había pedido que fueran amigos tras hacerlo.

—¿Quieres leer una revista? —le preguntó a su pequeño, mirando el montón que había en la mesa que tenía al lado.

—No —contestó C.J., sujetando con fuerza el paño que tenía sobre la barbilla.

Jill, que en realidad no había visto bien el corte de su pequeño ya que este había estado muy asustado y llorando cuando había llegado a casa, decidió intentar verlo.

—¿Puedo ver tu herida?

—¡No! No la toques —espetó C.J., muy nervioso.

—Está bien.

En ese momento Adam apareció en la puerta de la sala de espera junto a la mujer de Brewster.

—Hildie —dijo Jill, sorprendida.

—Hola, ¿qué estáis haciendo por aquí? —dijo la mujer, sonriendo y sentándose junto a C.J. Le bastó mirar a este para adivinar la razón de aquella visita—. ¿Qué te ha ocurrido, cariño?

—Me caí y me di en la barbilla. No la toques —advirtió el pequeño.

—Ni siquiera quiero verla —respondió Hildie, estremeciéndose. A continuación miró a Jill y le dio unas palmaditas en la mano—. ¿Necesitas que me quede?

—No, está haciéndose tarde.

—¡Dímelo a mí! No voy a poder prepararle la cena a Brew a la hora de siempre —comentó Hildie, mirando a Adam como si la culpa fuera suya.

Adam se quedó mirándola a su vez.

—No olvide comprar lo que le he recetado, señora Smith. Y me gustaría volver verla para comprobar cómo sigue.

—Si todavía sigue aquí, pediré cita para que me vea de nuevo —dijo Hildie de manera escéptica.

—Entonces pida la cita ahora mismo —comentó Adam, molesto—. Ahórrese una llamada telefónica.

Hildie se puso tensa, pero la expresión de su cara se dulcificó al mirar a C.J.

—Sé valiente. La próxima vez que te quedes con Brew y conmigo te

prepararé tus galletas de chocolate favoritas.

—¿Podré ayudarte? —quiso saber el pequeño—. Me gustaría darle vueltas a la masa.

—Trato hecho —concedió Hildie, dándole un beso en la frente. Entonces se dirigió a Jill—. Telefonéame cuando lleguéis a casa para contarme cómo ha marchado todo.

—Lo haré.

Adam carraspeó.

—Sígueme, campeón.

—¿No podrías mirarme la herida aquí mismo? —sugirió C.J. con aprensión —. Tal vez no necesite puntos y entonces mami podrá ponerme una crema y unas tiritas.

—Podría mirarte la herida en esta sala, pero la otra habitación tiene una luz muy grande y todo lo necesario para cuidar de ti.

—¿Tengo que ir? —le preguntó el pequeño a su madre.

—Me temo que sí, cariño —respondió Jill, mirando a Adam a continuación. Le dio un vuelco el corazón al recordar la manera en la que sus bocas se habían devorado la una a la otra.

—¿Qué te parece si te llevo en brazos? —ofreció Adam, tendiendo los brazos.

C.J. vaciló durante varios segundos.

—Supongo que estaría bien —dijo finalmente.

Adam lo tomó entonces en brazos sin esfuerzo alguno y lo llevó a una de las salas de revisiones, donde sentó al pequeño en la camilla. Jill los siguió y se quedó de pie junto a su hijo mientras Adam se ponía unos guantes.

—Venga, campeón, vamos a echar un vistazo a esa herida —dijo él.

—¡No, no, no me toques la barbilla! —protestó C.J., aterrorizado.

—No lo haré —concedió Adam—. No hasta que estés preparado.

—Va a dolerme. Quiero irme a casa —gimoteó el pequeño.

Ella le dio un leve apretón al hombro de su hijo.

—Pronto nos iremos, C.J. Simplemente estate quieto.

—No puedo. No quiero estarme quieto.

—C.J., ¿te han dado puntos alguna vez? —preguntó Adam.

Jill fue a contestar, pero algo acerca de la manera en la que el doctor estaba mirando a su hijo la detuvo.

—¿C.J.? —provocó Adam al no responder el niño.

—Sí, en la rodilla. Me caí sobre un aspersor. El otro médico me dijo que no dolería. Pero me dolió. Me miré la herida y era asquerosa. Le dije a mi madre que iba a vomitar.

—Me advirtió —confirmó Jill—. Y estaba diciendo la verdad.

—Aparentemente tu hijo es más honesto que el anterior doctor —comentó Adam con el enfado reflejado en los ojos pero con un tranquilo tono de voz—. Está bien, C.J., hagamos un trato.

—No quiero agujas.

—No puedo prometer nada hasta que me dejes verte la herida.

—¿Simplemente vas a mirar? —preguntó C.J. de manera escéptica.

—Sí, y entonces hablaremos.

Sin decir nada, el pequeño apartó el paño de su barbilla.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Adam, acercándose para inspeccionar la herida.

—Estaba corriendo en el porche y me caí. Me di en la barbilla.

—¿Con esa mecedora antigua? —preguntó Adam.

—Sí, la que mami llevó a arreglar.

—Siento decirte que tu madre tiene razón; necesitas un par de puntos para poder cerrar esta herida —dijo Adam con mucha seriedad.

—No —espetó C.J., levantando la barbilla de manera testaruda.

—Te podría vendar la herida —explicó Adam—, pero es un corte muy profundo y tardaría mucho en curarse. Y eso significa que no podrás jugar al béisbol durante un tiempo.

—No pasa nada —contestó el pequeño, dejando claro que podría vivir sin aquel deporte.

—Y se te quedará una cicatriz muy fea —continuó Adam—. No me malinterpretes; las cicatrices no tienen por qué ser algo malo. Muchos hombres varoniles las tienen en las mejillas.

—Tú no —señaló C.J.—. ¿Eres varonil?

Adam se rio.

—Supongo que simplemente no soy uno de los tipos afortunados.

—Duele que te den puntos —comentó el pequeño, retorciéndose.

—Voy a pincharte una medicina con una diminuta aguja para que no te duela mientras te doy los puntos. Será como un pequeño pellizco. Entonces tenemos que esperar a que haga efecto y tú tendrás que estarte muy quieto para que yo pueda arreglarte la herida. Después te dolerá, pero no mucho —le explicó Adam.

—No sé si puedo estarme quieto.

—Hagamos un trato; si te estás tan quieto como puedas, te invitaré a cenar. A donde tú quieras.

—¿De verdad?

—Te lo prometo —respondió Adam, levantando una mano con la palma extendida.

C.J. no miró a su madre para buscar su aprobación. Aquel era un trato entre hombres.

—Está bien —dijo finalmente—. Me estaré tan quieto que ni siquiera respiraré.

—Puedes respirar —contestó Adam, riéndose—. Si te duele más de lo que te he asegurado, te compraré un helado después de la cena.

—¡Estupendo!

A continuación Adam hizo lo que le había explicado al pequeño que haría. Este se portó muy bien e incluso le dio un abrazo cuando todo terminó.

Jill le estuvo muy agradecida a Adam, pero le dieron miedo las muchas cualidades que tenía.

La noche anterior, una vez que Adam terminó de darle puntos a C.J., se hizo muy tarde para salir a cenar. Había trabajado muy duro y se había tomado su tiempo para darle al niño los puntos de sutura más pequeños que le fue posible para intentar que no le quedara mucha cicatriz. Jill se preguntó cómo iba una madre a resistirse ante un hombre como aquel. Aquella misma mañana, antes de ir al trabajo, se había pasado por su casa para comprobar cómo estaba C.J. Había aprovechado la visita para preguntarle a ella si podía llevar al niño a cenar fuera aquella noche. Jill no podía oponerse a un hombre que cumplía sus promesas.

Adam había llegado de la clínica hacía quince minutos. Lo sabía ya que C.J. había estado esperándolo y mirando por la ventana. Cuando había visto el coche del doctor, se había emocionado mucho. En aquel momento estaba arreglándose para salir a cenar.

A ella le agradaba el hecho de que su pequeño soldado herido no se hubiera llevado una decepción en aquella ocasión, aunque sabía que finalmente terminaría desilusionado... cuando Adam decidiera que su aventura en Blackwater Lake no era lo que había esperado y se marchara de allí. No había manera de preparar a C.J. para aquello.

—¿Qué aspecto tengo, mamá? —preguntó el pequeño, vestido con sus pantalones azules marino de los domingos y una camisa amarilla de manga larga. Llevaba puestas sus zapatillas de deporte ya que era el único par que tenía en aquel momento. Los pies le crecían muy rápido y no había dinero suficiente para estar comprando zapatos con tanta frecuencia.

—Esta noche estás más guapo de lo habitual —respondió Jill—. Debe de ser la varonil cicatriz que tienes en la barbilla. ¿Te duele?

—No. El doctor Adam estaba equivocado sobre eso. No me duele en absoluto.

En ese preciso momento llamaron a la puerta. Hablando del rey de Roma...

C.J. corrió a abrir.

—Hola, doctor Adam.

—Hola, campeón —dijo él, sonriendo a Jill a continuación—. Hola, mamá del campeón.

Ella no comprendía cómo Adam lograba estar más atractivo cada vez que lo veía, pero era un hecho. Aquella velada se había puesto unos gastados pantalones vaqueros y una chaqueta de cuero marrón que le quedaban maravillosamente.

—Hola, Adam —contestó con la voz entrecortada—. C.J. estaba comentando que estabas equivocado.

—¿De verdad? —preguntó el doctor, mirando para abajo—. ¿Sobre qué?

—Desde que me diste los puntos en la barbilla, no me ha dolido nada.

—Pues me alegro mucho de haberme equivocado sobre algo así.

Jill no podría haber estado más de acuerdo.

—C.J. está muy bien —aseguró—. Te portaste muy bien con él. Y ahora le vas a invitar a cenar... te estoy realmente agradecida.

—No tienes por qué estarlo —respondió Adam, mirando a C.J. a continuación—. Estás estupendo.

—Tráelo de vuelta a la hora de dormir —exigió ella.

—No te preocupes; estaremos de regreso a esa hora —aseguró él con un intenso brillo reflejado en sus azules ojos.

A Jill se le aceleró el pulso; sabía que Adam estaba pensando en el beso que se habían dado.

—Cuida bien de él... —dijo, arrepintiéndose de inmediato de haberlo dicho —. Lo siento. Estoy segura de que lo harás. Lo digo de manera automática.

—Lo comprendo. Es algo de las mamás —la tranquilizó Adam, chascando

los dedos como si se le acabara de ocurrir una idea—. Deberías venir con nosotros.

—Oh, no. No podría —respondió ella, mirándose la ropa que había llevado durante todo el día y decidiendo utilizarla como excusa—. No estoy vestida adecuadamente.

—Puedes cambiarte. Te esperaremos, ¿verdad C.J.?

—¿Tenemos que hacerlo? —contestó el niño.

—No —dijo Adam, cruzándose de brazos—. Pero esperar a las mujeres es algo que hacemos los hombres. Probablemente ha llegado el momento de que comiences a aprender a hacerlo. Te prometo que la espera merece la pena.

—Marchaos vosotros —contestó Jill—. En el congelador tengo preparada una cena con mi nombre.

—Eso es demasiado triste —aseguró Adam—. ¿Tienes miedo de venir con nosotros?

Ella no pudo seguir resistiéndose al encanto de él.

—Tardaré unos minutos en cambiarme.

Una vez en su habitación, se puso unos pantalones oscuros y un jersey blanco y negro. Se arregló el pelo en un moño, se echó colorete y brillo de labios.

Adam silbó al volverla a ver.

—No ha sido una espera muy larga, pero definitivamente ha merecido la pena.

—¿Podemos marcharnos ya? —preguntó C.J., mirándolos—. Estoy muriéndome de hambre.

—Yo también —respondió Adam con una profunda ronquera reflejada en la voz, ronquera que dejaba claro de qué tenía hambre exactamente. No tenía nada que ver con la comida.

Con el corazón revolucionado, Jill le puso el abrigo a su hijo y los tres salieron de la casa en tiempo récord. Quince minutos después estuvieron sentados a la mesa del restaurante en el que iban a cenar. Adam y C.J. estaban sentados el uno al lado del otro frente a ella.

Antes siquiera de que se hubieran quitado los abrigos, Harriet Marlow, la rubia propietaria del establecimiento, se acercó a ellos con tres vasos de agua que dejó en la mesa.

—Hola, Jill —saludó la mujer, de unos cuarenta y tantos años—. Hacía mucho que no te veía por aquí.

—¿Qué tal, Harriet? —respondió Jill, rezando para que C.J. no revelara que la razón por la que no habían ido con más frecuencia a aquel restaurante era económica—. He estado ocupada.

Harriet analizó con la mirada a Adam.

—Usted debe de ser el nuevo doctor de la ciudad.

—Adam Stone —dijo él, sonriendo como si no hubiera visto la desconfianza que reflejaban los ojos de la mujer.

—Me dio puntos en la barbilla porque me caí y me hice una herida. ¿Quieres verlos? —ofreció C.J.

—Tal vez más tarde.

—Me dijo que, si me quedaba muy quieto mientras me daba los puntos, me invitaría a cenar a donde yo quisiera. Y no me moví ni una sola vez.

—¡Qué bien, hombrecito! —exclamó Harriet.

—Y yo quería venir aquí. Me gustan mucho las hamburguesas y patatas que hacéis.

—Por lo que recuerdo, te gustan con queso —comentó ella, sacando un lápiz y un bloc de notas del bolsillo de su delantal.

—Sí —concedió C.J., sonriendo—. Y también me gustaría una coca-cola.

—Lo siento, cariño —terció Jill—. Sé que te han prometido poder tomar todo lo que quieres, pero no puedo permitir que tomes cafeína.

—Está bien —dijo el pequeño a regañadientes—. Entonces beberé limonada.

—Ahora mismo lo traigo —aseguró Harriet, mirando a Jill y a Adam a continuación—. ¿Necesitáis unos minutos para decidir qué queréis?

—Yo sí —contestó Jill, aunque sabía que finalmente pediría la hamburguesa que siempre elegía.

—Como esta es la primera vez que vengo por aquí, tendré que comprobar toda la carta.

—Dentro de un momento vendré para tomaros nota. Me alegro de volver a verte, Jill —respondió Harriet.

—Lo mismo te digo, Harriet —dijo Jill, tomando las dos cartas que había sobre la mesa y ofreciéndole una a Adam.

Mientras estaban ojeando las cartas, la alcaldesa Goodson se paró junto a su mesa. Sonrió a C.J.

—He oído que ayer estuviste en la clínica.

—Sangré mucho —confirmó el niño con entusiasmo—. ¿Quieres ver los puntos que me dio Adam?

—No. Estoy segura de que el doctor Stone hizo un buen trabajo.

—C.J. fue muy valiente —explicó Jill—. Y Adam muy amable ya que le invitó a cenar por lo bien que se portó.

—Así se hace, doctor —comentó la alcaldesa—. Me han dicho que te veremos en el Harvest Festival.

—Efectivamente.

—¡Estupendo! —Loretta levantó una mano para despedirse—. Tengo mucha prisa. Allí nos veremos.

—Está parándose en cada mesa —comentó Adam tras unos minutos.

Jill miró sobre su hombro y vio que la gente que estaba hablando con la alcaldesa estaba mirándolos a ellos con un llamativamente descenso de la habitual hostilidad que mostraba ante el doctor.

—Me parece que la alcaldesa está esparciendo la noticia de tu buena obra.

—¿Duele que te quiten los puntos? —preguntó repentinamente C.J.—. ¿Puedo quedármelos para siempre?

—Puedes tenerlos durante más de una semana —contestó Adam—. Quitarlos no duele, pero sentirás como una especie de tironcito. Lo haré muy rápido.

—Está bien —respondió el pequeño sin un ápice de aprensión reflejada en los ojos; confiaba plenamente en Adam.

Jill se dio cuenta de que aquella salida era lo más parecido que C.J. había tenido a la vida en familia. Deseó con todas sus fuerzas poder darle un padre... aunque sabía que pensar en Adam para ocupar ese hueco era un tremendo error...

Capítulo 7

En su puesto en el Harvest Festival, Adam se sintió realmente incómodo. La gente que pasaba por delante le miraba como si fuera un extraterrestre.

Solo tenía como amigos a una antigua amistad de la juventud y a un niño de seis años. La alcaldesa Goodson era agradable con él porque al ser funcionaria era su deber ser amistosa con las personas de la comunidad. Intentó que aquella situación no le afectara, pero le resultó difícil ya que siempre había sido muy popular y no le había costado hacer amistades.

Su puesto estaba situado entre la Cámara de Comercio y los puestos de turismo. Llevaba allí desde las diez de la mañana y ya eran más de la una. Un puñado de personas que probablemente no eran amigas de Jill se había parado en el puesto para realizarse diversas pruebas médicas.

En un momento dado, Cabot Dixon se acercó al puesto. Llevaba a Tyler en brazos.

—¿Cómo te van las cosas? —preguntó su amigo.

—Más o menos. La situación no ha cambiado mucho desde que te vi en la clínica.

Aquello no era realmente cierto. Adam había besado a Jill, pero parecía que era un detalle que permanecería entre ellos. Estaba seguro de que ella no le había comentado nada a nadie ya que, de haberlo hecho, una multitud habría intentado lincharlo.

—Dale tiempo —dijo Cabot.

—Soy médico. Suele ser lo que hago pero, a este ritmo, estaré jubilado antes de que la actitud de los vecinos de Blackwater Lake cambie —contestó Adam, cruzándose de brazos—. Hola, Tyler.

—Hola —respondió el niño sin levantar la cabeza... algo extraño en un pequeño de seis años.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Adam.

—Se ha mareado un poco después de montarse en la montaña rusa tras comer un perrito caliente y un algodón de azúcar. Ha sido culpa mía —explicó Cabot—. Voy a llevarlo a casa.

—Ojalá pudiera ir con vosotros —dijo Adam.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en el festival? —quiso saber su amigo.

—El puesto está abierto hasta las cuatro, aunque estoy de guardia por si me llaman de la clínica.

—Algo me dice que estás deseando que haya alguna emergencia.

—Rompería la monotonía —concedió Adam.

—Papi, me duele la tripa —se quejó Tyler—. ¿Podemos irnos ya a casa?

—Sí, cariño, ahora mismo nos vamos —dijo su padre, mirando a Adam a continuación—. ¿Algún consejo para el dolor de tripa, doctor?

—Tiempo.

Cabot esbozó una sonrisa.

—Nos vemos.

—Sí. Mejórate, Tyler —le deseó Adam al pequeño.

Al quedarse de nuevo a solas, divisó una conocida cabeza pelirroja entre la muchedumbre reunida en el festival. Jill. Una intensa lujuria se apoderó de él. La deseaba tanto que incluso podía saborearla... con solo mirarla. Afortunadamente no la veía todos los días. Cuando se tranquilizó un poco, se dio cuenta de que C.J. la acompañaba.

—Hola, doctor Adam —lo saludó el niño al verlo y correr junto a él.

—Hola, campeón. Me alegro de verte —contestó Adam—. ¿Estás pasándotelo bien?

—Un poco.

Jill siguió a su hijo. No estaba sonriendo, pero tampoco parecía como si quisiera linchar al doctor.

—Hola —dijo al llegar al puesto.

—¿Qué habéis hecho en el festival? —preguntó Adam.

—No gran cosa —respondió ella.

—Eso explica el «un poco» que me ha contestado C.J. cuando le he preguntado si lo pasaba bien.

—No, la explicación a eso es que su amigo Tyler ha tenido que marcharse a casa porque le dolía la tripa.

—Tyler y yo íbamos a montarnos en todas las atracciones y después íbamos a ir al puesto de béisbol... donde tiras las botellas y ganas un premio —explicó C.J.—. He estado practicando. Podía haber ganado un premio muy bueno.

—Todavía puedes ir —señaló su madre.

—No es divertido jugar yo solo.

—¿Yo soy invisible? —protestó Jill.

—Eres una chica —respondió su hijo.

—Lo siento, cariño —dijo ella, suspirando—. Estoy segura de que a Tyler no le gusta sentirse mal incluso más de lo que a ti no te gusta el no tenerle aquí.

—¿Qué es esto? —preguntó el niño, agarrando el tensiómetro.

—Es un aparato para tomar la tensión.

—¿Para qué sirve?

—Para tomarle la tensión arterial a la gente —aclaró Adam—. Te lo pones en el brazo y mide la fuerza de tu sangre presionando las paredes de tus arterias.

—¿Puedes tomarme la mía? —pidió C.J. con la súplica reflejada en los ojos.

—Este aparato es demasiado grande para ti. Es para adultos.

—¡Vaya! —exclamó el pequeño, desanimado—. No puedo hacer nada. Ojalá pudieras venir conmigo al puesto de béisbol.

—A mí también me gustaría, pero tengo que quedarme aquí durante un rato más —contestó Adam, mirando la barbilla del niño.

Le había quitado los puntos hacía unas semanas y no había habido dramatismo ni lágrimas, lo que tal vez implicaba que C.J. confiaba más en él tras haber salido a cenar juntos.

—No te ha quedado mucha cicatriz —comentó el doctor.

—Apenas se nota —terció Jill—. Hiciste un trabajo excelente.

Adam le sonrió.

—Me alegra haber sido de ayuda.

—¿No puede alguien sustituirte en el puesto? —insistió C.J.

—Lo siento, campeón. Di mi palabra.

—¿Qué quiere eso decir?

—Prometí estar aquí y debo cumplir mi promesa. Es una responsabilidad.

—¿Has comido? —le preguntó Jill, mirando su reloj.

—No —respondió Adam.

—Debes de estar hambriento —dijo entonces ella con cierta preocupación reflejada en la voz.

—Estoy bien —aseguró él.

—C.J. y yo podemos traerte algo de comer —ofreció Jill.

A Adam le sorprendió y agradó el hecho de que ella estuviera preparada a molestarse por él.

—¿Hay alguien vendiendo pizza? —preguntó ya que el olor a esta se había apoderado del ambiente.

—Sí, hay un puesto que las prepara —confirmó Jill.

—Justo ahí —señaló C.J.

—Dime qué quieres —dijo ella.

—Déjame ir a mí, mami —pidió C.J.—. Tú puedes observarme desde aquí. Quiero hacerlo por el doctor Adam.

—No sé, cariño —respondió Jill—. ¿Por qué no vamos juntos?

—Nunca me deja hacer nada solo... —protestó el niño ante Adam— aunque cada día estoy más grande.

—Tienes razón, C.J. —concedió su madre—. Estás muy mayor. Y puedo verte desde aquí mismo.

El pequeño miró entonces a Adam.

—¿Qué pizza quieres?

—De pepperoni —contestó Adam, sacando de su bolsillo un billete de veinte dólares y dándoselo al niño—. Y una botella de agua. ¿Podrás traerlo todo?

—Claro que sí.

—Compra algo para ti también.

—No, no quiero ponerme enfermo como Ty —dijo C.J. antes de salir corriendo hacia el puesto de las pizzas.

Adam se quedó mirándolo.

—El color de su pelo hace que sea muy fácil divisarlo —comentó.

El color era idéntico al de Jill. La miró y se dio cuenta de que no le quitaba la vista de encima a su hijo. La deseó con todas sus fuerzas, pero sabía que no podía dejarse llevar por sus anhelos.

—Hola, Jill —dijo repentinamente una diminuta mujer canosa que se detuvo delante de ellos.

—Señora Carberry. Hacía muchísimo que no la veía —la saludó Jill—. ¿Cómo está?

—Muy bien —respondió la anciana, mirando a Adam a continuación—. ¿Usted es el nuevo doctor?

—Sí, señora.

—Está tomando gratis la tensión, así como otras cosas —informó Jill—. Usted debería tomársela.

—¿De verdad?

—Le prometo que no duele —dijo Adam—. A no ser que también quiera que le ponga la vacuna de la gripe, aunque solo es un pinchacito. Yo la recomiendo. Los factores de riesgo son mayores a su edad.

—¿Está diciendo que soy vieja? —exigió saber la señora Carberry con un pícaro brillo reflejado en los ojos.

—No —respondió él, negando con la cabeza—. Solo quería decir que...

La anciana sonrió y se sentó en la silla plegable que había en el puesto.

—Simplemente estaba tomándote el pelo, doctor —explicó, tuteándolo—. Adelante con el chequeo.

Mientras Adam comprobaba el estado de salud de la mujer y preparaba la vacuna de la gripe que finalmente había querido que le pusiera, observó que más personas se habían detenido para hablar con Jill. Esta señalaba frecuentemente su puesto, donde estaba comenzando a formarse una cola. Tal vez a ella estaba empezando a caerle bien y quería compartir el sentimiento con sus amigos y conocidos.

Deseó poder borrar de su cabeza el recuerdo del beso que le había dado ya que solo con pensar en ello deseaba más...

Jill se restregó los ojos y miró su reloj. Le sorprendió la hora que era. Aunque era sábado, no tenía el día libre como la mayoría de la gente. Llevaba varias horas delante del ordenador, todavía recuperando el tiempo que había perdido al acudir al Harvest Festival hacía ya una semana. Primero había terminado una asignatura para la universidad y después su propio presupuesto. Al pasar el cheque de la mensualidad de Adam, pensó que este llevaba ya dos meses viviendo en el apartamento de la planta de arriba de su casa.

Se levantó con la intención de ir a buscar a su pequeño a la tienda que poseía junto al lago ya que casi era la hora de cenar. Podía telefonear, pero necesitaba un poco de ejercicio.

—Nieve —dijo, sorprendida, al abrir la puerta.

Repentinamente se oyeron pisadas por las escaleras que subían al apartamento y Adam apareció junto a ella. No se habían vuelto a ver desde que él le había puesto la vacuna de la gripe a la señora Carberry.

—Está nevando —señaló Adam, poniéndose la chaqueta.

—El hombre del tiempo dijo que era una posibilidad, pero yo supuse que se equivocaba. Es pronto —respondió Jill—. Has estado trabajando muchas horas en la clínica, ¿verdad?

—He estado muy ocupado. Gracias a ti. No había tenido la oportunidad de darte las gracias por haber alabado mi trabajo en público y por recomendarme a

tus conocidos.

—Eres un buen doctor, Adam, y sin duda el héroe de C.J. Hiciste un trabajo estupendo con el corte de su barbilla.

—Gracias, pero solo utilicé las técnicas que un médico de familia conoce.

Ella le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Para romper el hechizo, Jill apartó la mirada.

—Está empezando a nevar con más fuerza —comentó—. A este ritmo, las carreteras pueden llegar a ser un problema.

—Sí —respondió Adam con una seria expresión reflejada en la cara.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Jill.

—¡Mami, mira! —exclamó C.J., corriendo hacia la vivienda—. Está nevando.

—Sí, ya lo veo —dijo ella.

—Doctor Adam, ¿quieres que juguemos a tirarnos bolas de nieve?

—Ojalá pudiera, campeón, pero...

—Hola, Jill —saludó Brewster, acercándose a la vivienda—. Está nevando mucho.

—Sí —concedió ella.

Brewster subió al porche y se sacudió la nieve de los zapatos.

—Si no te importa, me gustaría marcharme antes de quedarme aislado aquí. Ya sabes lo mucho que Hildie se preocupa por su hombre.

—Lo sé. Vete a casa —contestó Jill.

—Gracias —ofreció Brewster, mirando a Adam a continuación... con una amistosa expresión reflejada en la cara—. Hola, doctor.

—Señor Smith.

—Quería darle las gracias —explicó Brew, tendiéndole la mano.

—¿Por qué? —quiso saber Adam, estrechando la mano que le ofrecía el otro hombre.

—No sé qué clase de medicina le dio a mi esposa, pero es una mujer nueva. Ha vuelto a ser la de antes.

—Me alegra saberlo.

—Hágame saber si quiere que termine el bote —dijo Brewster—. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Lo haré, señor Smith...

—Llámeme Brew —dijo Brewster antes de darse la vuelta para marcharse. Entonces se despidió con la mano de su amiga—. Mañana hablamos, Jill.

—Está bien —respondió ella. Perpleja, miró a Adam—. Creo que acabo de presenciar un milagro.

—¿A qué te refieres?

—No finjas que no lo sabes. Brewster ha sido agradable contigo.

—Me he dado cuenta. Muy observadora. Me percato de cuando alguien no quiere arrancarme la cabeza.

—¿Brew intentó hacerlo? —terció C.J., impresionado.

—No recientemente —aclaró Adam.

—¿Qué le diste a Hildie? —preguntó Jill.

—No puedo decírtelo... debido al secreto profesional —contestó él, tomando su teléfono móvil al comenzar este a sonar—. Stone —respondió, escuchando a continuación lo que le decía su interlocutor. Se puso muy serio—. Nos veremos en la clínica. Ten cuidado, Brady.

—¿Brady O'Keefe? —supuso Jill.

Adam asintió con la cabeza.

—Maggie está de parto. Brady me telefoneó hace unas horas para informarme de que iba a llevarla al hospital. Pero quería avisarme por si no podía llegar debido a la tormenta.

—Así que vas a asistir el parto —sentenció Jill ya que Adam era el único doctor de los alrededores.

—Sí.

—¿Está su madre con ella? Maureen va a ayudarla en el parto.

—Brady no me lo ha dicho. Pero no te preocupes. Traer bebés al mundo es otra de las cosas que los médicos de familia tenemos que hacer frecuentemente. Tengo que marcharme corriendo —dijo Adam, sonriendo a C.J.—. Otro día jugaremos a tirarnos pelotas de nieve.

—Está bien —respondió el pequeño.

—Adiós —se despidió Adam, acercándose a su coche a toda prisa.

A Jill le angustió pensar que él iba a conducir bajo aquel temporal. Se preguntó si tendría cadenas para las ruedas. Si sufría un accidente... ¿alguien le avisaría a ella?

No le gustaba tener aquellos pensamientos y le quedó claro que sentía algo muy especial por Adam... algo que no quería sentir, sobre todo no en aquel momento.

Pensó que él pronto se cansaría de tanta nieve y mal tiempo y se marcharía de Blackwater Lake. Una profunda tristeza se apoderó de su corazón ante la idea

de que no viviera más en el apartamento de arriba.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, Jill se despertó pronto y sintiéndose cansada. No había dormido bien, algo inusual en ella durante una tormenta de nieve. Siempre había tenido la sensación de que la Madre Naturaleza hacía caer copos de nieve con virulencia para que el mundo durmiera. Pero aquella noche no había sido capaz de dejar de preocuparse por el hecho de que Adam había estado conduciendo bajo el temporal. Y su amiga Maggie se había puesto de parto sin tener a su lado al padre del bebé, el amor de su vida. Nada marchaba bien y se sentía impotente.

Al menos C.J. no estaba despierto todavía. Era domingo y no tenía que levantarse pronto para ir al colegio. Deseó que su pequeño durmiera un par de horas más.

Se levantó y se vistió con unos pantalones vaqueros, un jersey y unas botas, tras lo que se dirigió a la cocina para prepararse un café. Pensó que no había oído el coche de Adam llegar la noche anterior... y no le gustó en absoluto el darse cuenta que no dejaba de preocuparse por él. Era algo que le asustaba.

Tras unos minutos, y con una taza de café en las manos, se dirigió a la ventana del salón para comprobar si el vehículo de Adam estaba aparcado en la entrada de la casa. Pero lo que vio fue al mismo Adam apartando la nieve que cubría la puerta de su vivienda.

Una enorme alegría se apoderó de ella. Sabía que, si era inteligente, lo que debía hacer era darse la vuelta y dirigirse a su ordenador para trabajar en su clase de economía *online*. Pero parecía que la inteligencia no era su mayor atributo ya que sirvió una segunda taza de café, se puso la chaqueta y los guantes y salió al porche.

Él estaba mirando para otro lado y aparentemente no la oyó ya que todavía estaba trabajando con la pala. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros y una camisa a cuadros azul marina y marrón. Estaba realmente atractivo.

—Buenos días —dijo, acercándose a Adam.

—Hola —respondió él, esbozando una gran sonrisa al girarse y verla con el café en la mano.

—No sabía si te gustaba solo o no —explicó Jill, ofreciéndole la taza de café

—. En la cocina hay leche y azúcar.

—Así está bien —aseguró Adam, dando un sorbo al café con el placer reflejado en la cara.

—Te has levantado temprano.

—En realidad todavía no me he acostado. He llegado hace tan solo un ratito.

—¿Cómo está Maggie?

—Ahora mismo es la orgullosa madre de una preciosa y sana niña recién nacida.

—Danielle Maureen —susurró Jill—. Maggie y Danny eligieron no saber el sexo del bebé, pero él quería una niña que se pareciera a su madre. Ese fue el nombre que escogieron.

Entristecido ante aquello, Adam dejó la pala a un lado y se sentó en lo alto de las escaleras del porche. Cuando Jill se sentó a su lado, se giró hacia ella.

—Acabo de traer al mundo a mi primer bebé en Blackwater Lake —comentó con orgullo.

Ella se dio cuenta de que había dicho el primero... como si pretendiera quedarse y ayudar a más bebés a nacer. Una inmensa alegría la embargó.

—Creo que la hija de Maggie debería recibir alguna clase de premio. Tal vez un lazo rosa.

—Voy a hacer algo mejor que darle un premio. Voy a establecer un fondo para recaudar dinero para sus gastos universitarios y voy a realizar la primera contribución.

Jill sintió como se le derretía el corazón.

—Es muy amable por tu parte.

—Es justo. Su padre dio la vida por este país. Lo mínimo que puedo hacer es realizar una inversión para garantizar una buena vida para su hija —aseguró Adam.

—Me sorprende que Brady no me telefoneara para decirme que el bebé había nacido.

—Maureen y él hablaron de la gente a la que debían darle la buena nueva, pero primero tenían que organizar la llegada a casa de madre e hija —explicó Adam.

—¿Maggie no tiene que estar ingresada unos cuantos días? —preguntó Jill.

—No. El parto marchó estupendamente y la niña está muy sana. Virginia, mi enfermera, va a ir a visitarlas a su casa y yo estoy disponible para lo que quieran.

—Todos están bien. Eso es lo más importante. Y tú estás todavía aquí...

quitando la nieve de la puerta de mi casa.

—Así es —concedió él, dando un sorbo a su café—. No me marcho a ninguna parte. Y la mejor manera de probar que no le temo al mal tiempo es enfrentándome a él. Si fuera un mezquino, te pediría que me hicieras una fotografía con la pala en la mano para enviársela a mi madre.

—¿Por qué querrías hacer eso?

—Para que se arrepintiera de lo que ha dicho. He estado recibiendo presión de mi casa.

—¿Presión para qué? —quiso saber ella, bebiéndose lo poco que le quedaba de café.

—Para que regrese a casa.

—¿A Dallas?

—Sí —respondió Adam, mirándola—. Mi madre me telefoneó cuando oyó en los informativos la noticia de la tormenta de nieve. Quería saber si ya he terminado de jugar al médico de pueblo y si echo de menos Texas.

—¿Y?

—No.

—¿No, qué? —provocó Jill.

—No echo nada de menos. Me gustan las montañas y el frío.

—Yo he sido muy escéptica acerca de la posibilidad de que te quedaras en Blackwater Lake.

—Tú y el resto de los vecinos de la ciudad —añadió él irónicamente.

—Pero estamos hablando de tu madre. Por supuesto que querría tener a su hijo cerca. Dios sabe que, si se trata de C.J., yo querría tenerlo siempre bajo mi techo.

—Créeme; ningún hombre quiere vivir con su madre y, si lo quiere, debería considerar someterse a terapia. Pero no me malinterpretes; quiero a mi familia y planeo visitarla. Pero la vida que ha elegido no es para mí.

Jill sonrió.

—Entonces tus padres estarán contentos de que hayas elegido tu propio camino. Lo que los padres queremos es que nuestros hijos sean felices. Es lo que yo quiero para C.J.

En ese momento la puerta de la vivienda se abrió y el hijo en cuestión salió al porche.

—¡Está todo blanco! —exclamó antes de apresurarse a tomar nieve para hacer una bola... bola que lanzó a Adam.

Apartándose la nieve de la cara, el doctor fingió un enfado que no engañó a nadie.

—¿Así me pagas el que te ayudara a aprender a lanzar la pelota de béisbol?

—Ya sé lanzarla muy bien. Seguro que no puedes darme con una bola de nieve —retó C.J.

—Yo te enseñaré lo que es bueno —respondió Adam, levantándose y bajando las escaleras del porche para tomar una bola de nieve.

—¡No puedes darme! —alardeó el pequeño justo antes de que la bola de nieve le diera en el pecho—. Has tenido mucha suerte. Seguro que no puedes darme de nuevo.

No se estuvo quieto y Adam salió corriendo tras él. Estuvieron jugando bastante rato y Jill no comprendió de dónde sacaba la energía Adam tras haber estado despierto toda la noche. Pero repentinamente el juego cambió y ambos se giraron hacia ella. A partir de aquel momento las bolas de nieve no pararon de volar por los aires y hubo risas y mucha alegría.

Diez minutos después los tres estaban empapados, pero no podían parar de reír. Ella no recordaba la última vez que se había divertido tanto... aunque todo lo bueno tenía un fin.

—Es hora de entrar en casa.

—Ah, mamá, quiero jugar con el doctor Adam un poco más.

—Adam necesita dormir un poco. Ha estado toda la noche despierto trayendo al mundo a la hija de la tía Maggie.

—Tyler y yo queríamos que fuera niño —contestó C.J.

—Lo siento. Pero eso no cambia el hecho de que Adam necesita descansar y de que tú tienes que quitarte esa ropa mojada antes de ponerte enfermo —insistió su madre.

—Está bien —concedió el niño, subiendo a regañadientes por las escaleras del porche—. Adiós, doctor Adam.

—Adiós —dijo Adam, apartándose el pelo mojado de la frente—. Hasta luego, Jill.

Una vez que su hijo entró en casa, ella se quedó mirando como Adam se dirigía hacia las escaleras que subían a su apartamento. Un pensamiento se apoderó de su mente.

—Oye, Adam, ¿quieres cenar con nosotros esta noche?

—¿A qué le debo la invitación? —respondió él, deteniéndose y mirando sobre su hombro.

—Digamos que a mi agradecimiento por haber quitado la nieve de la puerta de mi casa.

—Está bien. ¿A qué hora?

—¿Qué te parece a las cinco y media?

—Allí estaré.

A las cinco y media, Adam bajó al porche de Jill. No podía evitar tener la sensación de que haber aceptado aquella invitación para cenar no había sido buena idea. Decidió marcharse en cuanto terminaran de comer ya que de aquella manera nada malo podía ocurrir, no como la anterior ocasión.

Tras llamar a la puerta, le sorprendió que Jill fuera la que abriera.

—Hola —lo saludó ella—. Llegas justo a tiempo.

—Eso ocurre cuando no tienes que tomar el coche y soportar el tráfico —respondió él, entrando en la vivienda—. ¿Dónde está C.J.?

—Terminando de ducharse. No quiere perderse nada esta noche.

Adam recordaba a la perfección lo que el pequeño se había perdido la vez anterior. El beso que le había dado a Jill se apoderó de su mente y una intensa pasión le recorrió el cuerpo. Pero aquella noche no habría nada de eso. Tras la cena diría que estaba muy cansado y que debía marcharse. Tenía que mantenerse firme.

—Hace frío ahí fuera. Pasa —dijo ella.

—Gracias —respondió él, entrando en la vivienda.

La decoración del salón de la vivienda había cambiado mucho; la sala estaba llena de motivos de Halloween. Falsas telas de araña colgaban del techo, había arañas de plástico sobre los marcos de fotos y calabazas de distintos tamaños adornando la sala.

—La decoración es estupenda —comentó.

—La mayor parte de las cosas las ha puesto C.J. Creo que Halloween le gusta incluso más que las Navidades.

En ese momento se oyeron unas pisadas de pies descalzos y C.J. entró en el salón.

—Hola, doctor Adam.

—Hola, campeón.

Inesperadamente, el pequeño se echó a sus brazos. Le emocionó mucho poder abrazarlo.

—Pareces estar muy limpio —comentó.

—Lo estoy.

—Venga, vamos a cenar —terció Jill mientras se dirigía a la cocina—. He preparado sopa de pollo y arroz, ensalada y pan.

Tras sentarse todos a la mesa y comer durante unos minutos en silencio, Adam se dirigió al niño.

—Cuéntame, C.J., ¿de qué te vas a disfrazar para Halloween?

—Tal vez de doctor —respondió el niño.

—Eso no es seguro —dijo Jill. Parecía nerviosa.

—¿Dónde hacéis «truco o trato»? —quiso saber Adam—. Por aquí no hay muchas casas.

—Llevo a C.J. al centro de la ciudad y allí lo hace junto con los demás niños, en un ambiente seguro —explicó ella.

—No puedo imaginar que haya algo peligroso en Blackwater Lake.

—Es cierto. En ese aspecto hemos tenido suerte. Pero yo no doy nada por sentado.

—¿De qué vas a disfrazarte tú, doctor Adam? —quiso saber el niño.

—No he pensado en ello —admitió Adam—. Tendré que enterarme de si el personal de la clínica se disfraza. Puedo imaginarme a Virginia vestida de bruja con una gran verruga en la nariz.

—Te pone las cosas difíciles, ¿no es así? —supuso Jill.

—Sí.

—Yo no sé qué hubiera hecho sin Ginny cuando mi madre se puso enferma.

—Virginia me habló de ello. Me alegra que tuvieras alguien a tu lado —dijo Adam con sinceridad.

Tras charlar un rato más, los dos se levantaron para llevar los platos de la cena a la cocina antes de servir el postre... postre que C.J. esperaba con ansia.

Jill sacó entonces del congelador el helado que iban a tomar y lo sirvió en tres cuencos que llevó a la mesa.

—Adelante, chicos.

—¿Puedo ver la película de los juguetes mientras me tomo el postre? Por favor, mami —suplicó C.J.

—Está bien —concedió ella—. Pero solo por esta vez.

—¿Podemos ver todos la película? —sugirió C.J. con la expectación reflejada en la cara.

—¿Por qué no? —respondió su madre.

Los tres se dirigieron entonces al salón de la vivienda y Jill colocó el DVD que quería ver su pequeño. Con los cuencos en la mano, se sentaron en el sofá que había delante de la televisión. C.J. lo hizo en medio de ambos. Adam estaba tan cómodo con aquella intimidad que sabía que había llegado el momento de marcharse. Y lo haría... cuando hubiera pasado el tiempo necesario para no parecer grosero.

Al terminar todos el postre, Jill tomó los cuencos de los tres.

—Voy a meter los platos de la cena en el lavavajillas —informó.

—¿Necesitas ayuda? —ofreció Adam.

—No. Disfruta de la película —contestó ella, sonriendo. A continuación se dirigió a la cocina.

Él se quedó mirándola y pensó lo mucho que deseaba verla desnuda, ver su sedoso cabello pelirrojo esparcido por una almohada. Definitivamente había llegado el momento de marcharse.

Diez minutos más tarde, Jill regresó al salón y miró a su hijo.

—Se ha quedado dormido.

C.J. se había acurrucado en el pecho de Adam y se había quedado dormido.

Al mirar de nuevo a Jill y percibir el aroma de su piel, Adam deseó poseerla.

—Tiene que acostarse en la cama —dijo ella en voz baja—. Pero pesa ya tanto que me cuesta tomarlo en brazos. Intentaré no despertarle demasiado mientras lo llevo a su dormitorio.

—Yo lo llevaré en brazos —ofreció Adam.

—Eso sería estupendo. Gracias. Voy a apartar las sábanas de la cama.

Él asintió con la cabeza y tomó al pequeño en brazos. Siguió a Jill y al llegar al dormitorio de C.J. colocó a este en la cama con muchísimo cuidado. Su madre lo tapó con el edredón y le dio un beso en la mejilla, tras lo que salió de la habitación con mucho cuidado de no hacer ruido.

En el salón, la película todavía estaba en pantalla. Ambos se quedaron de pie junto al sillón y se miraron el uno al otro.

—Debería marcharme —dijo él ya que deseaba fervientemente quedarse.

—Sí, debes de estar muy cansado tras haber estado toda la noche sin dormir. Gracias por haber quitado la nieve de la entrada de mi casa —respondió ella, acercándose a la puerta de la vivienda.

—De nada. Gracias a ti por la cena —contestó Adam, agarrando el picaporte de la puerta y abriendo esta. Un intenso frío le recibió en el exterior. Tuvo que forzarse para despedirse—. Buenas noches, Jill.

Cometió el error de mirar a su anfitriona. Vio como se restregaba los brazos debido al frío que hacía y deseó abrazarla. La deseaba más de lo que había deseado a ninguna otra mujer en su vida. Bajó la cabeza para besarla y ella se puso de puntillas para recibir el beso.

De ninguna manera iba a marcharse tras aquello...

Capítulo 9

La delicadeza que Adam había mostrado con su hijo había sido la perdición de Jill. Ver a un hombre tan fuerte siendo tan afectuoso con C.J. la había derretido por dentro; lo había llevado en brazos con una extrema delicadeza.

Había estado intentando resistirse a la atracción que sentía por él desde que se habían conocido y simplemente ya no podía seguir haciéndolo más.

Al tocarse las bocas de ambos todos sus anhelos se apoderaron de su voluntad. Agarró con desesperación la camisa de Adam, que la tomó a ella por la cintura e introdujo las manos por debajo de su jersey para acariciar su piel desnuda. Sus palmas eran muy cálidas y las subió hasta tocar la parte de debajo de sus pechos. Jill no pudo evitar gemir. Hacía mucho tiempo que un hombre no la tocaba de aquella manera.

Cuando le desabrochó el botón de arriba de la camisa y le acarició el pecho, él respiró profundamente y le agarró la mano. Le besó la yema de todos los dedos antes de tomarle el índice y metérselo en la boca para chuparlo.

Ella sintió como una intensa necesidad se apoderaba de su entrepierna.

—Te deseo —dijo Adam con la pasión reflejada en los ojos—. Pero aquí no debemos.

—C.J. —susurró Jill.

Él asintió con la cabeza y le tomó una mano. La guio hacia el dormitorio principal de la vivienda, donde cerró la puerta tras ellos. La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida y creaba un íntimo ambiente en la habitación. Acercó a Jill a la cama y le tomó la cara con las manos. A continuación la besó.

Ella acercó una mano para acariciarle el lóbulo de una oreja, el cuello y la clavícula. Adam gimió de placer y Jill no pudo evitar sonreír. Entonces ambos comenzaron a desnudarse mutuamente...

—Eres tan bella —comentó él tras quitarle el sujetador y acariciarle los pechos.

Ella sintió como una exquisita sensación le recorría el cuerpo. Se le agitó la respiración al restregar Adam sus dedos pulgares sobre sus pezones.

—Que sensación tan maravillosa —susurró—. Demasiado maravillosa —

añadió, apartándose de él.

Echó a un lado las sábanas de la cama, se tumbó sobre el colchón y se tapó con la sábana. Finalmente se quitó las braguitas y las dejó en el suelo. Se apoyó en un codo y observó a Adam, que llevaba puestos solo los calzoncillos. Estaba realmente espectacular. Tenía los hombros anchos y unos fuertes pectorales con la cantidad de vello precisa, un estómago plano y unas musculosas piernas. Al mirar su hombría, recordó que hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre. Entonces recordó algo y gimió.

—¿Qué ocurre? —quiso saber él.

—No tengo medios de protección. Oh, Adam... es terrible. No podemos... yo no puedo...

—Yo tengo un preservativo. Siempre llevo uno conmigo. Es una costumbre masculina, no lo interpretes mal.

—No te juzgo, solo te lo agradezco.

Él tomó entonces sus pantalones vaqueros, de los que sacó su cartera... y de esta el preservativo. Dejó el pequeño paquete plateado sobre la mesilla de noche.

Jill le tendió los brazos. Adam se quitó los calzoncillos y se metió junto a ella en la cama. Le besó los labios, el cuello, los pechos y ella le devolvió cada beso. Lo acarició por todas partes salvo donde más lo deseaba.

—Oh, Dios, Adam...

—Lo sé —dijo él, tomando el preservativo. Se lo puso y se colocó sobre Jill. Entonces la penetró con una gran delicadeza. Momentos después introdujo la mano entre los cuerpos de ambos para acariciar la delicada perla del sexo de ella.

Al sentir aquella caricia, Jill se vio embargada por algo parecido a una descarga eléctrica. Un intenso placer se apoderó de ella... que se aferró a Adam al sentir como su cuerpo se derretía por completo al alcanzar un intenso orgasmo.

Con la respiración agitada, Adam la penetró profundamente antes de quedarse completamente paralizado. A continuación se estremeció al hundir la cara en el cuello de ella.

Tras largo rato, se levantó y fue al cuarto de baño. Se dio una rápida ducha y volvió a la cama.

—Ha sido realmente... —comenzó a decir Jill, incapaz de encontrar un adjetivo adecuado.

—Lo sé —respondió él, tomándole una mano y entrelazando los dedos de ambos.

Ella se acurrucó en él. Había algo muy agradable en el hecho de tener a un hombre tan cálido a su lado en una noche tan fría. Suspiró y cerró los ojos. Debió de quedarse dormida porque en algún momento durante la noche se despertó con frío. Estiró la mano para tocar a Adam, pero este ya no estaba en su cama. La casa estaba silenciosa.

La decepción de estar sola fue mucho más grande y dura de lo que había esperado.

Adam había dejado la puerta del dormitorio abierta y oyó a C.J. hablando en sueños. Probablemente estaba teniendo una pesadilla. Le ocurría de vez en cuando. Se bajó de la cama y se puso un pijama de franela. Mientras se dirigía al dormitorio de su pequeño, deseó que los brazos de Adam todavía estuvieran abrazándola... un sentimiento que realmente la asustó.

Justo antes de la seis de la tarde, Adam oyó como llamaban a su puerta. Al ser Halloween, supuso quién estaría al otro lado. Abrió y, tal y como había esperado, C.J. estaba allí.

—¡Truco o trato! —exclamó el niño, vestido con una bata blanca, gafas de montura negra y un estetoscopio.

—Hola, campeón. Pareces un doctor.

—Pero no pongo inyecciones —informó C.J.—. Mi mami me compró un maletín de médico en la tienda de juguetes que llevaba esa cosa que te ponen alrededor del brazo y una inyección, pero lo he dejado en casa.

—Bueno es saberlo —respondió Adam, mirando por encima del pequeño. Vio a Jill en el rellano de las escaleras—. Hola.

Ella levantó una mano a modo de saludo. Parecía realmente incómoda. No había vuelto a verla desde la apasionada noche que habían compartido hacía un par de días.

—No tengo caramelos —le dijo a C.J.—. No esperaba la visita de ningún muchacho como tú.

—Ah, no pasa nada. De todas maneras quería enseñarte mi disfraz —contestó el niño.

—¿Qué te parece si te compenso invitándote a un helado?

—¡Estupendo!

—¿C.J.? —dijo Jill con una tensa voz—. ¿Por qué no bajas a la tienda y le enseñas tu disfraz a Brew antes de que se vaya a casa?

—Está bien —concedió el pequeño—. Adiós, doctor Adam.

—Adiós. Pásalo bien esta noche.

—No estés mucho rato en la tienda, C.J. —advirtió Jill—. Y sal a encontrarte conmigo en el coche.

—Está bien —repitió el niño.

Una vez a solas, ella miró a Adam con frialdad.

—No le hagas promesas, Adam. No quedes con él.

—¿Por qué no?

—Porque C.J. creerá que te importa y contará con ello.

—No hay ninguna razón por la que no debiera hacerlo —contestó Adam, consciente de que en realidad no estaban hablando del pequeño ni de la invitación a tomar helado—. ¿En qué estás realmente pensando?

—En la otra noche —se sinceró Jill, cruzándose de brazos—. No puede volver a ocurrir.

—Ya veo.

—No comprendes. Hay razones, muchas razones.

—No es necesario que me justifiques nada. Si la chispa no existe...

—Esto no tiene nada que ver con chispas. Es una distracción y en este momento no puedo permitirme tener ninguna.

—¿En este momento? ¿Qué ha cambiado?

—El caso es que... antes... con el otro doctor... me permití tener sentimientos —confió ella—. Todo era muy romántico y divertido, había un futuro en el que pensar. Pero entonces, de repente, dijo que se marchaba. La vida de una pequeña ciudad no era para él.

—Era un idiota. Probablemente siga siéndolo.

—Estoy de acuerdo. Pero mi pequeño pensaba que aquel idiota era lo mejor del mundo... y él simplemente se marchó.

Adam pensó que ya le había dejado claro que no pretendía marcharse de Blackwater Lake.

—Ya hemos hablado de esto.

—Lo hicimos antes de... ya sabes —aclaró Jill con vergüenza.

—Tienes razón. El «ya sabes» cambia las cosas. Y estoy de acuerdo en que no puede ocurrir de nuevo.

—¿Ah, sí?

Él asintió con la cabeza.

—Eres madre soltera. Creo que te conozco lo suficiente como para saber que

una relación íntima debe significar algo para ti. Acabas de mencionar un futuro. Y no habría uno conmigo.

—Está bien —dijo ella, sorprendida.

—Estoy divorciado —explicó Adam, sintiendo la necesidad de explicarse—. Me casé con mi novia de la universidad.

—¿Por qué no funcionó?

—Yo tengo una relación complicada con mis padres. Parece una tontería, pero todos somos producto de nuestro entorno. En cualquier otra familia mis logros académicos se habrían considerado maravillosos, pero no ocurrió así en la mía.

—Sé lo brillante e importante que es tu familia.

—Me esforcé mucho por lograr que no me importara su aprobación. Me dije a mí mismo que el esfuerzo que estaba poniendo en la carrera, en ser el primero de la clase, era solo por mí y que no me importaba lo que pensaran sobre mis elecciones personales. Pero a mis padres les encantaba Judith Bennett. Incluso a mi abuela le caía muy bien. Así que le propuse matrimonio y fuimos felices hasta que no cumplí sus expectativas.

—¿Ella se fue con otro? ¿Había otro hombre?

—Creo que eso hubiera sido más fácil de asimilar. Lo que ocurrió fue que elegí una especialidad médica que ella no consideraba especial. Judith había pensado que yo sería famoso como el resto de los Stone y no un simple médico de familia. Aquello me hirió mucho, tanto que no volvería a considerar casarme.

—Bueno es saberlo —comentó Jill con un gran dolor reflejado en los ojos.

—Es lo mejor.

—Por esa misma razón no quiero que se repita lo de la otra noche. Estoy pensando en C.J. Podría habernos visto besándonos y se habría llevado una idea equivocada. Habría comenzado a pensar en un futuro contigo en nuestras vidas y no quiero herirle.

Adam comprendía muy bien aquello y la respetaba por proteger a su hijo.

—C.J. es un niño estupendo. Me encanta estar con él.

—Por ahora. Pero ¿qué pasará cuando ya no te guste?

—Eso no va a ocurrir —aseguró Adam—. Me mudé a Blackwater Lake porque me gusta la vida de las ciudades pequeñas.

—Hay muchas formas de marcharte aunque todavía sigas aquí —comentó ella.

—¿Mamá? —dijo repentinamente C.J. desde debajo de las escaleras—.

Tenemos que irnos a hacer «truco o trato».

—Ya voy, cariño —respondió Jill, esbozando una forzada sonrisa—. Gracias por comprender. Adiós, Adam —añadió antes de marcharse.

Jill sabía que debía de estar contenta ante el hecho de que Adam hubiera sido tan comprensivo al escuchar que entre ellos ya no iba a haber más intimidad. Tal vez podría haberlo estado si él no hubiera confesado aquella bomba. Había estado casado. ¿Y nadie lo sabía? En la investigación que había hecho de él había aparecido como soltero. No comprendía por qué le importaba tanto.

Adultos y niños estaban reunidos en la fiesta de Halloween que estaba celebrándose en el ayuntamiento. La decoración era realmente estupenda; la sala en la que estaba celebrándose el evento parecía el escenario de una película de terror. Había comida y bebida en las mesas que había colocadas junto a la pared y muchos juegos para los más pequeños. C.J. y Tyler se encontraban junto a un grupo de niños y parecían estar pasándoselo en grande.

Ella estaba analizando la elección de comida que había... aunque le había faltado el apetito desde la charla informativa que había mantenido con Adam. La alcaldesa se detuvo junto a ella.

—Hola, Jill, ¿cómo estás?

—Bien —mintió ella—. ¿Y tú?

—No puedo quejarme. Técnicamente podría, pero ¿quién me escucharía?

—Yo —se ofreció Jill, que prefería centrarse en los problemas de otros antes que en los suyos.

—Estoy bien, de verdad —aseguró la alcaldesa. Pero sus tristes ojos grises decían otra cosa.

Los ojos eran el reflejo del alma y Jill supo que Loretta Goodson había amado una vez en profundidad y que no había salido bien.

—¿Qué pasa contigo? —dijo entonces la alcaldesa—. No te veía desde la fiesta de recaudación de fondos celebrada en la heladería, antes de que Maggie diera a luz. ¿Has conocido ya a la niña?

—Sí, pero solo estuve con ellas un ratito. Recordé lo mal que se pasa cuando estás tan cansada que no ves bien y quieres ponerte a llorar con el bebé, pero no puedes hacerlo ya que eres la persona adulta.

—He oído que es muy duro —comentó Loretta con nostalgia—. ¿Cómo está ese macizo profesional de la medicina que tiene alquilado el apartamento de la

planta de arriba de tu casa?

—Todavía alquilándolo —respondió Jill, pensando que Adam había parecido muy aliviado al haberse enterado de que ella iba a romper la relación que habían tenido casi antes de que empezara. Pero no quería hablar de Adam—. ¿Qué novedades hay, alcaldesa?

—Todavía estoy intentado sacar adelante el proyecto del club y curso de golf, pero hasta el momento no he encontrado a nadie que quiera aportar fondos.

Tras charlar sobre asuntos banales durante un rato, la alcaldesa decidió tratar un asunto peliagudo.

—¿Le han quitado ya los puntos a C.J.?

—Sí —respondió Jill—. Y no le ha quedado casi cicatriz.

—¿Y tus cicatrices? —preguntó Loretta, perspicaz.

—Estoy bien —mintió de nuevo Jill. Le resultaba angustioso haberse acostado con Adam, haber disfrutado enormemente de cada segundo de aquel acto y haber tenido que decirle después que no podía repetirse.

—¿Pero eres feliz? —insistió la alcaldesa con la delicadeza reflejada en la voz—. El doctor Stone es un hombre atractivo. Sé que hay gente en esta ciudad que no le ha dado una bienvenida tan calurosa como tal vez hubiera hecho si a ti no te hubiera herido aquel indeseable. No hay ninguna razón para pensar que Adam va a marcharse abruptamente.

—¿Estás intentando convencerme de que intente tener algo con él? —supuso Jill.

—En mi humilde opinión, Adam y tú formaríais una pareja encantadora —respondió Loretta.

—Y si no funciona, ¿qué pasa con C.J.?

—No puedes protegerle de todo, Jill. Y, si lo intentas, no estarás haciéndole ningún favor.

—Es mi obligación evitar que mi hijo salga herido.

—Desde luego, pero hasta cierto punto. No puedes hacer que viva en una burbuja. Está claro que, si te arriesgas podría resultar herido, tal vez incluso terminara teniendo una cicatriz en el alma. Pero son las experiencias lo que le formarán como persona y le ayudarán a enfrentarse a lo que la vida le depare. Y quiero darte un consejo; nadie puede garantizar que el doctor Stone es diferente al tipo que hirió a tu hijo. Pero está aquí en este momento y será mejor que lo utilicemos.

Jill sabía que la alcaldesa no estaba hablando de sexo, pero el hecho de que

ella sí que hubiera pensado en ello no era reconfortante.

Capítulo 10

Cuando Adam llegó a casa, aparcó su coche junto al de Jill. Estaba frustrado y enfadado. Además, era tarde y estaba cansado. Apagó el motor y se bajó del vehículo, tras lo que dio un fuerte portazo. Al pasar junto a las ventanas de la casa de Jill, vio que la luz estaba encendida en el salón. Y aquella noche le estaba costando más que nunca controlar la tentación de llamar a la puerta de ella y entrar en su vivienda.

Sabía cómo era pasar tiempo en compañía de C.J. y Jill, así como hacerle el amor a esta.

Aunque se sintió muy tentado de llamar a la puerta, subió a toda prisa por las escaleras. Al entrar en su apartamento, encendió las luces y fue a la cocina para tomar una cerveza. Entonces abrió el congelador en busca de algún tipo de comida preparada. Pero no había ido al supermercado y no tenía nada elaborado. Todo lo que hizo finalmente fue prepararse un sándwich que se comió de pie.

Tenía que enviar algunos correos electrónicos y se dirigió a la habitación que utilizaba como despacho. De camino oyó que llamaban a la puerta. Preguntándose quién podría ser, fue a la entrada y abrió. Vio a Jill con una gran caja en las manos.

—Hola.

—Esto no cabía en tu buzón de correos y el cartero me lo dio a mí. El correo también —dijo ella, asintiendo con la cabeza ante los sobres que había sobre la caja.

—Yo habría bajado a por esto —respondió él, tomando la caja y colocándola sobre una mesa.

—No pasa nada. Pensé que algo tan pesado tal vez fuera importante.

—Son libros —informó Adam. Le gustaba leer, pero durante las anteriores semanas lo había estado haciendo principalmente para matar el tiempo durante las tardes.

—Está bien. Bueno, yo ya he cumplido mi obligación como casera —contestó Jill.

—Gracias. Deberías volver con C.J.

—Como mañana es sábado, Ty le ha invitado a dormir en su casa.

—Ah —dijo Adam, asintiendo con la cabeza—. Así que Cabot tiene a los chicos.

—Los ha llevado al partido de fútbol del instituto —explicó ella—. A los niños les encanta. Y Cabot revive sus días de gloria como capitán del equipo.

—Ya... —contestó Adam, esperando que los pequeños hubieran estado jugueteando y no se hubieran dando cuenta de lo que había ocurrido en el campo al comienzo del partido.

—¿Qué ocurre, Adam? —quiso saber Jill.

—He tenido un mal día, eso es todo —respondió él, terminándose la cerveza que tenía en la mano.

—¿Quieres hablar de ello? —ofreció ella, que parecía realmente incómoda de estar allí.

—No serviría de nada.

—¿Estás seguro? —insistió Jill, dando un paso atrás.

—Es simplemente frustración. Estoy bien.

—No lo pareces. Cuéntame qué te ha pasado.

—Ocurrió algo en el partido de fútbol.

—¡Oh, no...! —exclamó ella con la voz entrecortada debido al frío que se estaba colando por la puerta.

—Entra antes de que te congeles —dijo Adam, agarrándola por el brazo.

—Es... está bien.

Él cerró la puerta de inmediato.

—Te ofrecería vino o té caliente, pero no tengo. ¿Te apetece una cerveza?

—No, gracias.

—Entonces lo mejor que puedo ofrecerte es que te sientes en el sofá delante de la chimenea sin fuego.

—Aceptaré tu oferta —concedió Jill, adentrándose en la sala y mirando a su alrededor—. Me encanta cómo has decorado el apartamento —añadió, sentándose en el sofá.

—Gracias —contestó Adam—. Me sorprende que no te hayas enterado. Todo el mundo habla de ello —en ese momento también se sentó en el sofá... dejando todo el espacio que pudo entre ambos. No quería sentir la calidez de la piel de ella cerca de sí—. Uno de los jugadores de fútbol, Jimmy Kowalski, se rompió un tobillo. O mejor dicho, el defensor de línea del otro equipo se lo rompió.

—Oh, no. ¿Hay servicios médicos en el campo de juego?

—Sí. Lo estabilizaron en el campo de juego y lo llevaron al centro médico más cercano. Me telefonearon a mí y me acerqué de inmediato a la clínica.

—No quiero ser insensible, pero el contacto físico es parte del juego. Y la razón principal por la que C.J. jamás jugará fútbol. No comprendo por qué te ha afectado tanto.

—La radiografía mostró que tiene los huesos de la pierna rotos y que va a necesitar cirugía. Está en el instituto y tiene la esperanza de obtener una beca a través del fútbol ya que su padre no tiene trabajo y sin una beca no puede ir a la universidad.

Adam parecía realmente emocionado.

—No pude ayudarle y tuve que desviar su caso al hospital más cercano, que está a casi ciento sesenta kilómetros —continuó—. Así que el pobre muchacho ha tenido que viajar con la pierna rota mientras seguro que se preocupaba por la operación y el efecto que pueda tener en su futuro. Aunque los médicos de familia abarcamos muchos ámbitos, la traumatología no es mi especialidad. Todo lo que pude hacer fue confirmar que tenía algo más grave que una simple rotura, inmovilizarle la pierna y darle algo para el dolor.

—Solucionaste el problema más inmediato.

—He odiado tener que desviar a otro centro el caso de este muchacho —confesó él, apretando los puños—. La situación aquí es complicada. En una gran ciudad todos los servicios se encuentran bajo un mismo techo.

—Si quisieras, podrías estar en la gran ciudad. O regresar si no estás cómodo.

—Simplemente me enfado cuando me siento impotente. Eso no es lo que quiero. Lo mejor sería que Jimmy pudiera estar aquí, en Blackwater Lake, junto a su familia y amigos.

—Realmente conoces esta comunidad, ¿verdad?

—Estoy llegando a conocerla —contestó Adam—. Y lo que sé es que en esta ciudad se practica mucho esquí, snowboard y muchos deportes de agua... deportes que suelen causar roturas y esguince de huesos. Si Blackwater Lake quiere desarrollarse, debe aumentar sus servicios médicos. Cambiar la situación conllevará tiempo, pero sobre todo dinero. La Mercy Medical Center Corporation debe aprobar un cargo para un médico traumatólogo para la clínica. Es una inversión de futuro. Debo involucrarme para lograr que ocurra.

—Mira, ya no estás frunciendo el ceño —dijo Jill, colocándole una mano en

el brazo—. Ya tienes mejor aspecto.

—Tú estás tan guapa como siempre —respondió él, sorprendido de haberlo dicho en alto.

Con los ojos como platos, ella se quedó mirándolo sin soltarle el brazo.

—Está haciéndose tarde, Jill —comentó Adam, que no quería perder el privilegio de tenerla en su vida.

—Sí —concedió ella. Pero no se movió.

—Si no te vas ahora mismo, voy a besarte —advirtió él—. Prometí no volver a hacerlo y necesito tu ayuda para cumplir mi promesa.

—Está bien —contestó Jill, parpadeando. Entonces se levantó y se dirigió a la puerta—. Buenas noches.

Adam pensó que no iba a ser una buena noche en absoluto. La fragancia de ella estaba en su casa, así como en su cabeza, y desde aquel momento en adelante le iba a resultar realmente difícil resistirse a sus encantos...

El sábado por la mañana, Jill dejó a C.J. en la tienda con Brewster para ir a visitar a Maggie Potter y a su hija recién nacida.

—Me encanta su nombre. Danielle Maureen —comentó, sentada en una silla con la bebita en brazos—. Seguro que tu madre está muy emocionada.

—Tenía muchas ganas de ser abuela y Brady no está cooperando.

—Eso es porque no está casado ni muestra ninguna intención de estarlo —dijo Jill, abrazando contra su pecho a la pequeñina—. Creo que no hay nada más maravilloso que tener en brazos a un bebé tan pequeño. Danielle es absolutamente preciosa.

—¿De verdad te lo parece? —preguntó su amiga, sentándose en el sofá que había junto a Jill.

—Somos amigas, Maggie. No te mentiría acerca de algo así.

—¿Aunque fuera tan fea que tuviera que llevar una bolsa en la cabeza para ir a la guardería?

—Oh, por favor —protestó Jill, acariciando a la bebita—. Es muy guapa. En una escala de belleza de bebés del uno a diez, obtendría fácilmente un veinticinco. No podría ser de otra manera teniéndoos a Danny y a ti como padres.

Una profunda tristeza se apoderó de la mirada de Maggie.

—Desearía que él hubiera podido verla.

—Oh, cariño, lo siento. No quería ponerte triste al recordarte a Danny.

—No tienes que recordármelo; los recuerdos me acompañan cada día. Cuando Danny construyó esta casa, puso especial cuidado en los dos dormitorios que iban a ser de los dos hijos que pretendíamos tener. Colocó doble aislante para que no tuvieran frío.

La casa de Maggie era una cabaña de madera situada a varios kilómetros de la ciudad. Danny había construido el lugar, incluida la chimenea que estaba dando una alegre calidez a la sala en la que Jill y su amiga estaban sentadas.

—Creo que, esté donde esté, Danny puede ver a su hija —comentó Jill, mirando a los ojos de la bebita—. Es su ángel de la guarda.

—Sí —concedió Maggie—. Envió a Adam Stone a trabajar a la clínica ya que iba a haber una tormenta de nieve y yo no podría llegar al hospital.

Jill no estaba segura de que Danny hubiera enviado a Adam, pero este estaba allí. Y había ayudado a su amiga cuando lo había necesitado.

—Adam me transmitió una gran calma y tranquilidad en el parto.

—Tras estar despierto toda la noche ayudando a esta pequeña a nacer, apartó la nieve que cubría la puerta de mi casa —informó Jill—. No confío en él.

Maggie emitió un burlón gritito.

—Obviamente tiene intenciones ocultas.

—Eso no es todo.

—Cuéntame el resto.

—Aparentemente le recetó una medicina a Hildie Smith que ha afectado a su comportamiento. Brew piensa que Adam ha hecho un milagro.

—Oh... —dijo Maggie, fingiendo sentirse impresionada—. ¡Vaya tejemanejes!

—Estoy hablando en serio. Precisamente anoche subí a su apartamento para entregarle su correo...

—¿Subes frecuentemente a su apartamento?

—Era la primera vez que lo hacía desde que le alquilé el apartamento. El caso es que era obvio que estaba disgustado por algo y provoqué que me lo contara. Lo que le ocurría es que estaba muy disgustado ante el hecho de que un jugador de fútbol del equipo del instituto hubiera resultado herido. No pudo ayudarlo ya que la traumatología no es su especialidad y tuvieron que trasladar al muchacho al hospital... y ya sabes lo lejos que está.

—Sí. No es precisamente conveniente cuando estás dando a luz en una noche de tormenta de nieve —comentó Maggie irónicamente.

—Parece ser que Adam va a trabajar en un proyecto para ampliar la clínica y finalmente construir un hospital aquí, en Blackwater Lake.

—Parece un hombre dispuesto a marcharse a la mínima oportunidad —se burló Maggie.

—Está bien. Admito que me equivoqué al juzgarlo. Sus planes de quedarse en Montana parecen sinceros. Pero ya me han engañado antes y no puedo permitirme equivocarme de nuevo...

—Te has acostado con él, ¿verdad?

—No.

—¡Eres tan mentirosa!

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Jill, impresionada ante la perspicacia de su amiga.

—Te conozco. Por el tono de tu voz y por el lenguaje de tu cuerpo —contestó Maggie—. ¿Fue anoche cuando le llevaste el correo?

—No —contestó Jill—. Fue cuando quitó la nieve de la puerta de mi casa.

—¿Cómo fue?

—Estoy segura de que le costó mucho trabajo y de que le dolió la espalda al terminar.

—No. Me refiero al sexo y lo sabes.

—Oh, el sexo. Fue realmente increíble. Pero ambos decidimos que no puede volver a ocurrir.

—¿Qué? —respondió Maggie en voz alta, alterando al hacerlo a la pequeña Danielle Maureen—. Lo siento, cariño, pero la tía Jill necesita que le examinen la cabeza.

—Ya sabes cómo me siento al respecto. C.J. y yo estamos bien. ¿Por qué permitir que otra persona altere nuestra estabilidad?

—Comprendo que quieras proteger a tu hijo a toda costa —dijo Maggie, mirando a su amiga—. Pero no puedes protegerlo de todo y de todos para siempre.

—Loretta Goodson me dijo lo mismo. Afirmó que cuando la vida le depare algún problema, no va a tener la capacidad de resolverlo.

—¡Vaya! —exclamó Maggie, sobrecogida—. Ahora volvamos a hablar del doctor. Creo que todo el mundo se ha dado cuenta de que no va a marcharse a ninguna parte. No tienes por qué controlar tus sentimientos...

—Te equivocas, Mags. La razón por la que estuvo de acuerdo en que no volvamos a tener... nada personal... fue porque no quiere compromisos. Y no

quiero que C.J. vea que me conformo con mantener una relación que no es seria.

—Te comprendo, pero quiero decirte un par de cosas antes de dejarte tranquila. No puedes predecir el futuro, sino que tienes que aceptar lo que te ofrece la vida.

—¿Qué más quieres decirme? —provocó Jill.

La mirada de Maggie reflejó una profunda tristeza.

—Si no vives cada momento con intensidad, no estás viviendo de verdad. No dejes pasar una oportunidad. No te permitas tener arrepentimientos.

En ese momento la pequeña Dani comenzó a llorar y Jill se la entregó a su madre para que pudiera darle el pecho. Aunque nunca se había casado, le encantaba la maternidad y le entristecía que C.J. no fuera a tener un hermano. Sabía que no lo tendría ya que, a pesar del consejo de su amiga, no podía arriesgarse a que le hicieran daño de nuevo... por mucho que deseara que Adam la abrazara y besara de nuevo.

Capítulo 11

Párate —le ordenó Adam a Jill al ver a esta llevando una gran escalera por el porche de su casa justo cuando pasaba por delante—. ¿Por qué no me has pedido ayuda?

—Hago esto con frecuencia y no necesito ayuda. Y jamás molestaría a un inquilino por algo así. Es sábado.

—Pero la escalera es muy pesada y yo soy más fuerte que tú.

—Sí, pero nunca te molestaría en tu día libre.

Él sonrió.

—Creo que aparte del hecho de que todos los meses te pago un alquiler, somos amigos. Y, además, si te haces daño al llevar tú sola algo tan pesado yo ya no tendría un día libre ya que me llamarían de la clínica para atenderte —dijo, acercándose a agarrar la escalera—. ¿Dónde quieres que la lleve?

—A mi casa —respondió ella, soltando la escalera y echándose para atrás—. Gracias, Adam. Pesa mucho.

—De nada. Te seguiré —dijo Adam, fijándose de nuevo en el hermoso trasero de Jill.

—¿Estás bien? —preguntó ella al tropezar él con el escalón del porche.

—Sí —contestó él, consciente de que debía dejar de fijarse en su encantadora casera o perdería el respeto que tanto le había costado ganarse de la gente de Blackwater Lake.

Una vez dentro de la vivienda, Jill se detuvo debajo de un panel de acceso en el techo del pasillo.

—Si colocas la escalera aquí, sería estupendo —le dijo.

En ese momento se abrió la puerta principal de la casa.

—¡Doctor Adam! —exclamó C.J., acercándose a ellos.

—Hola, campeón. ¿Cómo estás?

—He estado en la tienda con Brew mientras mami ha ido a visitar a Maggie y a su bebé Dani. Y entonces te vi llevando la escalera de mi madre. ¿Qué estáis haciendo?

—¿Qué estamos haciendo? —le preguntó Adam a Jill.

—Revisando los filtros de la caldera. Hay que hacerlo dos veces al año, antes del verano y del invierno.

Adam fue a subirse a la escalera, pero ella lo detuvo.

—Espera. Pensaba que simplemente habías traído la escalera por mí.

—Sí, pero ahora me ofrezco voluntario para las labores de inspección.

—No tienes que hacerlo —protestó Jill.

—Lo sé —contestó él.

Tras limpiar los filtros de la casa de ella, Adam subió a su apartamento para limpiar los de este. C.J. le acompañó para ayudarle y le contó que en pocas semanas sería su cumpleaños. El pequeño quería un videojuego de regalo. Pero parecía que su madre no estaba muy contenta al respecto. Eran demasiado caros. Pero Adam tuvo una idea.

—Tal vez podrías ayudarme con un par de cosas y ganarte el dinero para comprarlo tú mismo.

—¿De verdad? —respondió C.J. con la esperanza reflejada en los ojos—. ¿Qué quieres que haga?

—Déjame hablar primero con tu madre. Si a ella le parece bien, te daré una lista.

—¡Estupendo!

Ambos bajaron entonces al jardín de la vivienda, donde se encontraba Jill.

—Mamá, el doctor Adam va a darme tareas que hacer para que pueda ganar dinero —le dijo un emocionado C.J. a su madre.

—¿Qué? —contestó ella, desconcertada.

—Para mi videojuego —aclaró el niño.

—Ahora tienes que ir a hacer tu tarea favorita de la semana —dijo Jill, que no parecía contenta.

—¡Vaya, mamá! ¿Tengo que limpiar mi dormitorio?

—Sí. Ahora mismo.

—Es... está bien —concedió el resignado pequeño. A continuación miró a Adam—. No tardaré.

Cuando Adam se quedó a solas con Jill, los ojos de esta reflejaron algo... pero no fue el enfado que él había esperado. Parecía miedo. Aprensión.

—¿Qué ocurre? —preguntó, acercándose a ella.

—Sabes que el videojuego que quiere es caro y que yo no puedo permitírmelo.

—Por lo que me ha dicho C.J. lo he supuesto.

—No creas que no aprecio el gesto, pero satisfacer lo que quiere mi hijo es mi responsabilidad.

—Simplemente estoy intentando ayudar —se defendió Adam.

—No es buena idea; es de mí de quien depende.

—Jill, yo...

—Por favor, no —espetó ella, levantando una mano—. No voy a discutir este asunto. Gracias por toda la ayuda que me has prestado hoy. Ahora voy a ir a comprobar cómo le va a C.J. con la limpieza de su dormitorio. Para un pequeño de seis años limpiar supone jugar con los juguetes que hay por el suelo. No tienen mucha capacidad de concentración.

Mientras observaba como ella entraba de nuevo en su casa, Adam pensó que estaba claro que alguien la había herido profundamente, alguien que la había abandonado... alguien aparte del «anterior doctor». Pretendía descubrir qué había ocurrido. Quería ayudarla, pero también deseaba fervientemente acostarse de nuevo con ella. Y sabía que Jill deseaba lo mismo.

Jill no sabía muy bien por qué aquella tarde habían terminado en la ferretería. Adam le había comentado que también debía revisar y cambiar las pilas de los detectores de humo. Como no tenía en casa recambios de las pilas adecuadas, el doctor le ofreció llevarla en coche al centro de la ciudad para comprarlas. Si C.J. no hubiera escuchado aquel ofrecimiento podría haberlo declinado... aunque, en realidad, había querido aceptar de todas maneras...

Una vez que compraron las pilas y algunos artículos más como linternas por si la electricidad fallaba durante las tormentas de nieve, salieron de la ferretería y se dirigieron al coche de Adam.

—Mami, tengo mucha hambre —dijo C.J. cuando llegaron al coche.

—Ya nos vamos a casa y en cuanto lleguemos prepararé la cena —respondió ella.

—No puedo esperar. Está demasiado lejos —protestó el pequeño, fingiendo no poder andar correctamente debido al hambre.

Jill miró a Adam, al que parecía realmente divertirle la actuación de su hijo.

—Tengo una idea —comentó el doctor.

—¿Me vas a invitar a un helado? —preguntó C.J., enderezándose.

—Mejor todavía... ¿qué te parece si os invito a cenar en el Grizzly Bear Diner? —contestó Adam, mirando a Jill a continuación—. Es lo mínimo que

puedo hacer.

—¿Por qué? —exigió saber ella con ironía—. Si alguien le debe algo a alguien, soy yo a ti por lo mucho que nos has ayudado hoy.

—Dame un minuto. Pensaré en una razón.

—¿Qué te parece que simplemente te apetece invitarnos a cenar? —sugirió C.J.

—Es una razón estupenda —concedió Adam, sonriendo al pequeño.

A Jill también le parecía estupenda. Por segunda vez en el mismo día, no pudo rechazar la oferta de Adam.

—Gracias, Adam, es muy amable por tu parte —ofreció—. Pero, C.J., el Grizzly Bear Diner está a unas manzanas de distancia. ¿Crees que podrás andar tanto estando tan hambriento?

—¡Sí! —exclamó el niño, echando a correr.

—¡Párate al llegar al semáforo! —gritó ella.

—¡Sí, mamá!

Jill anduvo entonces junto a Adam a un ritmo rápido, principalmente porque hacía frío, y deseó poder acurrucarse en él para obtener calidez. Pero se contuvo.

—Daos prisa —les gritó C.J. desde un semáforo.

Su madre y Adam llegaron al cruce de Pine Street justo en el momento en el que el semáforo se puso en verde. Los tres cruzaron y se acercaron al Grizzly Bear Diner, que estaba en la esquina de la calle.

—Aparentemente este es el lugar de moda de la ciudad —comentó ella al ver lo lleno que estaba.

A continuación reconoció a la mujer que sentaba a los comensales a su mesa.

—Hola, señora Taylor.

—Hola, Jill —dijo la mujer, esbozando una amplia sonrisa ante Adam—. ¿Qué tal, doctor Stone?

—¿Cómo estás, Iris?

—Me alegro de verte —respondió ella, que tenía casi sesenta años.

—Lo mismo te digo —contestó él—. ¿Cómo estás?

—Estupendamente —aseguró la mujer—. Las pastillas que me mandó para la artritis realmente me han ayudado a aliviar el dolor —añadió, mirando a Jill y a C.J.—. ¿Venís los tres juntos a cenar?

—¿Cuánto hay que esperar?

—Media hora. Pero dado que es usted, doctor, creo que puedo encontrarles una mesa enseguida.

—Gracias —ofreció él—. Puedes morirte de hambre muy rápidamente si tienes seis años.

—Dadme un minuto —pidió entonces Iris.

A los pocos momentos se acercó de nuevo a ellos y les guio a una mesa. Carl Hayes, el fontanero que había contratado la madre de Jill para trabajar en la construcción del apartamento de arriba, estaba allí.

—Hola, señor Hayes.

—Hola, Jill —respondió el hombre, sonriendo y levantando la mano a modo de saludo—. Hola, doctor, soy Carl Hayes.

—Me acuerdo —dijo Adam—. ¿Sigue sufriendo de muchos calambres en las piernas?

—Sus recomendaciones están marchando maravillosamente. Desde que estuve en su consulta he estado durmiendo como un bebé.

—Eso es excelente —contestó Adam, sonriendo—. Siga así.

—No se preocupe. No podría hacer otra cosa aunque quisiera. Mi esposa me lo impediría.

—Bien por ella...

—Hola, doctor Stone —terció un hombre canoso.

Adam se detuvo junto a una mesa.

—Señor Gerard.

—Llámeme Alan. Esta es mi esposa, Winnie.

—Encantado de conocerla —dijo Adam—. ¿Cómo te encuentras, Alan?

—Se me ha quitado el dolor de estómago. Estoy tomando mucha fibra.

—Yo tengo una cita la semana que viene en la clínica —informó Winnie—. Nada serio, simplemente mi revisión anual.

—Me encantará atenderla.

—Jill es una chica estupenda. Y su pequeño hombrecito es maravilloso —aseguró Winnie.

—Lo sé —respondió Adam, diciéndole adiós con la mano a la pareja.

A continuación se giró hacia Jill y esta sintió como se ruborizaba. Deseó que se la tragara la tierra. No le gustaba el hecho de que aquellas personas, sus amigos y vecinos, estuvieran tratando a Adam como a una estrella de rock. Se sentó a la mesa que le indicó Iris... momento en el que se dio cuenta de que ni Adam ni C.J. estaban detrás de ella.

Adam había vuelto a pararse a hablar con algunos comensales y el pequeño estaba con él. Parecía que el doctor se había ganado finalmente la confianza de

los vecinos de la ciudad. Y lo había hecho él solo. Ella se alegraba enormemente ante aquello; Blackwater Lake había aceptado a Adam como uno de los suyos y le ofrecía su completa fidelidad.

Pero cuando finalmente las cosas con él se estropearan, ya que no podía ser de otra manera, la ciudad entera se quedaría muy decepcionada... al igual que ocurrió cuando el padre de C.J. se marchó.

Capítulo 12

Mientras volvían a casa del restaurante, C.J. no dejó de hablar.

—¿Cuándo podemos ir de nuevo a la ferretería?

—La próxima vez que necesitemos algún artículo de la tienda —respondió su madre—. ¿No estás cansado?

—No.

—Yo tengo cansados los oídos.

—Eres graciosa, mamá. ¿Cómo pueden cansarse los oídos? ¿Están los tuyos también cansados, doctor Adam?

—Creo que mis oídos están más acostumbrados porque escucho a mis pacientes durante todo el día.

—Espero que la próxima vez que vayamos a la ferretería también podamos ir al Grizzly Bear Diner. Me lo he pasado muy bien.

—Ya se ha hecho tarde —comentó Jill—. Tengo que ponerle las pilas a los detectores de humo.

—Yo lo haré —dijo Adam mientras introducía el coche en la entrada para vehículos de la propiedad de ella.

—¿Puedo ayudar? —preguntó C.J. desde el asiento de atrás del vehículo.

—Tienes que irte a la cama.

—Pero, mamá, es demasiado pronto para irme a la cama.

—No olvides que tienes que ducharte —le recordó Jill a su pequeño.

Tras aparcar Adam, salió del coche.

—Pero el doctor Adam me necesita para que le ayude a colocar las nuevas pilas. ¿No es así, doctor Adam? —aseguró C.J., saliendo del vehículo a su vez.

—No quiero posicionarme a ningún lado de esta pelea —dijo Adam.

—Pero, mamá, tengo que mirar. Si no, ¿cómo voy a aprender?

—Bueno, como es sábado... pero solo por esta vez.

—¡Estupendo! —exclamó el pequeño, corriendo hacia las escaleras del porche—. Date prisa, doctor Adam. No tengo toda la noche.

—Estoy justo detrás de ti, campeón —informó Adam, que también se había bajado del coche.

Mientras C.J. y Adam subían al apartamento de arriba para colocar las nuevas pilas en el detector de humo, Jill entró en su casa. Encendió las luces y esperó a su pequeño, que apareció en la vivienda diez minutos después.

—¿Mamá? Ya estamos aquí; el doctor Adam ha traído la escalera —dijo C.J.

—Ya lo veo —respondió ella.

—El doctor Adam ha tenido que cambiar las pilas él solo porque yo no llegaba. Pero he observado muy bien cómo lo ha hecho.

—Habría sido mucho más duro sin su ayuda —comentó Adam.

La pecosa cara del pequeño reflejó una gran alegría.

—Vamos a hacer el resto —exclamó, saliendo a toda prisa de la sala.

El entusiasmo del niño casi rompió el corazón de Jill. C.J. realmente anhelaba tener en su vida a un hombre con el que hacer cosas de chicos. En la cocina, se subió a la escalera mientras Adam se aseguraba de que no cayera. Cada vez que realizaban el proceso, a ella le maravillaba la paciencia y protección que mostraba Adam, sobre todo teniendo en cuenta que estaba tardando cinco veces más de lo normal debido a que un niño de seis años quería ayudar.

No quería enamorarse de nuevo, pero no conocía la manera de resistirse a aquel doctor...

—Está bien, C.J., ahora tienes que irte a la cama.

—Pero, mamá...

—No hay peros que valgan —insistió ella, señalando en dirección a su dormitorio—. Vamos, o no habrá tiempo para leerte un cuento.

—¿Puede leérmelo el doctor Adam?

—Por supuesto —respondió el propio Adam.

—Ya has hecho mucho por nosotros —aseguró Jill.

—Me ha encantado ayudaros.

—Hemos monopolizado tu día libre —comentó ella.

—Yo no me he sentido monopolizado. Ha sido divertido estar con vosotros.

—Y apreciamos mucho todo lo que has hecho, pero probablemente quieras tener un poco de tiempo para ti.

—La soledad no es tan estupenda como nos hacen creen —aclaró él.

—Venga, mamá. Dile que está bien que se quede a cenar —suplicó el pequeño con la esperanza reflejada en los ojos.

—Está bien.

—¡Estupendo! —exclamó C.J., que salió corriendo hacia su dormitorio para

ducharse.

—Voy a guardar la escalera —dijo Adam una vez que estuvo a solas con Jill.

—Gracias.

—De nada.

Justo cuando Adam regresó, C.J. acababa de ducharse. Vestido con su pijama de Superman, se quedó mirándolo.

—Ya estoy listo para que me leas un cuento.

—Estupendo, porque yo estoy deseando leer.

Los tres se dirigieron entonces al dormitorio del niño. Jill le preparó las colchas de la cama mientras él elegía un cuento de su estantería.

—Léeme el cuento de los cachorritos de animales —le pidió C.J. a Adam al meterse en la cama.

—Parece entretenido —respondió Adam. Esperó a que el pequeño estuviera bien arropado antes de sentarse junto a él.

Jill se quedó de pie cerca de ellos y escuchó la profunda voz de Adam leer el cuento. Cuando por fin leyó el final, le decepcionó mucho no poder seguir escuchándolo.

—Doctor Adam, ¿de dónde vienen los bebés? —preguntó entonces C.J. simplemente para poder quedarse despierto un poco más de tiempo.

Adam miró a Jill.

—¿Habéis hablado ya de esto?

—Un poco —respondió ella.

—Mami me dijo que el hombre tiene una semilla y la mujer un huevo y que cuando se aman el uno al otro se crea un bebé —explicó C.J., bostezando.

—Tu madre tiene toda la razón —aseguró Adam—. Yo no tengo nada que añadir.

El pequeño volvió a bostezar.

—¿Doctor Adam? ¿Tuviste un perro cuando tenías seis... casi siete años?

—Sí.

—Sabía que soy suficientemente mayor para tener un cachorro.

—Yo no he dicho eso —aclaró Adam, arropando al niño—. Tenía un hermano y hermana mayores que compartían la responsabilidad.

—Doctor Adam, ¿es...?

—Suficiente —interrumpió Jill a su pequeño—. Apaga las luces, cariño.

—Está bien —concedió el niño.

—Buenas noches, C.J. —le deseó Adam, apartando con mucha delicadeza un

mechón de pelo que el niño tenía en la frente.

—Te quiero —dijo entonces Jill, dándole un beso al niño en la frente—. Sueña con los angelitos.

—Te quiero, mami —contestó el pequeño, ya muy dormido—. Nos vemos mañana, doctor Adam.

Ella salió entonces del dormitorio junto a Adam y entrecerró la puerta. A continuación guio a este hacia el salón para que se marchara.

—¡Por fin libre! —exclamó sin ningún tipo de alegría reflejada en la voz.

—¿Qué ocurre, Jill?

—¿Cómo sabes que ocurre algo?

—La expresión de tu boca y el tono de tu voz reflejan una gran tensión —explicó él, acariciándole la frente.

—Eres demasiado observador —respondió ella, alterada por aquella caricia —. Pensaba que estaba ocultándolo muy bien —añadió con resentimiento—. Todo el mundo te adora. Esta noche en el Grizzly Bear ha estado claro que finalmente has hecho amistad con la gente de Blackwater Lake. Eres el nuevo amigo de todos.

—¿Y tú esperabas que no llegara a serlo?

—No es eso. No exactamente.

—¿Entonces qué es? No has podido disimular el hecho de que no quieres abrirte ante mí, de que no quieres crear lazos conmigo. Dime por qué. Y, antes de que empieces a explicármelo, debes saber que sé que no es por el último doctor.

—Tienes razón —concedió Jill—. Mi padre nos abandonó a mi madre y a mí cuando yo tenía la misma edad de C.J. Aunque tenía a mi madre y muchos amigos, fue muy duro.

—No tener un padre deja un vacío en la vida de un niño —sentenció Adam.

—Sí. Dolió mucho. Y más que nada en el mundo yo deseaba que mi hijo tuviera una familia tradicional. Hubo una época en la que creí que así iba a ser.

—Pero no resultó.

—Efectivamente. Me enamoré de Buddy Henderson cuando ambos íbamos al instituto y pensé que estaríamos juntos para siempre —explicó ella—. Todos nuestros conocidos esperaban que nos casáramos después de graduarnos.

—¿Por qué no lo hicisteis?

—Nunca me lo propuso. Pero Blackwater Lake esperaba una boda, sobre todo después de que me quedara embarazada.

—¿Él no te propuso matrimonio ni aun sabiendo que estabas embarazada?

—quiso saber Adam con el enfado reflejado en sus azules ojos.

—Es difícil proponer matrimonio cuando no estás.

—¿Se marchó? —preguntó él, impactado y enfurecido.

—Cuando más lo necesitaba —confirmó Jill.

—Malnacido...

—Eso mismo pienso yo. C.J. nunca conoció a su padre, pero yo recuerdo al mío. Sé lo que es echarte las culpas a ti mismo cuando alguien a quien quieres, alguien que crees que se preocupa por ti, se marcha. Por eso no quiero que se encariñe con ningún hombre.

—Ya veo. Gracias por contármelo.

—Gracias por escuchar —ofreció ella, sintiendo como se había quitado un peso de encima al haber compartido aquella dolorosa historia.

—Por última vez te digo que no voy a marcharme —insistió Adam.

Ella sonrió.

—Está bien.

Él agarró el picaporte de la puerta y dejó claro con la mirada que estaría dispuesto a quedarse si Jill se lo pedía.

—Si hay algo más de lo que quieras hablar...

Ella quería una cosa... pero no tenía nada que ver con hablar. Adam era simplemente demasiado irresistible. Se acercó a él y le puso una mano en el pecho. Entonces se puso de puntillas y acercó la boca a la suya.

Invadido por la pasión, Adam la abrazó y besó como si fuera a devorarla. A los pocos segundos, muy excitada, Jill rompió el beso, tomó a Adam de la mano y lo guio a su dormitorio.

—¿Estás segura de esto? —preguntó él, deteniéndose y mirándola—. Ya sabes lo que hablamos.

—Ambos dijimos que esto no podía volver a ocurrir —respondió ella, sonriendo.

—Los dos tenemos nuestras razones —aseguró Adam, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Las tuyas siguen suponiendo un problema para ti?

—No —dijo Jill, cansada de luchar contra sus propios sentimientos. Tal vez al día siguiente se arrepentiría, pero aquella noche lo quería a él—. ¿Y las tuyas para ti?

—No.

—Entonces deja de perder el tiempo, doctor.

Adam la tomó entonces en brazos, entró en el dormitorio y cerró la puerta tras ellos. En tiempo récord, ambos se desvistieron el uno al otro y se metieron en la cama. Él comenzó a acariciarle un costado, tocando ligeramente su pecho. Ella gimió de placer. Sin dejar de besarla, Adam movió las manos por todo su cuerpo. Cuando la penetró, Jill estaba preparada, dispuesta. Levantó las piernas y lo abrazó con estas por la cintura para sentirlo aún más dentro de sí.

Se movieron acompasadamente de manera frenética, sensual, y en pocos minutos ella alcanzó la cima del placer; una deliciosa sensación explotó dentro de su cuerpo. Segundos después él alcanzó un intenso orgasmo y ambos quedaron tendidos en la cama, demasiado cansados como para moverse.

Finalmente Adam se apoyó en un codo y miró a Jill.

—Ha sido estupendo.

—¿Es esa tu opinión clínica, doctor?

—¿Crees que soy un experto?

—Oh, sí.

Él fue al cuarto de baño y ella echó de menos su calidez en la cama. A los pocos minutos regresó y la abrazó estrechamente. Jill apoyó una mejilla en su pecho, contenta, adormilada y feliz.

A la mañana siguiente, Adam se despertó sintiendo a Jill apoyada en su pecho. Era muy pronto y la casa estaba en silencio; obviamente C.J. no se había levantado. Estaba todavía durmiendo, al igual que su madre. Deseó tocar de nuevo a Jill, pero decidió dejarla dormir ya que trabajaba mucho y necesitaba descansar.

Tenía que salir de allí antes de que C.J. se levantara y comenzara a realizar preguntas realmente complicadas. Pero no pudo evitar quedarse mirando a Jill durante unos segundos más. Esta parecía muy joven, demasiado joven para tener un hijo de casi siete años y haber sido abandonada en diversas ocasiones. Sintió un gran instinto protector.

Cuando miró la hora en el reloj que había en la mesilla de noche de ella, supo que debía ponerse en acción. Se levantó y se vistió a toda prisa. Con los zapatos en la mano, abrió la puerta del dormitorio y salió de este de puntillas. No quería marcharse sin despedirse, pero no sabía qué escribir si dejaba una nota. «Gracias por una noche tan maravillosa», o «Nos vemos más tarde». Nada parecía oportuno.

Colocó los zapatos junto a la puerta principal y fue a la cocina para preparar café para Jill. Era lo mínimo que podía hacer. Cuando hubo colocado el agua en la cafetera, oyó una sexy voz...

—Buenos días.

Aturdido, se giró y se quedó completamente impresionado al ser el atractivo aspecto que tenía Jill con el cabello alborotado y la satisfacción reflejada en la cara.

—No quería despertarte —dijo él cuando recuperó el habla.

—No lo has hecho —respondió ella, sonriendo—. De hecho, me he quedado dormida. Normalmente me levanto antes. ¿Por qué no enciendes la cafetera y te quedas a tomar una taza de café?

—Encantado —contestó Adam, que no comprendía qué le estaba ocurriendo. La atracción que sentía por Jill no era solo sexual, pero no sabía definir qué le ocurría con ella.

Tras preparar él el café, Jill lo sirvió en las tazas que había colocado en la mesa.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—Tal vez —respondió Adam de manera tentadora.

Ella se ruborizó y él tuvo claro que sabía lo que estaba pensando. A continuación ambos se sentaron a la mesa y se quedaron mirando fijamente el uno al otro.

—Está rico —comentó Jill tras tomar su taza y darle un sorbo a su café.

—Es una capacidad desarrollada por necesidad durante las prácticas para ejercer mi profesión.

—Cuando se marchó tu exmujer —afirmó ella.

—Sí, más o menos por aquel entonces.

—¿La echaste de menos?

—No tuve tiempo para pensar en ella —dijo Adam, evadiendo la verdadera respuesta.

Lo cierto era que en realidad no la había echado de menos ni se había sentido muy herido por el abandono de su exmujer. Haber seguido adelante con su vida había sido muy fácil... lo que le convertía en un estúpido por haberla elegido como esposa.

—¿Mamá? —dijo repentinamente C.J., de pie en la puerta de la cocina restregándose los ojos. Cuando vio a Adam se le iluminó la cara—. ¡Doctor Adam! ¿Estás tomando café?

—Sí —concedió Adam, agradecido ante el hecho de que la pregunta fuera sencilla.

—¿Has venido a desayunar?

Aquella pregunta era más difícil de responder ya que, en realidad, jamás se había marchado. Afortunadamente Jill le echó una mano... con la picardía reflejada en los ojos.

—Voy a preparar huevos revueltos, beicon y tostadas para el doctor Adam —informó.

—Estupendo —respondió el pequeño.

—Ahora mismo vuelvo —dijo entonces ella, saliendo de la cocina.

C.J. se subió a una silla.

—Me alegra que estés aquí.

—¿Por qué, campeón?

—Porque me gustan los huevos y mami no los prepara muy frecuentemente.

—¿Por qué no? —quiso saber Adam.

—No lo sé —aseguró el niño, encogiéndose de hombros—. Pero supongo que esta es una ocasión especial.

Adam pensó que desde luego que era especial, pero no solo por la comida.

—Tengo una idea muy buena —comentó C.J.

—¿El qué?

—Deberías venir a mi fiesta de cumpleaños. Mami va a preparar lasaña. Brew y Hildie van a venir. Y Maggie —explicó el pequeño, frunciendo el ceño —. Pero va a traer al bebé.

—¿Supone el bebé un problema? —preguntó Adam, forzándose a no sonreír.

—¡Sí! Tyler me ha dicho que está todo el rato llorando. Y haciendo popó. Huele muy mal.

—Podré soportar el que haga ruido y huela mal —respondió Adam, divertido.

—¿De verdad? —dijo C.J. con los ojos como platos—. ¿Quieres decir que vendrás a mi fiesta?

—No me la perdería por nada del mundo.

—¡Estupendo! —repitió de nuevo el pequeño. Aquella parecía ser su palabra favorita.

—Gracias por invitarme.

C.J. le estaba contando a Adam lo que quería que le regalaran por su cumpleaños cuando su madre entró de nuevo en la cocina vestida con unos

pantalones vaqueros y un jersey. Comenzó a cocinar mientras su invitado y su hijo colocaban los platos y cubiertos necesarios en la mesa.

A los pocos minutos sonó el teléfono móvil de Adam y este esperó que no fuera ninguna emergencia médica. Estar en compañía de Jill y el hijo de esta le llenaba por completo.

—Doctor Stone —respondió.

—Hola, Adam. Soy tu abuela —dijo la interlocutora.

Él no había tenido noticias de Eugenia Stone desde que había ido a vivir a Blackwater Lake.

—¿Hay algún problema?

—No, nunca he estado mejor.

—Me alegra saberlo —dijo Adam—. ¿Entonces qué ocurre?

En ese momento la cobertura falló levemente, pero pudo oír la última parte de lo que estaba diciendo su abuela.

—... llegaré sobre el mediodía. Pasa a buscarme en el hotel de Blackwater Lake a la una y media.

¿Su abuela iba a ir a verlo? Adam tenía tantas preguntas que realizar, pero nada más comenzar a hacerlo la cobertura volvió a fallar y finalmente la llamada se cortó.

—¿Hay algún problema? —quiso saber Jill mientras freía el beicon.

—¿Es una pregunta muy buena?

—¿Quién te ha telefoneado?

—Mi abuela. Llega este mediodía a Blackwater Lake.

Capítulo 13

Jill conocía el sonido del coche de Adam. Cuando lo oyó entrar y aparcar en la entrada para vehículos de su casa, esperó oír pisadas en el porche. A continuación miró discretamente por la ventana y pudo ver a la abuela de Adam. Eugenia Stone era una mujer alta y elegante. Probablemente tenía setenta y tantos años, pero parecía encontrarse en perfecta forma física ya que subió sin problemas las escaleras que llevaban al apartamento de su nieto.

—El espectáculo ha terminado —se dijo a sí misma—. Es hora de volver al trabajo.

Se sentó delante del ordenador para terminar la asignatura de estadística que debía presentar al día siguiente. Pero le estaba costando mucho trabajo concentrarse. Había pasado la noche más maravillosa de su vida en brazos de Adam. Pero en aquel momento tenía miedo de que la abuela de este fuera a intentar convencerlo de que regresara junto a su familia.

C.J. entró corriendo en la sala.

—Estoy aburrido —dijo—. ¿Puedo bajar a la tienda y pasar un ratito con Brew? Por favor, mamá.

—Lo siento. Brewster está realizando el inventario y no puede vigilarte. ¿Por qué no lees un libro o sales a dar una vuelta?

—No me apetece.

—Bueno, pues yo tengo que trabajar con el ordenador y vas a tener que entretenerte solito durante un rato. En silencio.

—No puedo estar en silencio —respondió el niño, echándose en el sofá mientras suspiraba de manera exagerada.

—Ya hemos hablado de esto, cariño. Tengo que...

El timbre de la puerta interrumpió la charla que Jill odiaba tener que darle a su hijo.

—Probablemente sea Brew —comentó mientras se dirigía a abrir—. Quizá haya terminado el inventario y pueda cuidarte durante un tiempo.

—¡Estupendo!

Pero cuando Jill abrió la puerta, no era Brewster el que estaba al otro lado.

—Adam...

—Hola —dijo él, acercándose para acariciar de manera cariñosa del cabello de C.J.—. Quiero presentaros a mi abuela, Eugenia More —entonces se dirigió a su abuela—. Abuela, ella es mi casera, Jill Beck...

—Y yo soy C.J. —añadió el pequeño.

—Señora Beck —respondió la abuela de Adam. Tenía el cabello canoso y los mismos ojos azules de su nieto. A continuación miró a C.J.—. ¿Qué significan esas iniciales, jovencito?

—¿Qué son iniciales?

—Se llama Christopher John, pero todo el mundo le llama C.J. —explicó Jill —. Es un placer conocerla, señora Stone.

—Gracias —contestó la mujer—. ¿Podemos pasar?

—Por supuesto —se apresuró a asegurar Jill—. Lo siento. Pasad, por favor —añadió, echándose hacia atrás para poder abrir más la puerta.

Adam entró detrás de su abuela y le dirigió una cómplice mirada.

—Mi nieto me ha hablado mucho de ustedes —comentó Eugenia.

—¿Ah, sí? —dijo Jill.

—Yo no me acuerdo de mi abuela —compartió C.J. con la curiosidad reflejada en la cara—. Solo he visto fotografías de ella porque murió cuando yo era un bebé.

—Eso es muy triste, jovencito —aseguró Eugenia—. La relación entre abuelas y nietos es especial.

—Yo soy su nieto favorito, ¿verdad, abuela? —comentó Adam, abrazando a su abuela por los hombros.

—Quiero igual a todos mis nietos —respondió la mujer, cuya seria expresión se dulcificó al mirar a Adam—. Tú siempre has sido y serás un granuja.

—¿Va a mudarse a Blackwater Lake? —le preguntó C.J.

—Dios mío, no.

—¿Entonces por qué está aquí? —quiso saber el pequeño, que no se sentía intimidado en absoluto.

Pero Jill no podía decir lo mismo. Eugenia Stone la aterrorizaba. Y ello solo podía significar una cosa; que le importaba la opinión que fuera a tener de ella... lo que no sería el caso si no tuviera sentimientos por Adam.

—¿Puedo sentarme? —preguntó entonces Eugenia.

—Sí, por favor —contestó Jill, reprendiéndose a sí misma por su falta de cortesía—. ¿Quiere tomar algo? ¿Café? ¿Té?

—Nada, gracias —respondió la mujer, sentándose en el sofá.

C.J. miró uno a uno a los adultos que lo acompañaban.

—¿Vais a simplemente sentaros y hablar?

—Así es como la gente se conoce, jovencito. Y a mí me gustaría conocer a tu madre.

—Entonces tengo una idea —comentó el niño—. ¿Qué os parece si el doctor Adam y yo salimos a jugar con la pelota? Así no interrumpiré cuando habléis.

—Oh, cariño... —susurró Jill, poniéndole una mano en el hombro—. El doctor Adam quiere pasar tiempo con su abuela porque no la ve muy frecuentemente.

—Tenemos mucho tiempo para ponernos al día —aseguró Eugenia—. Tu idea me parece estupenda, Christopher. ¿Por qué no llevas al pequeño a jugar afuera, Adam?

—¿De verdad? —le preguntó él a su abuela, sorprendido—. ¿No te importa?

—En absoluto —contestó Eugenia, mirando a Jill—. Así tendremos tiempo para charlar de cosas de mujeres.

—¡Puaj! —espetó C.J., saliendo de la sala a toda prisa. Regresó minutos después con su guante y una pelota—. Vamos —le dijo a Adam.

—Divertiros —les deseó la anciana a ambos.

—Sé buena, abuela —advirtió Adam en broma mientras salía a fuera.

—Siempre lo soy —aseguró ella.

Una vez que la puerta de la vivienda se cerró, Jill deseó poder ir con ellos.

—¿Está segura de que no quiere nada, señora Stone?

—No quiero nada, de verdad. Gracias —ofreció Eugenia—. Por favor, siéntese. Me gustaría charlar.

Jill se sentó e intentó pensar en algo que decir que no fuera sobre sí misma. Obviamente la familia Stone de Dallas tenía dinero y educación, suponía un objetivo muy alto para una chica de Blackwater Lake.

—Su hijo es adorable.

—Gracias.

—Me recuerda a Adam cuando tenía su edad —confesó la mujer con una nostálgica expresión reflejada en la cara—. No físicamente, pero sí en la personalidad tan pícara que tiene.

—Es muy travieso —dijo Jill con cariño. Pero entonces hubo varios momentos de tenso silencio antes de que pensara en algo que añadir—. ¿Qué tal su viaje?

—Agotador. Este no es un lugar al que se llegue muy fácilmente, ¿verdad? —contestó Eugenia.

—Supongo que no —respondió Jill, sintiendo unas incontrolables ganas de defender su ciudad—. A algunas personas les resulta atractiva la tranquilidad y silencio que imperan en una ciudad pequeña. Frecuentemente nos visita gente que quiere descansar del estrés de la gran ciudad.

—Es muy conveniente tener un hospital y un aeropuerto cerca —señaló la abuela de Adam.

—Blackwater Lake no es perfecto, pero ningún lugar lo es.

—Dallas se acerca mucho a serlo.

—Obviamente usted es muy feliz viviendo allí —espetó Jill—. Pero Adam no lo era.

—En mi opinión, simplemente tenía que matar el gusanillo de regresar a la naturaleza. Al final entrará en razón.

—Eso fue lo que al principio también pensé yo; le dije que al primer signo de invierno se marcharía. Pero estaba equivocada. No solo se quedó, sino que trajo al mundo al bebé de mi mejor amiga en una noche de tormenta de nieve, tras lo que vino a casa y quitó la nieve que había amontonada en la entrada.

—Conozco esa ingenua mirada, señorita Beck. Y siento que es mi deber advertirle de que sería una tontería comenzar a elegir las invitaciones para la boda.

Jill sintió como la furia se apoderaba de ella, una furia que le hizo incluso temblar. Pero de ninguna manera iba a mostrar flaqueza.

Cuando recuperó el control, miró a Eugenia a los ojos.

—¿Qué le hace pensar que quiero casarme con Adam? —preguntó con frialdad.

—El hecho de que mi nieto es bastante buen partido, guapo, rico. Médico.

—Aparentemente no fue suficientemente bueno para su exmujer.

—Así que le ha hablado de eso... —dijo Eugenia, esbozando una tensa mueca—. Era una estúpida.

A Jill le sorprendió tener algún pensamiento en común con aquella anciana.

—Gracias a su divorcio, Adam está ahora aquí.

—No por mucho tiempo. Su familia no está contenta con esta decisión.

—Es una pena ya que Adam está realmente contento con ella.

—Quizá temporalmente. Me da la impresión de que se ha... encaprichado de usted. Pero no será suficiente para mantenerlo aquí. Entrará en razón y regresará

a Dallas. Se lo aseguro.

—Está equivocada, señora Stone. Adam ha trabajado muy duramente para formar parte de esta comunidad. Está muy contento donde está.

—Está equivocada, señora Beck. Y, acostarse con él, no es amor —aseguró Eugenia, levantándose con gracia y dirigiéndose hacia la puerta—. Realmente espero que usted no resulte herida cuando mi nieto se dé cuenta de su error —añadió antes de marcharse.

Mientras llevaba a su abuela al centro de la ciudad, Adam comentó la belleza de Blackwater Lake y de las montañas nevadas que la rodeaban.

—Umm... —fue todo lo que dijo Eugenia.

Él la miró y vio lo tensa que estaba. Estuvo a punto de preguntarle el porqué de su visita, pero sabía que le respondería que no necesitaba ninguna razón para ir a ver a su nieto.

—¿Cómo está la familia? —fue lo que finalmente preguntó.

—Bien. Bueno, la mayoría. Tu madre está en el proceso de perder peso para la boda de tu hermano.

—¿Spencer ha fijado una fecha?

—Parece que Avery está empeñada en casarse en junio.

—Ojalá me lo hubiera dicho alguien —comentó Adam.

—Considérate informado ahora.

—¿Qué te parece Avery?

—Es una chica encantadora —respondió Eugenia con gran calidez reflejada en la voz—. Elegante, con chispa, guapa. Es perfecta para Spencer.

Adam se preguntó a sí mismo qué opinión le merecería Jill a su abuela. Había notado cierta tensión entre ambas una vez que C.J. y él habían terminado de jugar a la pelota. Había sido imposible no notar la frialdad.

—Está bien. Así que mamá y Spencer están bien. Eso deja a papá y a Becky. ¿Quién no está bien?

—Ninguno de los dos.

—¿Qué? ¿De verdad?

—Tu hermana y su marido están acudiendo a un asesor matrimonial y nadie me dice por qué.

Adam tampoco se lo iba a decir. Su hermana le había confiado que su marido le había sido infiel durante una aventura de una noche, pero no quería que su

abuela se enterara. Becky creía que su matrimonio podía salvarse y Eugenia Stone le guardaba rencor a cualquiera que osara herir a un miembro de su familia.

—Creo que Becky y Dan podrán solucionar sus problemas. Sus carreras les requieran mucho trabajo, así como sus gemelos. Encontrar tiempo para ellos como pareja no les resulta fácil, pero es necesario para la relación.

—Hablando de relaciones... ¿podemos hablar de tu casera?

—Mira... ahí está el hotel Blackwater Lake —dijo Adam con la intención de desviar la conversación—. Por cierto, ¿qué tal está papá?

—Bien, pero no nos escucha ni a tu madre ni a mí.

—¿Sobre qué?

—Está trabajando demasiado y no se toma un respiro. Está muy cansado y no va al médico para hacerse un chequeo. Nuestra insistencia ha sido inútil.

—Parece que debéis insistir más.

—No funcionará. No nos hará caso.

—¿Ha hablado Spencer con él? —quiso saber Adam ya que su hermano era uno de los cirujanos cardiovasculares más importantes del país.

—Creo que tu madre está intentando que lo haga.

—Yo también hablaré con papá. Tanto Spencer como yo somos médicos.

—Pero sois sus hijos y no tenéis tanta experiencia como él.

Adam se dio cuenta de adónde iba encaminada aquella conversación y, de nuevo, intentó cambiar de asunto. Al ver la heladería Potter’s Ice Cream Parlor tuvo una idea.

—¿Te apetece tomar un helado?

—Me encantaría... —respondió su abuela— si la heladería es buena.

—Tienen los mejores helados que jamás he probado —aseguró él, dejando el vehículo en el aparcamiento del establecimiento. A continuación se bajó del coche para abrirle la puerta a su abuela.

Cuando entraron en la heladería, vio a Carl Hayes sentado junto a su esposa a una de las mesas.

—Hola, doctor, ¿cómo está? —le saludó el hombre.

—Muy bien. Ha venido a verme mi abuela, Eugenia Stone —dijo Adam, indicando a su abuela.

—Los dos guardan un gran parecido... aunque no puedo creer que esta señora tan joven sea lo suficientemente mayor como para ser su abuela —respondió Carl, tendiendo la mano—. Bienvenida a Blackwater Lake, señora.

—Gracias —ofreció Eugenia, sonriendo ante aquel cumplido.

—Tenemos mucha suerte de tener al doctor Adam en la ciudad. Es maravilloso.

—Es muy especial —concedió ella.

—Me alegro de verte, Carl —se despidió Adam, guiando a su abuela al mostrador, donde se encontraba el hermano de Maggie.

—Hola, Brady.

El joven miró sobre su hombro y sonrió.

—Adam, ¿qué tal?

—¿Dónde está Maggie?

—En la parte de atrás, dándole de comer a Dani.

—Dani es su bebita —le explicó Adam a su abuela—. Y él es Brady O'Keefe. Brady, esta es mi abuela.

—Un placer —dijo Eugenia, sonriendo educadamente—. Eugenia Stone.

—Encantado de conocerla. ¿Qué vais a tomar?

—Yo quiero helado de vainilla con caramelo —respondió Eugenia.

—Para mí lo de siempre —añadió Adam.

En ese momento Maggie apareció en la heladería con la pequeña Dani dormida en sus brazos.

—Adam, ¿cómo estás?

—Bien. Mira, te presento a mi abuela, Eugenia Stone.

—Encantada de conocerla —dijo Maggie—. Adam tiene sus ojos.

—En qué detalle más bonito se ha fijado —comentó Eugenia con una dulce expresión reflejada en la cara al mirar a la bebita—. Es preciosa. ¿Cómo se llama?

—Danielle Maureen, por mi marido y mi madre.

—¡Qué bonito!

Tras despedirse de los dos hermanos, Adam guio a su abuela a una de las mesas del local. Se sentaron el uno enfrente del otro y estuvieron en silencio durante varios momentos.

—Maggie es una joven muy guapa —dijo Eugenia.

—Lo es. Y tiene mucho coraje. Su marido murió en Afganistán antes de que naciera la niña.

—¡Es horrible! —exclamó Eugenia, negando con la cabeza con gran tristeza —. No comprendo cómo puede seguir adelante.

—Por la familia. Su madre la ayuda —explicó Adam, asintiendo con la

cabeza ante el mostrador de la heladería—. Ese es su hermano. Y también tiene mucha ayuda de la gente del pueblo. Jill, por ejemplo, la sustituyó en este establecimiento durante las semanas en las que el doctor le ordenó a Maggie reposo al final de su embarazo... y lo hizo además de tener que dirigir su propio negocio y criar sola a su hijo.

—Hablando de ella... ¿qué tipo de relación tienes con Jill? —preguntó su abuela tras tomar un poco de helado.

—¿Qué te hace pensar que hay algún tipo de relación entre nosotros? —respondió él, que no quería hablar de ello.

—No nací ayer, Adam. Me he dado cuenta de la manera en la que Jill te mira.

—¿Cómo lo hace? —quiso saber él, interesado.

—Como una mujer enamorada. Y también me he dado cuenta de la manera en la que tú la miras a ella.

—Déjalo, abuela —pidió Adam. No quería reconocer ante ella lo mucho que deseaba a Jill.

—No puedo. Odio que estés en este lugar sin tener vida.

—Todo lo contrario; aquí he formado una vida para mí. Esta gente es estupenda y me enorgullece poder decir que son mis amigos.

—Tienes amigos en Dallas. Piensa en tu carrera —insistió Eugenia—. Aquí no puedes llegar a lo más alto en tu carrera.

—Si me interesara eso... —contestó él— habría elegido una especialidad más competitiva. Pero todo lo que siempre he querido ha sido poder ayudar a la gente. Y esta gente me necesita.

—¿Qué pasa con tus necesidades?

—Ellos son lo que necesito. Estoy seguro de que si necesito ayuda, estarán ahí para mí.

—Para eso tienes a tu familia.

—Mi familia siempre está ocupada con su trabajo. Me gusta vivir en una comunidad en la que los vecinos se preocupan los unos por los otros.

—Tus padres y tus hermanos te quieren —dijo Eugenia, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Y yo los quiero a ellos. Que viva en Blackwater Lake no cambia mi amor por ellos.

—Vuelve a Dallas, Adam —suplicó su abuela con lágrimas en los ojos—. No perteneces a este lugar.

—Abuela, no quiero herirte, pero no solo he encontrado el lugar al que pertenezco, sino que finalmente estoy en casa.

—¿Y la señora Beck?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Qué relación tiene con el hecho de que hayas echado tu carrera a perder?

—Lo primero, no he hecho eso —respondió él—. Y, lo segundo... Jill no es asunto tuyo.

Capítulo 14

Jill colgó el cartel de «cerrado» en la tienda y volvió hacia la mesa en la que C.J. estaba ayudando a Brewster a cuadrar los recibos del mes anterior. En realidad, su hijo estaba garabateando en un papel mientras el empleado trabajaba.

—¿Qué total te ha dado, hijo? —preguntó Brew.

—Cuatro billones... con quinientos mil millones —respondió el niño con total convicción.

—Exactamente lo que tengo yo —dijo Brewster, sonriendo disimuladamente. A continuación miró a Jill—. Parece que los beneficios han mejorado con respecto a esta misma época del año pasado.

—Me alegra mucho oír eso y espero que tengas razón —contestó ella.

Bajo otras circunstancias se habría puesto realmente contenta, pero estaba disgustada por lo que le había dicho la abuela de Adam. Sabía que no debía importarle lo que aquella mujer pensara de ella, pero el que le hubiera dicho que no era suficientemente buena para su nieto le había disgustado muchísimo.

—¿Estás bien, Jill?

—¿Umm? —respondió ella, mirando a Brewster.

—Parece que estás en otro mundo.

—Lo siento. Estoy pensando en otra cosa.

—¿En la abuela del doctor?

A Jill le sorprendió que Brew supiera que Eugenia Stone estaba en Blackwater Lake. Pero en la ciudad las noticias corrían como la pólvora.

—Sí —concedió.

—Esa señora no sonrió demasiado —comentó C.J.

—Estás muy callada —insistió Brew, frunciendo el ceño—. ¿Qué te dijo la abuela de Adam?

—No tiene importancia —mintió ella.

—Quieres decir que no te apetece hablar de ello —dijo Brewster.

—Más o menos. Me dijo que la familia de Adam le echa de menos. Y lo comprendo.

—Yo también. Pero un hombre adulto toma sus propias decisiones y todos

deben aceptarlas.

—Bueno... no es asunto mío.

—Tal vez no —supuso Brew con la comprensión reflejada en la mirada—. Pero eso no te impide pensar en ello.

Jill pensó que había llegado el momento de cambiar de tema.

—Gracias por quedarte fuera de tu horario para terminar la contabilidad del mes pasado. Pero ya te he robado demasiado tiempo. Hildie debe de estar esperándote para cenar.

—Así es.

—¿Cómo está?

—Muy bien gracias a tu doctor Stone.

—No es mío —protestó Jill.

—Yo me sentiría mucho mejor si lo fuera —respondió Brewster, sonriendo —. Creo que mi esposa se ha enamorado un poco del doctor. Tiene demasiadas ganas de acudir a su cita con él mañana.

—Voy a decirle que me has dicho eso —advirtió Jill.

—Lo negaré.

—Pero Hildie me creerá a mí. Ella solo tiene ojos para ti desde que tenía quince años...

—Mamá, tengo hambre —terció C.J., mirando a Jill.

—Entonces vamos a prepararte algo de comer.

—Yo ya me marcho —informó Brewster, tomando su mochila de debajo del mostrador.

Jill apagó todas las luces menos una. Entonces los tres salieron fuera y cerró la puerta con llave.

—Buenas noches, Brew.

El empleado se despidió de ellos con la mano mientras C.J. y Jill comenzaban a subir el pequeño camino que llevaba a su casa. Ella se fijó en que el apartamento de arriba estaba a oscuras.

—¿Qué vamos a cenar? —preguntó el pequeño.

—Estoy pensando preparar pollo, judías verdes y arroz —contestó Jill.

—Y patatas fritas —pidió C.J.

—No tenemos.

—Entonces puré de patatas.

—Se tarda demasiado tiempo en hacerlo.

—¿Tenemos helado?

—Sí.

—Si me como toda la cena, ¿puedo tomar postre?

—Sí.

—¡Estupendo!

Cuando entraron en la vivienda, Jill oyó llegar el coche de Adam y le dio un vuelco el corazón. Tras respirar profundamente, se dirigió a la cocina y encendió la luz. Justo cuando estaba a punto de abrir la nevera, oyó que llamaban a la puerta. De nuevo, sintió como le daba un vuelco el corazón.

—Yo abro, mami —dijo C.J. en voz alta.

—Espera —respondió ella. Pero era demasiado tarde; oyó como su pequeño corría hacia la puerta.

Cuando se acercó a la entrada, vio a Adam en el umbral de la puerta con C.J. en brazos. De hecho, lo tenía sujeto con solo un brazo ya que en el otro tenía un ramo de flores. Al verlo, le dio otro vuelco el corazón.

—¿Has traído las flores para mami? —preguntó el niño.

—Sí —contestó Adam, ofreciéndole el bonito ramo de margaritas y crisantemos a Jill—. Son unas flores preciosas para una mujer preciosa.

—¡Puaj! —espetó C.J., revolviéndose para que Adam lo bajara al suelo—. ¿Puedo ver la televisión?

—Hasta que la cena esté preparada —dijo su madre que, con el ramo en la mano, se marchó a la cocina para poner distancia entre Adam y ella.

—¿Qué vais a cenar? —preguntó Adam, que había ido detrás de ella tras dejar a C.J. en el suelo.

—Pollo, judías verdes y arroz.

—¿Puedo quedarme?

—¿Por qué? —respondió Jill, dejando las flores en la encimera y mirándolo a los ojos.

—Porque quiero.

—¿Y tu abuela?

—La invité a cenar en el restaurante del hotel y después se marchó a su habitación ya que un coche va a ir a buscarla mañana temprano para llevarla al aeropuerto —explicó él.

—Si ya has cenado, no hay ninguna razón para que te quedes —señaló ella.

—Sí, la hay —contestó Adam, acariciándole la mejilla.

Jill se dio cuenta del intenso deseo que reflejaban sus ojos y sintió como la pasión se apoderaba de ella.

—Realmente quiero estar con C.J. y contigo —continuó él.

—Está bien —concedió ella—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Promete no volver a traerme flores.

—¿Tienes alergia?

—No, pero implican algo y...

—Y no confías en mí —supuso Adam con la irritación reflejada en la mirada —. Te he prometido todo lo que puedo. Una de las cosas más importantes que se aprende en la carrera de Medicina es que curar lleva tiempo. Estoy dispuesto a esperar a que tus dudas desaparezcan —añadió, asintiendo con la cabeza enérgicamente—. Ahora voy a ver a C.J.

Jill también se sentía muy irritada; había bajado la guardia demasiado tiempo y se había enamorado. Estaba aterrorizada.

Con el primer timbre del teléfono Adam se despertó. Eran las dos y media de la madrugada.

—Doctor Stone —se apresuró a responder ya que estaba de guardia.

—¿Adam? Soy Becky.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, nervioso al oír la voz de su hermana a aquellas horas.

—Es papá. Le dolía el pecho y mamá lo ha llevado a urgencias.

—¿Cómo está ahora mismo?

—No lo sé.

—¿Has telefoneado a Spencer?

—Sí. Va a tomar el primer vuelo que salga de Las Vegas. Probablemente por la mañana.

—¿Y la abuela? Sabes que está aquí, en Blackwater Lake, ¿verdad?

—No lo sabía —contestó Becky, aliviada—. He estado telefoneándola a su móvil, pero siempre me saltaba el contestador.

—Aquí en las montañas no hay mucha cobertura. Telefonearé al hotel en el que está hospedándose.

—Adam, me alegra tanto que estés allí con ella. Esto le va a impresionar mucho. Aunque quiere hacerse la fuerte, no lo es.

—Yo la llevaré a casa —prometió él—. ¿Quién está con mamá?

—Creo que nadie. Yo voy conduciendo desde Houston y llegaré a Dallas en

poco tiempo. Dan se ha quedado con los niños.

Adam se bajó de la cama y comenzó a meter algunas cosas en una maleta pequeña.

—Nos vemos en Dallas, Becks —dijo antes de colgar y telefonear al hotel de su abuela.

—¿Sí? —respondió Eugenia Stone casi de inmediato. Tenía el miedo reflejado en la voz, como cualquier persona que recibe una llamada a las tres menos cuarto de la madrugada.

—Abuela, soy Adam. Siento despertarte.

—¿Qué ocurre?

—Papá está en urgencias con dolor de pecho. Están haciéndole pruebas.

—Oh, Adam... —dijo Eugenia, emocionada.

—Anula el servicio de coche que iba a ir a buscarte. Yo pasaré a buscarte e iremos juntos al aeropuerto.

—Gracias.

—Papá va a estar bien, abuela. Probablemente solo sea un ataque de gases. Pero te llevaré con él. Paso a buscarte en media hora.

—Te esperaré en la entrada del hotel —informó ella antes de colgar.

Adam realizó un par de llamadas para organizarlo todo durante los días que iba a estar ausente. Deseó fervientemente telefonear también a Jill para informarle de lo que estaba ocurriendo, pero no quería despertarla. Más tarde le contaría lo que sucedía.

Cuando Jill llevó a C.J. al colegio, se dio cuenta de que sucedía algo. No había oído los ruidos que normalmente hacía Adam.

—El coche del doctor Adam no está —comentó C.J. al montarse en el vehículo de su madre.

—Debe de haber tenido que atender alguna emergencia —respondió Jill, sentándose tras el volante.

Pocos minutos después aparcó el coche frente al colegio de su hijo.

—¿Tienes tu comida contigo?

—Sí —respondió el pequeño, quitándose el cinturón de seguridad—. Tenemos que recordarle al doctor Adam que mi fiesta de cumpleaños es pasado mañana.

—Está bien, cariño. Se lo diré cuando lo vea.

—Te quiero, mami.

—Yo también te quiero, bebé. Súbete la cremallera de la cazadora. Hace mucho frío.

—Ya no soy un bebé. Tengo casi siete años —dijo C.J. al bajar del coche y dar un portazo.

Ella sonrió y observó a su pequeño hombrecito reunirse con sus compañeros de clase. A continuación arrancó el vehículo y se dirigió al supermercado donde iba a comprar todo lo necesario para la fiesta de cumpleaños de C.J. El parte meteorológico preveía una fuerte tormenta de nieve y quería tener todo lo antes posible. Tras comprar, condujo a casa y aparcó en el lugar habitual. Deseó con ansia que Adam regresara a su vez a su casa para poder hablar con él y decirle que había sido una idiota por no haberle agradecido el que le regalara el ramo de flores.

Sonriendo, llevó a la cocina de su vivienda las bolsas de la compra y colocó todo en su debido lugar. Entonces se dirigió a la tienda para comprobar cómo marchaban las cosas y ayudar.

—Buenos días, Jill —la saludó Brew.

—Hola —respondió ella, cerrando la puerta del establecimiento—. Hace mucho frío ahí fuera.

—Sí. No tengo nada de ganas de que llegue el invierno —confesó Brewster.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Voy a equipar a cuatro idiotas que vienen para pescar y después trabajaré en la barca de Adam.

Lucy miró por la ventana y vio la barca cubierta por una lona.

—Buena idea. Pero tal vez debas meter la barca en la habitación del fondo para trabajar ahí; hace mucho frío.

—Lo haré —concedió él—. Hablando de Adam, ¿qué le pasa?

—Que yo sepa, nada —respondió ella—. ¿Por qué? —quiso saber, comenzando a angustiarse.

—Hildie tenía cita hoy con él en la clínica, pero han telefoneado para cancelarla.

—¿Han explicado por qué? —quiso saber Jill, sintiendo como el pánico se apoderaba de su cuerpo.

—No. Y cuando preguntó si le podían dar otra cita, la chica le dijo que no podían hacerlo hasta que no tuvieran noticias de él.

—Yo lo vi anoche y no me dijo nada de que fuera a ir a ningún sitio. Se ha

marchado.

Capítulo 15

Dos días después, un delicioso aroma a lasaña y ajo se había apoderado de la casa de Jill. Unos pocos amigos de C.J. habían sido lo suficientemente valientes como para asistir a la fiesta de cumpleaños de este bajo la tormenta que estaba azotando la ciudad. Cabot Dixon los había llevado en su todoterreno.

El rumor que corría sobre Adam era que estaba visitando a su familia. Pero Jill estaba convencida de que Eugenia Stone había convencido a su nieto para que regresara a casa.

Pero no había compartido su convicción con C.J., al que solo le había dicho que Adam había anulado sus citas en la clínica y que nadie sabía dónde estaba. El pequeño se había tomado bien la noticia y le había recordado que el doctor había prometido estar en su fiesta de cumpleaños.

Haber tenido que preparar la tarta de cumpleaños y servir comida en la mesa la había mantenido ocupada, hecho que había agradecido enormemente. Pero sabía que el dolor que sentía solo iba a hacerse más intenso con el paso del tiempo.

A parte de los niños, en la fiesta se encontraban algunos adultos como Brady O'Keefe, Hildie y Brew, Ginny Irwin, la enfermera de la clínica, la alcaldesa Loretta Goodson y, por supuesto, Cabot Dixon.

Tras servirse comida en sendos platos, Loretta y Jill se acercaron a la puerta principal, ya que todos los asientos estaban ocupados en el salón.

—Mmm... está muy buena, Jill —comentó Loretta tras dar un bocado a la lasaña—. Creo que es la mejor que he probado.

—Gracias —respondió Jill, agradecida ante el cumplido.

—Así que... no has tenido noticias de Adam —dijo entonces la alcaldesa.

—No.

—Es muy extraño.

—No en mi mundo —comentó Jill, sufriendo más que nunca por la ausencia de él.

—Realmente pensé que Adam era un buen tipo —contestó Loretta.

—Yo también —terció Ginny Irwin, acerándose a ellas—. Tardé un tiempo

en abrirme ante él, pero finalmente me ganó por completo. Estaba convencida de que había venido para quedarme.

—Ojalá pudiera decir que me alivia no ser la única a la que han engañado —dijo Jill—. Pero no es así.

—¿Estáis hablando de Adam? —quiso saber Brady O'Keefe, acercándose a su vez al grupo—. Yo creo que debe de haber un motivo perfectamente razonable para que no esté aquí...

Tras estar charlando durante un rato y haciendo suposiciones, los adultos ayudaron a Jill a arreglar el salón y los pequeños a llevar los platos a la cocina.

Cuando C.J. regresó al salón, se colocó junto a su madre.

—Creo que ha llegado el momento de abrir los regalos y tomar tarta —comentó Jill.

—Quiero esperar a que llegue el doctor Adam —respondió el pequeño.

Ella sintió como le daba un vuelco el estómago.

—Cariño, no creo que podamos esperar más —dijo.

—Sé que todo el mundo piensa que se ha marchado, pero estará aquí —aseguró C.J.—. Me lo prometió.

—Yo creo que no va a venir —contestó Jill en voz baja.

—Estás equivocada —insistió el niño, enfadado—. El doctor Adam dijo que no había nada que pudiera evitar que acudiera a mi fiesta.

Ella vio las lágrimas que C.J. tenía en los ojos y deseó llorar también. La esperanza que reflejaba la cara de su hijo provocó que le doliera aún más el corazón.

—Está bien, cariño. Tengo una idea. Tal vez podamos... —comenzó a decir. Pero repentinamente oyó el ruido de un motor, pero no del motor de un coche—. ¿Es eso que se oye una motocicleta? ¿Qué clase de idiota montaría una con un tiempo como este?

Brady se acercó a la ventana que había junto a Jill.

—No es una motocicleta. Parece Carl Hayes en un trineo a motor. Y hay alguien detrás...

—¡Doctor Adam!

Jill estaba justo detrás de C.J. cuando este abrió la puerta principal de par en par. Tuvo que agarrarlo por el hombro para evitar que saliera corriendo bajo la nieve. No quería que su pequeño se llevara una gran decepción al descubrir que no era...

Justo en ese momento el pasajero del trineo a motor se bajó de este y se

despidió con la mano del conductor, que giró el trineo y se alejó. Había algo familiar en el hombre que estaba acercándose a ellos. Si la cazadora que llevaba puesta no era la de Adam, aquel hombre tenía una exactamente igual.

Adam jamás había sabido lo que realmente significaba la soledad hasta que vio a Jill y a C.J. de pie en el porche de su casa. Estaba nevando. Él estaba mojado y tenía frío, pero al verlos le embargó una inmensa alegría.

Cuando por fin llegó al porche, no podía sentir los pies, pero la sonrisa que esbozó C.J. hizo que todo lo que había sufrido para llegar a su fiesta de cumpleaños mereciera la pena.

—¡Doctor Adam, has venido! —exclamó el niño.

Adam se arrodilló al acercársele C.J. y abrazó estrechamente a este.

—Te dije que nada podría evitar que viniera a tu fiesta, campeón.

—Te he echado tanto de menos.

—Yo también a ti —respondió Adam, pensando que también había echado de menos a Jill. Miró a esta a los ojos y, a juzgar por el dolor que vio en estos reflejado, tuvo claro que no había creído que aparecería en la fiesta.

Tenía que explicarle por qué se había marchado pero, antes de que pudiera decir nada, ella se giró y entró de nuevo en la vivienda. Entonces vio a Brewster Smith... frunciendo el ceño.

—Pensaba que esto era una fiesta —dijo, levantándose del suelo sin soltar a C.J.—. No pareces muy contento.

—Has herido a mi chica —respondió Brewster.

—No he pretendido... —contestó, sintiendo como alguien tiraba de su chaqueta.

—¿Doctor Adam? —dijo C.J.—. ¿Me has comprado un regalo? —preguntó, emocionado.

—No he tenido tiempo de ir de compras —se sinceró Adam, angustiado al darse cuenta de la mala cara con la que estaba mirándolo todo el mundo... salvo los pequeños—. Pero lo haré. Mientras tanto, encontré esto para ti en el aeropuerto de Dallas —añadió, sacando una pequeña bolsa de su chaqueta y entregándosela a C.J.

—¡Qué guay! —exclamó el niño, poniéndose en la cabeza la gorra de béisbol de los Texas Rangers—. Estupendo. Gracias, doctor Adam.

—De nada.

—Explícanos por qué te marchaste sin previo aviso y sin decir adónde ibas —exigió Virginia Irwin, apoyada en la puerta de la vivienda.

—Me marché por una urgencia familiar.

—¿Y por qué te ha traído Carl Hayes?

—El coche se me quedó atascado en la nieve a más o menos un kilómetro y medio de su casa y anduve hasta esta. Cuando le dije que tenía una cita muy importante, Carl se ofreció a traerme.

—No soy médico... —dijo entonces Virginia—, pero creo que deberías quitarte esa ropa mojada y darte una ducha caliente antes de que te pongas realmente enfermo.

La enfermera tenía razón. Él subió a su apartamento y se dio una ducha. Estaba desesperado por hablar con Jill y explicarle lo que había ocurrido. Deseaba con toda su alma que le comprendiera.

Diez minutos después, vestido con unos pantalones vaqueros, camisa y jersey, bajó a la casa de su casera. Al verlo entrar, todos dejaron de hablar y se quedaron mirándolo.

—Hola —saludó él, levantando una mano.

Los allí reunidos le devolvieron el saludo y él buscó con la mirada a la persona que más deseaba ver en el mundo. Pero ella no estaba en el salón. Sin decirle nada a nadie, se dirigió a la cocina.

Jill estaba metiendo algo en el lavavajillas.

—Jill...

Ella se enderezó y su cuerpo reflejó una gran tensión. Pero no se alejó ni dijo nada.

Adam se acercó entonces a ella y la giró hacia sí con delicadeza.

—Di algo. Aunque sea para mandarme al infierno. Realmente necesito oír tu voz.

Jill comenzó a llorar y se tapó la cara con las manos.

Muy afligido ante el dolor de ella, él la abrazó estrechamente.

—No llores. Por favor, no llores. No puedo soportarlo.

—Lo si... siento. Es solo que... —tras varios segundos, Jill respiró profundamente y levantó su llorosa cara—. Ninguna persona de las que he amado ha vuelto jamás.

—Oh, cariño... —dijo Adam, emocionado—. Maldita sea —añadió, consciente de que involuntariamente había hecho pasar a Jill por un infierno.

—¿Qué?

—Me telefonearon en medio de la noche para decirme que mi padre estaba en urgencias. Tenía dolor en el pecho y sospeché que fuera un infarto. Tuve que

marcharme.

—Por supuesto.

—Tuve que marcharme y no quería despertarte. Quería haberte telefoneado por la mañana desde el aeropuerto para explicarte lo que ocurría. Pero desgraciadamente no había cobertura en los teléfonos móviles. Cuando llegamos a Dallas mi hermana estaba esperándonos en el aeropuerto y fuimos directamente al hospital.

—¿Está bien tu padre?

—Sí, gracias a Dios. Sufrió un ataque al corazón muy leve y no hubo daño muscular permanente.

—Aun así, deberías haberte quedado con tu familia —protestó ella.

—Me echaron.

—¿Por qué harían algo así? Pensaba que querían convencerte de que regresaras a casa.

—Así es —confirmó él—. Pero en Dallas estaba de un humor terrible.

—¿Tú? ¿El señor Alegría?

Adam relajó ligeramente la manera en la que estaba agarrándola, pero no la soltó.

—Debido a las tormentas que han azotado Montana, no pude contactar telefónicamente contigo. Me afectó tanto que regañé con todos los miembros de mi familia. Cuando mi padre estuvo fuera de peligro, me dijeron que regresara al lugar al que pertenezco.

—¿Aquí? —preguntó Jill, todavía llorando—. ¿A Blackwater Lake?

—Sí —concedió Adam—. Así que compré un billete para el siguiente vuelo que salía hacia aquí. Todavía no había cobertura. Al llegar al aeropuerto de la ciudad conduje bajo una tormenta de nieve y casi conseguí llegar hasta tu casa, pero mi coche se quedó atascado en la nieve. Afortunadamente ocurrió cerca de la casa de Carl Hayes y este se ofreció a traerme.

—Así que, como un héroe de una película hollywoodiense, te abriste paso bajo la tormenta de nieve para llegar a la fiesta de C.J., ¿no es así? —dijo ella, esbozando una leve sonrisa.

—No podía fallarle. Ni a ti tampoco —aseguró Adam, deseando que le creyera—. Te amo, Jill.

—¿De verdad?

Él asintió con la cabeza.

—Más de lo que puedo expresar con palabras. También quiero a C.J. Estar

con vosotros es lo más importante de mi vida.

—Pensaba que no querías comprometerte —le recordó Jill.

—Eso creía, pero haber ido a Dallas me ha hecho darme cuenta de una cosa; no era consciente de ello cuando tomé la decisión en su momento, pero vine a Blackwater Lake para encontrar a mi familia. No lo comprendí hasta que os conocí a C.J. y a ti.

—Oh, Adam... —suspiró ella, muy emocionada. Las lágrimas comenzaron a caerle de nuevo por las mejillas.

—Espero que esas lágrimas sean de alegría ya que más que nada en el mundo deseo hacerte feliz. Quiero casarme contigo. Te prometo que seré el mejor marido y padre del planeta. Jamás os dejaré —aseguró Adam.

—Te creo —respondió Jill—. Pero, antes de darte una respuesta, hay algo que debes saber.

—Dime.

—Tu abuela me dijo que Dallas es tu hogar y que pronto regresarás a él. Que no hiciera planes de boda.

—Entonces parece ser que mi mal carácter durante mi estancia en Dallas le ha hecho cambiar de opinión —supuso Adam—. Fue ella la que me dijo que me marchara.

—¿Sí? —preguntó Jill, incrédula.

—No me inventaría algo así —contestó él, mirándola a los ojos—. Estoy esperando una respuesta.

—¡Sí, sí, sí! —exclamó ella, poniéndose de puntillas y dándole un beso—. Estoy deseando ser tu esposa más que nada en el mundo.

Él le devolvió el beso con pasión.

—Vivo en Blackwater Lake, pero estar en tus brazos es y siempre será mi hogar.

—¿Doctor Adam? ¿Por qué estás besando a mami? —terció repentinamente C.J., acercándose a ellos.

—Campeón, si te parece bien, voy a casarme con tu mami —explicó Adam tras mirar a Jill.

—¿Y vas a vivir con nosotros para siempre? —quiso saber el pequeño, rebosante de alegría.

—Sí —respondió Adam—. ¿Qué te parece?

—Creo que es el mejor regalo de cumpleaños del mundo, doctor Adam.

—Bien, pero tal vez ahora deberías llamarme simplemente Adam.

—¿Podría llamarte papi? —preguntó el pequeño, mirando a Adam y después a su madre.

—Eso sería maravilloso... —contestó ella con la voz entrecortada debido a la emoción.

Adam tomó entonces en brazos al pequeño y Jill se sintió más feliz que nunca.

—Sé que es tu cumpleaños, cariño, pero a mí me han hecho el mejor regalo de todos. Los tres juntos formamos la familia que siempre quise tener.